

LUZ DE CENIZA



DANIEL PANIAGUA



LUZ
DE
CENIZA

DANIEL PANIAGUA

LUZ
DE
CENIZA

POESIAS COMPLETAS



LUZ DE CENIZA

© Daniel Paisa Paniagua, 2026, por el texto

Luz de ceniza, se inscribió en 2026 en el registro central de la propiedad intelectual, España, pasando a declarar lo siguiente:

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en sistemas de recuperación, o transmitida, en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo por escrito del autor y/o de Jezebel Editorial, excepto en los casos permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta obra es una reconstrucción de las obras del propio autor: Sesión 4, del año 2005, y Textos Prohibidos, del año 2010, ambas obras igualmente inscritas en el registro central de la propiedad intelectual.

De esta obra: primera edición, 2026

Editorial: Jezebel editorial

Composición de cubierta: © Jezebel editorial

Las imágenes incluidas en esta obra, tanto en portada como en interior, han sido creadas mediante herramientas de inteligencia artificial y forman parte del proceso creativo. Estas imágenes no forman parte del copyright del libro, de Daniel Paisa Paniagua o de Jezebel editorial.

Creado en España.



Y, entonces, abrí la puerta de par en par, y ¿qué es lo que vi? ¡Las tinieblas y nada más!

El cuervo, Edgar Allan Poe

ÍNDICE

Capítulo I INOCENCIA	13
Capítulo II AMOR OSCURO Y OBSESIÓN	75
Capítulo III CONTEMPLACIÓN Y RECUERDO	137
Capítulo IV APOCALIPSIS Y FIN	183

capítulo I

INOCENCIA

1

Tantos años soñando contigo,
creyendo en la luz de aquel latido;
hoy sé que no fue un simple abrigo,
sino verdad de mi soñar dormido.

2

Recorreré tu cintura,
la curva dulce de tu cuerpo entero;
y en tu risa clara y pura
hallaré mi puerto verdadero.

Subirán mis manos despacio
hasta la playa tibia de tu rostro;
y en tus labios, suave espacio,
nacerá un beso, limpio y nuestro.

3

Te imagino blanca y serena,
radiante al borde de la oscuridad;
reposas dulce, casi ajena,
mientras te arropo en mi lealtad.

Te imagino soñando despacio,
tu rostro en calma junto al mío;
compartimos noche y espacio,
un mismo silencio tibio.

4

Cuerpo de mujer, blanca y callada,
oculta bajo un manto de rosas;
la luna en tu piel recostada,
y el cielo derrama estrellas hermosas.

Una, tan blanca, bajó silenciosa,
se refugió donde yo duermo;
bajo las flores, radiante y preciosa,
esta noche soñamos eterno.

5

¿Ves estas manos, mi vida?,
anoche te rozaron en secreto;
despertaron tu piel dormida,
con un temblor suave y discreto.

Subieron lentas por tu cintura,
como quien aprende el amor;
hoy siéntelas en su ternura,
frío y fuego latiendo en tu ardor.

6

Me acostaré pensando en ti,
si el frío ronda tu ventana;
velaré tu sueño por mí,
como la luna cuida la mañana.

Cerraré los ojos sin dormir,
por si tu calma se desvela;
y al alba, cuando quieras partir,
tú serás mi guardián y mi estrella.

7

Aún no despiertes, amor,
que voy a escribir tu hermosura;
del oro leve en tu fulgor
y de tu dulce blancura.

Escribiré que al descansar
sonríes como leve aurora,

reina de seda y de azahar,
serena en la noche que te adora.

Reina castaña, claridad,
tu pelo al sol se vuelve llama;
cuando amanece en tu mirar,
todo mi mundo se derrama.

Mas despierta si has de reír,
que seguiré mi canto al verte;
hoy te escribo antes de partir,
mañana volveré a quererte.

8

Los campos corren tras el tren,
Castilla seca bajo el cielo;
yo quieto miro ir y venir
las nubes lentas en su vuelo.

Te sientas frente a mí, callada,
como horizonte que se aleja;
cruzan miradas un instante
y tu silencio me refleja.

Azul y verde queda el día,
tan lejos todo por tocar;
tan cerca tú, tan lejanía,
mi mano no te alcanza a amar.

Cierras los ojos, cae la tarde,
se apaga el mundo en el vagón;
sin tu mirada que me guarde,
viajo a solas con mi canción.

9

No dejaré de mirarte
en este día final,
quiero en mi pecho guardarte
como un latido inmortal.

Grabaré tu risa clara
cuando te tenga ante mí,
para buscarla mañana
si no estás junto a mí.

10

Pequeña... así te llamo
cuando te veo llegar,
porque al mirarte despacio
te vuelves brisa y mar.

Pequeña... como ese tren
que se acerca a la estación,
parece lejos también
y ya late el corazón.

11

Sólo tú y yo, mi amor,
cruzando el andén vacío;
la escarcha besa el temblor
y el alba pinta de frío.

Sólo tú y yo, mi amor,
abrigándonos los dos;
late el mundo alrededor
y un tren suspira entre nos.

12

Tras tantos años hoy te vas,
y te contemplo en la partida;
quisiera detener tu paso atrás
y retener un soplo de tu vida.

Te vas, y todo queda atrás,
mi voz se pierde en tu memoria;
me queda amarte un poco más
y vivir de nuestra historia.

13

Te me escapabas entre los dedos,
cuando creo tenerte en mi mano;
me aferro a tus suaves enredos,
pero se deshace el verano.

Y cuando pienso que al fin te tengo,
descubro que no eras tú;
abrazo un sueño que sostengo,
y despierto... sin tu luz.

14

Adiós. Me tiembla el pulso al dejarte,
yo que siempre supe partir;
mi alma aprendió a hablar y a entregarte
lo que no sabía decir.

Te di mis años, mi fe y mis defectos,
mi forma torpe de amar;
si las palabras no bastan, son hechos
mi vida puesta en tu altar.

Si tienes mi vida, tienes mi verso,
si guardas mi verso, mi ser;

de ti nace todo lo que expreso,
sin sombra ni doblez.

Hoy nos separamos, y aun así espero
volver a empezar contigo;
porque sólo escribo lo que sincero
me dicta tu nombre en mi oído.

15

Un día al perderte supe del dolor,
lo que es la vida sin tu amor;
calló mi risa, se apagó mi color,
y el mundo quedó sin tu calor.

Comprendí entonces lo que es amar,
cuando ya no estabas aquí;
que no es tener, sino cuidar,
y que sin ti no era yo, sino un "fui".

16

Cuidaré los momentos de aquel tiempo,
cuando el cielo ardía en nuestro encuentro;
las estrellas guardaban el secreto
de un beso suspendido en el silencio.

Cuidaré las miradas y el misterio
bajo la luna cómplice y despierta;
cuando amar era frágil e incierto,
y la lluvia sellaba nuestra puerta.

Cuidaré tus caricias y tus manos
que calmaban mi miedo y mi quebranto;
y el susurro que quedó temprano
viviendo en la memoria de aquel canto.

Cuidaré lo perfecto, lo prometo,
aunque el tiempo nos lleve lejos luego;
y si vuelve a latir en mi recuerdo,
dejaré escapar, suave, un “te quiero”.

17

Tengo mil recuerdos que borrar,
sombas que no quise despertar;
vuelven cuando intento descansar,
como olas que regresan sin cesar.

Son ecos que no quiero escuchar,
huellas que no logro desandar;
mas si el pasado insiste en regresar,
aprenderé despacio a perdonar.

18

Nunca antes había pasado,
pero aquel día al fin llegó;
me iluminó con paso alado,
y en su luz el miedo se apagó.

Nunca antes latió tan fuerte,
ni el horizonte así brilló;
se fue la sombra de la suerte,
y en tus ojos renací yo.

19

¿Qué es mi vida si no encontrarte,
si no aprenderte a querer?
¿Qué es mi vida si no pensarte,
si no volverte a tener?

¿Qué es mi vida si no abrazarte,
si no crecer junto a ti?

No es perderte lo que es amarte,
es elegirte hasta el fin.

20

Ahora que te he perdido, volveré a empezar,
caminaré otros caminos, aprenderé a esperar;
viviré nuevas historias, volveré a tropezar,
pero en cada paso nuevo te volveré a encontrar.

Sufriré si es necesario, si me acerca a tu voz,
cruzaré otros inviernos, buscaré otro sol;
viviré mil despedidas, sin temer al adiós,
porque sé que en otra vida te diré: "aquí estoy".

21

El oleaje despierta mis sentidos,
y en la niebla te dibujo, amor divino;
te encuentro entre susurros compartidos,
y te busco cuando vuelvo a mi destino.

Si regreso al camarote en mi camino,
llevo tu risa latiendo conmigo;
porque aun lejos, en mi pecho marino,
nunca estoy solo si sueño contigo.

22

Solo bastó una mirada entre los dos
para entender lo que calla el corazón;
fue un instante tan claro y tan veloz
que supe al fin nombrar mi emoción.

¿Y cuánto tiempo preciso, amor,
para saber lo que guardas por mí?
No importa el reloj ni su rumor,
si mañana tus ojos vuelven a mí.

23

Hoy, princesa, te busqué en mi interior,
y hallé tan sólo lluvia en el recuerdo;
como aquella tarde gris de nuestro amor
donde el cielo lloraba en silencio.

Quise esconderme en tu pensamiento,
mas di con el muro de la distancia;
andaré de nuevo el mismo sendero lento
guardando tu nombre en mi constancia.

24

Ya hay una persona en el mundo,
y una mañana de otoño que guardarás;
como hojas danzando en lo profundo,
esas ocho palabras recordarás.

Fueron sencillas, claras al hablar,
brotaron sin miedo del corazón;
y aunque el tiempo las quiera borrar,
vivirán siempre en tu canción.

25

Y nos quedamos observando
cómo se esfuma el aire y la verdad,
silencio leve, todo temblando,
mientras se agota el tiempo sin piedad.

Y nos quedamos, mano en la palma,
mirando al cielo sin preguntar;
cómo se rompe, lenta, el alma,
y aun así nos volvemos a amar.

26

Quiero tenerte en la noche oscura,
bajo la sombra de nuestra verdad;
fundir mi voz con tu ternura,
y amarnos ciegos en la intimidad.

Quiero abrazarte en el silencio,
sentir tu aliento junto al mío;
que sólo exista nuestro universo
mientras la noche nos cubre en su frío.

27

Oí tu voz sobre mi almohada,
cuando dormía en suave calma;
palabra leve, casi callada,
que despertaba dulce mi alma.

Rozaron mudas tus miradas
la orilla tibia de mis ojos;
mis pupilas, enamoradas,
se abrieron lentas sin enojos.

28

Algo sembraste en mi pensamiento
Que en cada instante vuelve a florecer;
Si un día faltas en mi firmamento,
Tu luz sabré en silencio retener.

Por si la vida cambia el rumbo
Y ya no pueda verte sonreír,
Te guardaré en mi mundo profundo
Para tenerte siempre junto a mí.

29

Tengo ganas de rendirme al mar,
mas sé que el viento me hará esperar;
pronto este dolor se irá a calmar,
como toda ola vuelve a descansar.

Siempre la marea sabe girar,
siempre la tormenta acaba en paz;
todo río termina en el mar,
y el alma aprende de nuevo a nadar.

30

Me aferro a la esperanza callada,
cuando tu sombra no llega a mi lado;
me aferro a la fe de tu llegada,
aunque el silencio me deje aislado.

Me aferro al abrazo que fue pasado,
a la oportunidad que vendrá después;
y al escribirte, sereno y enamorado,
sonríó al leerte, aunque no estés.

31

Para el mundo soy cifra en un papel,
para el aula un número fugaz;
para mi casa, el niño fiel,
para mis versos, algo más.

Puedo ser todo lo que quieran ver,
máscara y nombre, forma y voz;
pero no puedo decidir quién has de ser,
y sin eso, nada soy para los dos.

32

Nos hacemos ilusiones del lugar,
y al soñarlo todo parece real;
te tengo hoy, te vuelvo a encontrar,
mañana ya te siento igual.

Dime, mujer, ¿qué sueño es éste
que me acerca y me aleja de ti?
Si al despertar nada me pertenece,
¿por qué te siento siempre aquí?

33

Mis ojos tiemblan cuando pienso en ti,
lágrimas suaves rozando la piel;
revivo aquel instante que te vi,
temblando el aire bajo un cielo fiel.

Sólo miradas entre tú y yo,
calladas, llenas de emoción;
y en el silencio nació
una sonrisa y su canción.

34

Cuanto más quiero tenerte, más te voy a buscar,
y cuanto más te persigo, más te vuelvo a perder;
te nombro en cada rincón, te intento imaginar,
y el eco de tu recuerdo me responde sin volver.

Hace tiempo que no estás, y aun así te he buscado,
cada día, cada noche, sin dejar de creer;
mi corazón te pronuncia aunque no te haya hallado,
porque amar es seguir... aunque no pueda tener.

35

Cuando paro y pienso que un día no estabas lejos de mí,
recuerdo la luz sencilla que en tus ojos encontré;
hoy miro el vacío suave que ha quedado frente a mí,
y acepto que ya no vuelves, aunque siempre te soñé.

Ya no puedo recobrar a quien amé con verdad,
ni a la persona sincera que un día me hizo creer;
no me duele confesarte mi antigua fragilidad,
me arrepiento de perderte... habiéndote querido tener.

36

Empecemos por el final, como nadie comenzó,
y el final que hoy pronuncio es sencillo: te quiero;
si todo acaba en tus brazos, nada se terminó,
pues amar es el principio disfrazado de "te quiero".

Vivimos en un sueño que aprendimos a habitar,
donde lo imposible un día se volvió verdadero;
si una vez lo conseguimos, lo podemos repetir,
ven, soñemos otra vez... que aún te quiero.

37

Me desperté esta mañana absorto en tu mirar,
morada tu figura como en mi sueño callado;
tus ojos verdes me volvieron a hechizar,
y el mundo quedó lejos, por tu imagen abrazado.

Latía el pecho mío queriendo escapar,
hasta que el cielo azul lo dejó sosegado;
un arco iris dibujó tu verde y tu morado,
y supe que mi sueño no te deja de amar.

38

Jugamos con palabras, jugando al corazón,
dejando que el deseo marque la dirección;
mas si tú me sonríes, se enciende la emoción,
y juego con tu risa, rendido a tu ilusión.

39

Solo en el mundo me quedé,
sin saber qué día te volveré a ver;
rosa de mis amores, ven a florecer,
y trae a mi pecho la dicha de creer.

40

Aunque hoy no estés aquí a mi lado,
te quiero como el día en que te vi;
como aquel primer instante enamorado
en que al tocarte supe que eras para mí.

Viviría mil años si hiciera falta,
sólo por volverlo a decir;
porque mi amor no se desgasta,
y siempre nace al verte sonreír.

41

El aire mueve las sombras
que el fuego en la arena dibujó,
y en la orilla de mis horas
tu nombre la brisa escribió.

Sombras danzan en la arena,
mientras la llama habla de ti;
y aunque la marea venga,
tu nombre vive en mí.

42

Déjame detener el tiempo
en la cima donde nace el sol,
llenar mis venas de tu aliento
y del brillo ardiente de tu voz.

Déjame unir mi vida a tu destino,
fundir tu sueño dentro de mi ser;
que un arco iris marque el camino
donde aprendamos siempre a renacer.

43

A veces cierro los ojos
y me pierdo en la oscuridad,
donde el silencio, sin enojos,
me abraza con serenidad.

Y en la noche sin sonido
tu figura vuelve a mí,
como un sueño compartido
que dibuja el alma en ti.

44

Ojalá pudiera el tiempo
detener en tu mirar,
y hacer eterno el momento
que nos vio juntos soñar.

Que en la sombra nuestros cuerpos
queden siempre dibujados,
como un lienzo de recuerdos
para vernos abrazados.

45

El cielo está sin aire,
los campos ya sin flor;
mi rumbo va sin gloria,
mas vive en ti mi amor.

Si el mundo pierde el brillo
y todo cae a la vez,
me encuentro en tu reflejo
y vuelvo a renacer.

46

El rocío empapa el verso
que escribo con dulce anhelo,
y al leerlo late terso
como un susurro en tu pelo.

Si parece voz callada
la que tiembla en lo que leo,
es tu risa enamorada
la que afina mi deseo.

47

Aún recuerdo aquella vez,
mañana clara sin razón,
cruzamos lejos la pared
de un aula llena de emoción.

Ni tiempo fue ni fue lugar,
mas algo quiso suceder;
te vi al extremo del solar
y supe que te iba a querer.

Pasillos blancos, luz y azar,
rumor primero en la estación;

sin una sola palabra hablar
nació en silencio el corazón.

No guardo ya tu primer mirar,
ni el gesto exacto de tu voz;
pero hay instantes que al pasar
se quedan vivos entre los dos.

Hubo que elegir, callar,
reír después de vacilar;
yo siempre quise confesar,
mas no me dejé acercar.

Hoy el recuerdo vuelve fiel,
dulce y doliente a la vez;
amar sin tenerte es mi papel,
amor primero que no se fue.

48

El suspiro de una canción
se nota cuando vibra al sonar,
cuando nace del corazón
y algo la vuelve especial.

Es canción de amor sincero
si guarda un latido invisible,
si dice "te quiero" en silencio
y tiene algo imprescindible.

49

Me vestiría de tus sonrisas,
de tus reflejos al amanecer,
de las luces más indecisas
que en tu mirada logro ver.

Me vestiría de tus palabras,
de tu verdad y tu ternura;
hasta de sombras disfrazadas,
si me aseguras que son tuyas.

50

En una noche te soñé, mujer,
entre la bruma del campo callado;
creí perderte al amanecer
y desperté con el pecho helado.

Mas no era tumba ni despedida,
era el temor de quedarme sin ti;
la luz del alba volvió a la vida
y supe al verte que estabas aquí.

51

Nunca olvidaré lo que no fue,
ni aquello que en silencio me entregaste;
aunque juntos no viviéramos, lo sé,
mi corazón en el suelo dejaste.

Nunca olvidaré tu forma al andar,
ni la luz que en tu mirada latía;
y mientras el tiempo me deje pensar,
pensaré en ti... como el primer día.

52

Y por eso el espacio crecía entre los dos,
como un silencio largo que nadie pronunciaba;
se alejaban despacio tu latido y mi voz,
mientras la noche fría nuestros ojos cerraba.

Y el alma, tan callada, se empezó a separar,
corazones distantes que el tiempo desataba;

yo quise detenerlo, volverlo a acercar,
pero el hueco entre ambos más y más se agrandaba.

53

De las notas del piano nacen mis esperanzas,
susurros que al viento le ruego no lleve;
que el aire las guarde, serenas y mansas,
y en tu mirada clara por siempre se eleven.

Que cuando se cumplan, florezcan sin miedo,
como luz que en tus ojos no deja de arder;
que brillen eternas, latido y deseo,
y en cada sonrisa vuelvan a nacer.

54

Yo te amo por ser tú, sin medida ni razón,
no por lo que haces ni por lo que puedas tener;
lo que haces lo haría cualquiera con decisión,
lo que posees cualquiera lo puede poseer.

Pero tu forma de ser, tu risa y tu mirar,
eso no se aprende ni se puede copiar;
porque como tú eres, nadie lo será,
y por eso mi vida te vuelve a elegir, sin dudar.

55

Tanta agua de mar que hoy nos separa,
quiero recortar la distancia del querer;
que el horizonte no impida nuestra cara,
ni el viento nos obligue a retroceder.

Que mientras nuestros corazones latan,
no vuelva el mundo a dividirnos jamás;
besar tus labios cuando nos desatan,
y sentir tu alma en mi pecho, una vez más.

56

Hoy he llorado por ti en mi silencio,
y la soledad no quiso consolar;
me pesa tu ausencia en cada pensamiento,
y duele el futuro que he de caminar.

Hoy he llorado por ti, amor sincero,
al ver que el recuerdo empieza a ceder;
siembro esperanza aunque muera el miedo,
porque aun llorando... te vuelvo a querer.

57

Aunque tuviera el don de profecía,
y hablara todas las lenguas del mar,
aunque moviera montañas con fe encendida,
si no tengo tu amor... nada soy en verdad.

Aunque entregara mi cuerpo a la llama,
y reuniera virtudes sin fin ni error,
aunque el mundo entero mi nombre alabara,
sin tu amor en mi vida... no soy nadie, amor.

58

Sin ti lo que escribo no es poesía,
son letras que naufragan sin razón;
son frases que se pierden noche y día,
sin rumbo fijo dentro del corazón.

Sin ti cada verso es tinta vacía,
eco disperso sin luz ni calor;
mas si tu nombre roza mi melodía,
todo se vuelve latido y color.

59

Sin ti todas las personas son extrañas,
el tiempo se alarga sin compasión;
las horas se vuelven montañas
que pesan despacio en mi corazón.

Sin ti el sufrimiento me llama,
se extiende y no quiere acabar;
mas basta un recuerdo que inflama
para volverme de nuevo a alzar.

60

Sin ti los momentos no varían,
las mismas canciones cada día;
las horas iguales se enfrían
sobre la piel de mi melancolía.

Sin ti todo suena vacío,
repite su eco mi habitación;
pero al pensarte sonrío
y late de nuevo mi corazón.

61

Con el falso pensar de un amor eterno
construí castillos sobre arena ligera;
mas hoy comprendo, con pulso tierno,
que toda promesa fue primavera.

Si ha de doler, que duela sincero,
sin máscaras dulces ni voz altanera;
prefiero un adiós claro y verdadero
a un "para siempre" que nunca fuera.

62

Ese lugar donde nadie llegó jamás,
donde tu risa florece serena,
es el rincón donde siempre estarás,
como brisa suave que todo lo llena.

Allí te amé, y allí me amarás,
sin miedo al tiempo que todo condena;
desde ese sitio no te olvidaré jamás,
porque en él nuestra historia es eterna y plena.

63

No se trata de ti... es la luna en el cielo,
la que alumbra mi sombra cuando cae la noche;
de tanto pensarte, me pierdo en su desvelo,
y olvido mi nombre bajo su derroche.

No se trata de ti... es su pálido anhelo,
que pinta de plata mi viejo reproche;
de tanto soñarte, me aparto del suelo,
y dejo mi vida rendida a tu broche.

64

No se trata de ti... es la luna y su luz,
que tiñe de plata mi oscuro sentir;
de tanto pensarte bajo su influjo sutil,
me pierdo en tu sombra y me olvido de mí.

No se trata de ti... es la noche en su cruz,
que alumbra el silencio que no sé fingir;
de tanto soñarte sin pausa ni fin,
me borro despacio por dentro de mí.

65

Algo hay, amada, que el amor no se acaba en el alma,
aunque la noche nos tienda su muro de sal;
algo hay que sostiene la llama en la calma,
cuando dos corazones se buscan en la lejanía del mar.

Algo hay que en lágrimas suaves se derrama,
como un hilo invisible que no se va;
dos amores que laten, unidos en la distancia,
y en cada latido se vuelven a encontrar.

66

Algo es que tú estés y junto a mí no te pueda ver,
que roce tu sombra y no alcance tu piel;
algo es quererte con todo mi ser,
y tenerte tan cerca... y no poderte tener.

Algo es que el aire nos junte al anochecer,
y aun así nos separe la distancia cruel;
algo es amarte y aprender a esperar,
sabiendo que un día mis manos te han de alcanzar.

67

Algo rompe el viento cuando tu pelo oscurece,
algo tiñe el cielo cuando tu sombra aparece;
algo en mi pecho calla y luego florece,
algo en tu mirada todo lo embellece.

Algo guarda el aire cuando tu risa mece,
algo el día enciende y la noche estremece;
algo, si tú sonríes, mi mundo fortalece,
algo, si tú me miras, mi vida agradece.

68

Sabiendo que un día vendrás,
mi puerta abierta quedará;
me marchó hoy, mas volverás,
y aquí tu abrazo me hallará.

Me iré tranquilo al caminar,
pues sé que un día regresarás;
si hoy me toca alejarme ya,
mañana sé que tú estarás.

69

Sé en cada instante lo que quiero ser,
sincero para decirte que te quiero;
y aunque el mundo me quiera distraer,
vuelvo a tu nombre, claro y verdadero.

Anhelo nuestros besos al atardecer,
las caricias suaves jugando en mi pelo;
si he de elegir un lugar donde volver,
es siempre el refugio tibio de tu anhelo.

70

Cierta noche entre mis dedos te sentí,
la luna ardía en la tierra mojada;
nuestros suspiros latían por ti,
bajo la noche serena y callada.

Acaricié el instante que nos uní,
breve y eterno en su luz dorada;
fuiste en mi pecho raíz y jazmín,
feliz latido de un alma enamorada.

71

Camina por los senderos que no dan,
y por las sendas que llevan al mar;
camina donde tus pasos van,
que mi corazón tu amor buscará.

Camina libre, sin mirar atrás,
que yo en silencio sabré esperar;
donde tus huellas quieran posar,
allí mi pecho te irá a encontrar.

72

En mi mente siempre quedarás,
en mi recuerdo vivirás;
aunque la vida nos lleve atrás,
nunca mi amor se apagará.

Te sentiré en cada latir,
como un susurro junto a mí;
y en cada instante volveré a oír
tu nombre dulce dentro de mí.

73

Quiero escuchar tu voz en la distancia,
cuando navegue solo sobre el mar;
que cruce el viento azul tu dulce instancia
y llegue a mí su forma de cantar.

Y si estoy lejos, hondo y en silencio,
bajo la noche clara y su rumor,
que sea tu palabra mi sustento
y tu recuerdo, faro y protector.

74

Sé que al leer estas líneas serán tuyas,
y olerás su tinta fresca al despertar;
guardarás las promesas que en ellas fluyan,
y las lágrimas que quise derramar.

Guarda también el nombre que las firma,
no lo dejes perderse en el ayer;
si el tiempo borra todo y nada afirma,
que mi nombre en tu memoria pueda arder.

75

La luz que alumbra mi alma dañada,
la blanca luna sobre el cristal;
las estrellas tiñen de oro mi mirada,
y el piano suena suave en el portal.

La esperanza vuelve y roza mi cara,
como un reflejo limpio al amanecer;
todo en tu recuerdo mi noche aclara,
y en tu luz comienzo a renacer.

76

No puedo oír tu voz si estás ausente,
el viento sólo trae tu nombre al anochecer;
y si pudiera llamarte suavemente,
sé que dirías: "vive, vuelve a creer".

No cruzaré la sombra que te encierra,
ni buscaré en la noche lo que ya fue;
si estuvieras aquí, con voz sincera,
me pedirías que cuide mi fe.

77

Lloro y la tinta cae sobre el papel,
pregunto al alma y no sabe responder;
tiembla mi pecho bajo un cielo cruel,
y ni el fuego me alcanza a sostener.

Salgo a la calle: también llora la ciudad,
las estrellas tiemblan en su claridad;
si tú pediste que no llorara la verdad,
¿por qué nos duele tanto la eternidad?

78

Era una noche fría, callada en su penar,
miré aquella foto y volví a recordar;
la lluvia en sus labios, su forma de amar,
y el mundo que juntos quisimos soñar.

Pensé en la primera vez que la vi,
en su voz temblando muy cerca de mí;
en las risas claras que ardían allí,
y en todo lo nuestro que un día perdí.

Pensé en los sueños que aún guardo en mi piel,
en su luz brillando más pura que ayer;
en un mundo pequeño tan sólo para los dos,
donde amar era eterno y bastaba con querer.

Mas pensar es soñar sin poder despertar,
es vivir en un eco que vuelve a empezar;
y en la noche entendí, sin dejar de amar,
que hay sueños hermosos... que hay que soltar.

79

Escribiré lo hermoso de tu ser,
aunque mi mirada se pierda en tu cabello;

podría mil detalles describir y ver,
pero regreso siempre a su destello.

Castaño al sol, oscuro en la penumbra,
libre en el viento cuando empieza a andar;
suave corriente que mi pulso alumbra,
como un secreto imposible de olvidar.

Rizado o suelto, perfecto al caer,
enmarca tu risa con dulce armonía;
no es obsesión, es mi forma de querer,
pues en tu pelo comienza mi alegría.

80

De todos mis deseos eres tú mi alegría,
la razón escondida que sostiene mi querer;
contigo se ilumina hasta la noche más fría,
y todo cuanto sueño comienza a florecer.

81

Si no estás, el aire se volverá cristal,
y en el cielo las estrellas perderán su luz;
si no estás, la noche será más abismal,
y mi mundo quedará sin rumbo ni virtud.

Si no estás, la luna no querrá brillar,
ni el sol hallará fuerza para amanecer;
si no estás, mi vida dejará de cantar,
porque todo lo que tengo nace de tu querer.

82

Si yo muriera primero, no cierres la ventana,
espera al fin de la tormenta con serena claridad;
si yo muriera primero, guarda viva la esperanza,
y deja que el alba te devuelva la paz.

Escucha la noche sin temer al viento,
mira nuestras fotos sin nostalgia ni temor;
si yo muriera primero, quédate con el recuerdo,
pero sonrío despacio... como cuando hubo amor.

83

Cuando la tarde cayó sobre el frío de diciembre,
y la niebla en silencio cubría la ciudad,
cuando el invierno abrazó la luz de siempre,
y la Navidad brilló con suave claridad.

Cuando la noche abrió sus regalos dorados,
y la risa encendió cada rincón del salón,
bendito fue el instante en que, tomados de la mano,
mi alma encontró refugio en tu corazón.

84

Vino a cenar a mi casa un ángel callado,
a medianoche, bajo un cielo de azul;
traía unas velas y un cofre cerrado,
brillando en silencio con tenue luz.

Dentro dormía un anillo guardado,
Claddagh de plata y sincero fulgor;
al verlo en mi mano, marchó sosegado:
— Simboliza mi vida, mi fe y mi amor.

85

Está la calle mojada, la lluvia besa el cristal,
quédate esta noche, no vuelvas a caminar;
mi casa es también tu casa, sin nada que aparentar,
ponte cómoda y tranquila, aquí también se sabe amar.

No hay grandes diferencias, sólo un rincón especial,
un latido compartido que empieza a despertar;

si quieres tener mi alma sin miedo ni disfraz,
duerme junto a mí esta noche... y déjate abrazar.

86

Sólo contábamos once primaveras,
con la infancia volando sobre la acera;
yo aguardaba mi turno a tu vera,
mientras temblaba mi voz sincera.

Me adelanté al sentir tu presencia,
callaron las risas en la pradera;
tu mirada negó mi inocencia,
y aprendí que el amor también espera.

87

Quiero tener tus caricias,
sentir tu tacto en mi piel;
que tu abrazo me bendiga,
y me estremezca otra vez.

Quiero guardar tus olores,
tu perfume al despertar;
que me sigan tus rumores
cuando no te pueda hallar.

Quiero beber tus miradas
y perderme en su vaivén;
que mis pupilas calladas
se reflejen en tu sien.

Quiero tus labios cercanos,
tu sonrisa al suspirar;
y al tomarme de las manos,
que me digas: "te he de amar".

Por fin he vuelto a encontrarte
y he sentido el corazón,
no era un simple latido,
era un canto de ilusión.

Cuando nuestras dos miradas
se cruzaron sin huir,
supe que aquella espera
llegaba al fin por fin.

Estuviste siempre lejos
y a la vez junto a mí,
sin buscar lo perfecto,
sólo queriendo sentir.

Sólo un recuerdo guardo
de mi temprana ilusión:
una mujer de ojos castaños
que encendió mi corazón.

Ni Cupido ni los cielos
quisieron darme señal;
busqué mis propias castañas
para su amor alcanzar.

Mas hoy comprendo en silencio
que supe mal caminar;
de aquella bella muchacha
sólo el recuerdo me da.

Y en mis pupilas se queda
lo que no pude lograr:
su risa entre mis manos,
y mis ojos por llorar.

Necesito explicarte tanto
y no sé cómo empezar,
si en cada gesto que haces
mi pecho aprende a temblar.

He guardado tus miradas
como quien guarda un lugar,
y cuando dices mi nombre
todo vuelve a despertar.

Al verte marchar despacio
mi luz se suele apagar,
se queda presa en tu pelo
que al sol empieza a brillar.

¿Cómo decirte en silencio
lo que no sé pronunciar?
Que mis manos te imaginan
y mi voz quiere hablar.

¿Cómo explicarte este fuego
que no quiere descansar?
Sólo sé que cuando pienso
en tu nombre... es amar.

Cielo azul que surcas libre
sobre el océano sereno,
te pierdes en el horizonte
sin un suspiro ni un duelo.

Sólo tu imagen se queda
dibujada en mar eterno,
y en mis ojos nace entonces
el sueño de amarte entero.

92

No puedo seguir así,
no me dejes sin tu voz,
corro el riesgo de llorar
si te marchas sin los dos.

No te vayas sin decir
que recuerdas lo que fui,
si algún día has de partir,
por favor... acuérdate de mí.

93

La luz de estas velas nos envuelve y nos alienta,
dibujando en tu rostro la más dulce belleza;
su aroma suave la noche serena y lenta,
y en tus ojos descubro mi mayor riqueza.

Abrimos los regalos sin prisa ni destreza,
mientras la llama danza alegre y contenta;
tu sonrisa es mi mejor sorpresa,
y en tu pecho descubro el amor que me sustenta.

Cuando la medianoche calla y todo se aquieta,
apagamos las velas sin temor ni tristeza;
nos abrazamos bajo la bóveda secreta,
y dormimos mirando estrellas... llenos de certeza.

94

Una mujer ha anidado en mi interior,
y no sé si es ella quien no quiere marchar;
o soy yo quien, temiendo al dolor,
la retengo en mi pecho sin dejarla escapar.

Es fría como el viento en la estación,
me estremece cuando invade mi sueño;

recorre mis venas sin pedir razón,
y despierta en mi sombra un latido pequeño.

Tengo frío aun rodeado de fuego,
cuando pienso en su voz y en su piel;
pero ese hielo me salva del ruego,
me devuelve la vida que olvidé.

Prefiero su invierno clavado en mi ser
a la tibia quietud de estar muerto sin nadie;
si su frío me obliga de nuevo a querer,
que se quede en mi pecho... que nunca se vaya.

95

Te extraño desde esta hondura sin final,
desde la grieta más íntima del alma;
te extraño en la niebla que no quiere cesar,
en la soledad que me llama y me desarma.

Te extraño desde el principio hasta el final,
por haberte amado con fe verdadera;
te extraño por lo que fuimos al soñar,
por lo que en mi vida dejaste a tu manera.

Te extraño por conocerte y por querer,
por cada instante que aún me nombra;
te extraño porque aprendí a pertenecer,
a tu luz, a tu voz, a tu sombra.

Y aunque el tiempo nos quiera separar,
mi corazón no entiende distancia;
te extraño hoy, mañana y más allá,
como quien ama sin pedir constancia.

96

¡Oh! Sin ti yo no sabría quién soy,
sin tu latido mi pecho no arde;
sin ti no encuentro el rumbo al que voy,
ni luz que alumbre mi tarde.

Sin ti mi corazón no es corazón,
late vacío, sin melodía;
sin ti se borra mi propia canción,
sin ti yo no soy... yo sería.

97

Me miro y no veo nada,
sólo una sombra callada;
trapos viejos, luz cansada,
y un rostro que no es nada.

Busco entre huellas gastadas,
encuentro cosas guardadas;
ninguna voz me reclama,
ninguna historia me llama.

Me miro otra vez, vacía,
una caricia tardía
cruza el cristal y se enfría...
no sé quién soy todavía.

Si hallara tu luz sagrada,
tal vez mi piel recordara;
de todo lo que quedara,
sólo tu alma me salva.

98

Cuando la rutina volvió a anidar en los corazones,
el alma despertó, dueña ya de las emociones;

tras el largo invierno de dudas y estaciones,
renació en tu mirada la luz de mis canciones.

En mi tierra las nubes cruzaban con tensiones,
y el viento murmuraba antiguas sensaciones;
mas todo se hizo claro tras largas vacaciones,
al ver tus ojos castaños romper mis confusiones.

99

Quiero, cuando sea mayor, vivir junto al mar,
en una ciudad sin nombre donde la lluvia cante;
con poetas y almas honestas con quien soñar,
y personas como tú, serenas y brillantes.

Quiero, cuando sea mayor, rozar estrellas al pasar,
ver cómo los sueños despiertan cada instante;
vivir teniéndote cerca, sin miedo a naufragar,
y que nuestros corazones latan juntos, constantes.

100

Me fui enamorando de ti sin quererlo aceptar,
aunque mi pensamiento fingía no comprender;
tu forma tan especial me volvió a conquistar,
y tu mirada profunda me enseñó a creer.

Ansío el día en que seas sólo para mí,
aunque nunca entienda cómo empezó este sentir;
no amo a una persona, lo he comprendido al fin,
amo a un ángel que me enseñó a vivir.

101

Mientras mi voz alcance tu boca al pronunciar,
y en tus labios repose mi anhelo callado,
mientras tus pasos desnudos me inviten a soñar,
seguiré confesando que vivo enamorado.

Mientras la luna en tus ojos aprenda a brillar,
y un beso en silencio despierte la pasión,
mientras mi pecho no deje de suspirar,
sabe que te querré con todo el corazón.

102

Hoy he abierto mi alma sin temor ni reserva,
te he dado el secreto que en silencio guardaba;
hoy eres mi luz, mi razón y mi fuerza,
la verdad que mi pecho callado buscaba.

Hoy por ti vivo, respiro y camino,
eres mi norte, mi paso y mi voz;
si hay un sentido escrito en mi destino,
es amarte sincero, con todo mi amor.

103

Cuando me perdí, estabas allí,
fuiste la luz que me enseñó a volver;
me mostraste el hombre que podía surgir,
el camino que aún estaba por recorrer.

Nunca pensé cuánto te llegaría a amar,
tu paciencia sostuvo mi corazón herido;
secaste mis lágrimas sin preguntar,
y velaste mi dolor cuando estaba perdido.

Me arropaste en noches de miedo callado,
me hablaste suave para no caer;
si hoy camino firme y renovado,
es porque tú me enseñaste a creer.

104

¿Acaso crees que puedo dormir
si tu ausencia vela mi madrugada?

¿Acaso crees que sé sonreír
teniéndote lejos, tan anhelada?

¿Acaso piensas que no siento
el peso de tu distancia fría?
Si faltas tú, me falta el aliento,
y mi alegría se vuelve vacía.

105

La luna me cuenta tus pasos errantes,
las noches calladas que cruzas sin voz;
me habla de sombras que sigues distante,
y de silencios que viajan con vos.

Me dice que buscas sin rumbo el amor,
que hay luces que esquivas al caminar;
yo miro su brillo y guardo el fervor
de ser quien un día te haga encontrar.

106

Una noche de otoño, bajo lluvia callada,
soñé que tu mano me guiaba al hogar;
me mirabas despacio, la calle mojada,
y tu humilde posada nos quiso guardar.

Quitaste mi abrigo con risa templada,
junto al fuego ardiente que empezó a brillar;
tu rostro en la llama danzaba dorada,
y el frío en tus ojos dejó de pesar.

Preparaste la cena con gesto sereno,
yo encendí las velas frente al mantel;
dos palabras bastaron, suaves y en pleno,
para que el silencio aprendiera a ceder.

Soñé con la lluvia golpeando la ventana,
y tu voz diciendo que no debía partir;
desperté a mitad de mañana,
con tu recuerdo negándose a huir.

107

Quiero decirte que lo siento,
pero escondo mi verdad;
hablo de cosas sin peso
por miedo a tu frialdad.

Temo que tu mirada
no me quiera comprender,
que al oír mi alma desnuda
decidas no quererme ver.

Escucha lo que no digo,
lo que me cuesta pronunciar;
porque sólo tú en mis ojos
puedes la luz despertar.

Sólo tú llenas mi vida,
cuando me atrevo a sentir;
si me miras con cariño,
aprendo al fin a ser yo mismo y vivir.

108

En un instante juntos estuvimos allí,
bajo una noche que parecía eterna;
no quise soltarte, no quise partir,
mientras tu voz mi silencio gobierna.

Nos acercamos sin nada decir,
y en un suspiro nos dimos un beso;
qué pena que al fin tuviéramos que abrir
los ojos y ver que era sólo un regreso.

Jurando volver a aquel mismo lugar,
al día siguiente regresé por ti;
tan bella te hallé como al despertar,
y al besarnos de nuevo... volví a partir.

109

Cuando pienso que no estaré junto a ti,
rompo en silencio y vuelvo a llorar;
me ahogo en palabras que nunca te di,
en besos que no supe alcanzar.

Sé que te quiero y no puede ser,
que el mundo nos marca otra dirección;
lo intento cambiar, lo intento entender,
pero siempre regresa la misma razón.

Cuando te veo, mi voz se va,
tu belleza me deja sin hablar;
tu pelo me ciega, me impide pensar,
y olvido quién soy al verte pasar.

Me digo que debo aprender a olvidar,
que es la única forma de no sufrir;
pero sé que amándote sin cesar,
olvidarte sería dejar de vivir.

110

Hoy, princesa, necesito tu voz,
mi vida se halla anclada en dolor;
frente a la puerta de tu alma estoy yo,
con mi corazón preso de tu amor.

Hoy, princesa, dame tu palabra,
para poder mi rumbo seguir;
si tu mirada mi senda labra,
hallaré el camino hacia ti.

111

Bajo la lluvia se besan sin temor,
no importa el agua que cae sin cesar;
para ellos la noche es puro ardor,
y el mundo aprende a callar.

Se aman aunque el camino los separe,
cada cual regresa a su soledad;
mas su silencio nunca se deshace,
porque el amor no necesita hablar.

Un ancho mar los vuelve a dividir,
y la distancia marca su estación;
pero aun lejanos saben resistir,
pues viven unidos por el corazón.

112

Maldigo al tiempo que no sabe esperar,
y a las horas que se escapan sin razón;
maldigo la distancia que nos quiso separar,
cuando yo estaba lleno de ilusión.

Maldigo no haber sabido mostrar
lo que mi pecho guardaba por ti;
porque no supe hacerte entender ni nombrar
que eres más que princesa para mí.

113

Y sufro en la soledad que ostento,
donde tu voz no logro comprender;
te busco en vano en cada pensamiento,
y sólo el silencio me viene a responder.

Sueño tenerte aquí a mi lado,
sentir tu mano cerca de mí;

aunque despierte solo y callado,
mi corazón insiste en ti.

114

Cuando entro a despertarte y me abrazas,
la aurora tiembla suave en la ventana;
cuando enciendo la luz y te deslumbras,
sonríes dulce en la mañana.

Cuando te alzas y caminas descalza,
la casa aprende tu canción primera;
soy feliz si me besas y me alcanzas,
y susurras: nadie te querrá como yo te quiera.

115

Caducarán las palabras que hoy te escribo,
cuando el tiempo las lleve al olvido;
tan lejos quedará lo que ahora digo,
y tú serás testigo de lo vivido.

Allá, donde callen los caminos,
cuando todos nos hayamos ido;
se cumplirá lo que prometimos,
aunque el mundo ya no haya oído.

116

Te vas yendo cada vez más lejos,
más allá del rincón que te guardé;
te pierdes del mundo en que pienso,
del lugar donde siempre te soñé.

Te echo de menos, aunque en mi recuerdo
aún tu sombra sabe permanecer;
y si ya no puedes huir más lejos,
rezo por volver a tu querer.

117

Yo meditaba absorto en mi interior,
mientras ella dormía en mi habitación;
buscaba en silencio la forma y el color
de un verso a su contemplación.

Yo meditaba absorto sin hallar
palabras dignas de su hermosura;
su calma me hacía temblar
y mi mente cedía a su dulzura.

Yo meditaba absorto frente al papel,
mientras su sueño latía cercano;
y en vez de escribir, rendido ante ella,
dejé que hablara mi mano.

118

Caprichosos sueños que vienen a velar,
susurran que es imposible volver a sentir;
benditos cuando me dejan soñar,
aunque al despertar me hagan sufrir.

Caprichosos sueños que juegan sin piedad,
y en la noche me invitan a creer;
rompen en lágrimas mi soledad
cuando no logro tu presencia ver.

119

Conocí a una mujer de justa belleza,
que dijo: ven conmigo y serás feliz;
prometió riqueza con gran firmeza,
y yo la seguí sin saber qué elegir.

“Te haré el hombre más rico”, insistió,
mientras mi pobreza seguía en mí;

luego se fue, y todo acabó,
dejándome solo... y aprendí.

No era oro lo que me ofreció,
ni el brillo que imaginé;
cuando hallé mi corazón comprendí
que la riqueza ya la encontré.

120

Con los ojos me enviaste una mirada,
con los labios yo te envié un beso;
cruzamos el aire sin decir nada,
quedó suspendido nuestro deseo.

¿Qué he de hacer para que tu mirada
se detenga en lo que te entregué?
Hoy no comprendo esta distancia callada,
pero algún día lo sabré.

121

Hoy combatí mil espadas en guerra,
ninguna logró mi pecho herir;
pero al volver y hallarte en la tierra
de tu lecho, supe rendirme ante ti.

Llegué victorioso de todo enemigo,
sin una herida que lamentar;
mas tu belleza, dulce y testigo,
mi corazón vino a atravesar.

Princesa mía, no puedo luchar
contra el filo de tu mirar;
mil batallas sabré ganar,
pero a tu encanto no he de escapar.

Me doy cuenta de que me faltas aquí,
te busco entre el ruido y la gente;
espero tu paso y no llegas a mí,
y duermo sin verte en mi mente.

Así cada día te siento cercana,
pero no estás donde te quiero hallar;
si te busco, el miedo me gana
y en su círculo me vuelve a encerrar.

Gira en mi pecho como un rumor,
como moscas en frasco cerrado;
me deja vencido, sin valor,
temiendo perderte a mi lado.

Miedo a encontrarte y no saber hablar,
miedo a que vuelvas y te vuelvas a ir;
miedo a tenerte y luego llorar,
miedo a perderte sin poderte seguir.

Te espero en el cuarto que no quisiste cruzar,
bajo la sombra callada de mi dolor;
aquí, en silencio, te vuelvo a llamar
mientras el cielo me habla de amor.

Recuerdo los días que juntos soñé,
instantes que el tiempo no pudo borrar;
mi memoria es espejo donde te hallé,
reflejo puro de tu mirar.

Te espero, cariño, porque aún creo
que un día esta distancia cederá;
confío en el hilo sutil del deseo
que hasta mis brazos te traerá.

Te espero tras un velo de amargura,
anhelando tu voz al pronunciar;
y desde el corazón, mi única altura,
te sigo esperando... volverás.

124

En la gloria hoy volví a nacer,
antes de la meta me detuve a mirar;
te vi, te observé... me dejé querer,
y sin darme cuenta comencé a amar.

Como en el cielo las aves al volar,
mi amor hacia ti emprendió su viaje;
antes de en tu pecho descansar,
me regaló un beso en su coraje.

Se adentró tan hondo como pudo entrar,
hasta el rincón donde tu latido estaba;
y en esta gloria que hoy puedo habitar,
parte del triunfo tu nombre llevaba.

No sé cuánto tu corazón me daba,
ni cuánto guardabas para mí;
me basta saber que te amaba,
que en esa entrega renací.

125

Nada detiene el curso del tiempo,
ni la fe que promete cambiar;
ni el libro que guarda sentimientos,
ni un sueño que vuelva a empezar.

Ni aunque muriera y volviera a nacer,
lograría torcer su paso;
mi vida seguiría siendo ayer
un estanque quieto de llanto.

126

Tú no lo sabes, pero hoy no es igual,
no es un día que pase sin huella;
no es uno que el tiempo pueda borrar,
ni uno que se esconda tras la estrella.

Tú no lo sabes, pero hoy he llorado,
cuando debía sonreír sin razón;
he pensado en lo que el tiempo ha marcado
y he vertido ayer en mi corazón.

Tú no lo sabes, pero en años por venir
este día volverá diferente;
te recordaré sin poderte sentir,
con tu ausencia latiendo en mi mente.

No habrá festejos ni brindis de alegría,
aunque los años sigan su corriente;
y aunque la tarta no alumbre el día,
la vida será más fuerte que la muerte.

127

Escribo para no aceptar la verdad,
para no hundirme en mi frustración;
la soledad se adhiere sin piedad
y nubla mi pobre razón.

No sé distinguir lo falso y real,
cuando el llanto comienza a hablar;
son gotas que rozan el bien y el mal,
y en el papel me dejan respirar.

128

Un día soñé con mi futuro,
soñé que era fuerte y afortunado;

que el mundo era limpio y puro,
y que en un mismo cuadro estábamos.

Un día soñé con mi destino,
a tu lado en un lugar lejano;
donde sólo reinaba el camino
de la paz tomada de la mano.

Un día soñé que el cielo pintado
dejaba volar aves sobre el mar;
y como guías de nuestro pasado
nos llevaban sin miedo a amar.

Un día soñé que era tu amado,
que juntos podíamos caminar;
que nada habría en el mundo creado
capaz de podernos separar.

129

Hace ya tiempo que te fuiste al mar,
y en la arena quedaron tus pisadas;
ni la marea las logra borrar,
ni pasos ajenos las dejan marcadas.

Son huellas que el tiempo no podrá romper,
aunque la vida cambie su corriente;
porque aunque te fueras sin volver,
no te vas del todo de mi mente.

130

Quiero que me abracés como en mi sueño,
como aquel abrazo que imaginé;
que me envuelva tu calor pequeño
y me guarde del mundo otra vez.

Presiento que en tus brazos fieles
nada malo me puede ocurrir;
si me sostienes cuando tiemble,
aprenderé sin miedo a vivir.

131

He querido que el tiempo pase veloz,
que borre lo que en mí se formó;
todo lo vivido, todo lo atroz,
todo aquello que un día nació.

He querido incluso dejar de existir,
por no tenerte junto a mi lecho;
por haberte amado sin saber decir
lo que guardaba dentro del pecho.

132

Quisiera abrazarte y en tu regazo dormir,
despertar con tus ojos mirándome a mí;
besarte a oscuras, sin nada decir,
mientras la nieve cae fuera de aquí.

Quisiera en el alba contigo desayunar,
con el frío tras el cristal;
vestirnos despacio, volvernos a completar,
hasta sentirnos uno al final.

Quisiera al mediodía llamarte otra vez,
preguntar cómo marcha tu andar;
y vernos un rato, aunque sea después,
antes de tenernos que separar.

Quisiera que al fin la noche llegara,
y abrir los regalos los dos;
abrazarnos sin miedo mientras nevara,
y que por un día se cumpla nuestro amor.

133

¿Qué es el amor, sino un misterio,
un juego que hiere al pasar?
¿Es sólo aventura sin criterio
o un fuego que enseña a amar?

¿Es mito, cuerpo o sueño errante,
un ángel buscando su lugar?
¿Es rosa que brota constante
y con los años vuelve a brotar?

¿Se vive a solas o compartido,
se guarda o se deja ver?
¿Qué es el amor, si al mirarte
todo lo encuentro en tu ser?

134

Me sorprendió un reflejo en tu mirar,
más hondo que el brillo de tus ojos;
vi mi rostro temblar al pasar
sobre la lágrima rota en tus despojos.

Quedé aún más herido al descubrir
el surco que tu llanto dejó;
por quien supo marcharse sin sentir
y en pedazos tu alma abandonó.

135

Ando vagando triste y solitario,
calle arriba, calle abajo sin descanso;
me pierdo en un silbido imaginario
que en la noche de marzo suena manso.

Entre sombras camino despacio,
con el eco del viento en mi canto;

y en cada esquina, en cada espacio,
busco tu cuerpo entre mi llanto.

136

Quiero que mañana mis ojos te vuelvan a ver,
si es posible temprano, al amanecer;
sentarnos un rato, sin nada temer,
y quedarnos hablando hasta el atardecer.

Quiero que mis ojos te vuelvan a ver,
si es posible, para perdernos los dos;
que el tiempo se detenga sin correr,
y a solas querernos, tú y yo.

137

A ti, que lejos vives en el mundo,
más allá de esta distancia que me hiere;
a ti, que en mi alma estás profundo,
aunque el olvido a veces me desespere.

A ti, romántica de verso y confianza,
llama que en mi pecho arde sin calma;
a ti, que enciendes toda esperanza
y cabes entera dentro de mi alma.

A ti, que todo creas y todo esperas,
que sostienes lo frágil con tu mano;
sólo quiero que sepas, aunque no lo vieras,
que por ti existo... y que te amo.

138

Un día te perdí, sabiendo el porqué,
como quien suelta algo por error;
otro día volviste, no sé cómo fue,
en un instante sembrado de amor.

Perder no es siempre dejar de tener,
ni el adiós es final del camino;
vivir no es morir, si puedo creer
que aún caminas conmigo.

139

Hoy tengo en mente un rostro que conoces,
y el tuyo llorando sin consuelo;
y el mío sufriendo en voces
que no soportan tanto duelo.

Hoy recordé aquel día al vernos,
con un motivo que dolía;
como lluvia cayendo en pleno verano,
como amor que se despedía.

Hoy, sin querer, volví a pensarte,
entre imágenes turbias y frías;
quizás no eran recuerdos al mirarte,
sino lágrimas de aquel jueves todavía.

140

Voy arrancándome la piel en silencio,
poco a poco, sin final;
como si al borrar cada recuerdo
pudiera dejar de amar.

Quiero borrar cada roce y sueño,
hacer tu olvido menos cruel;
pero cuanto más intento ser dueño,
más te quedas bajo mi piel.

Te quiero tanto que no te vas,
aunque finja no recordar;
porque donde más duele y más estás
es donde no puedo arrancar.

141

Una noche cualquiera, frente a la ventana,
la lluvia mojaba mi memoria;
la ciudad pasaba lejana
y tú no cruzabas mi historia.

Una noche cualquiera, por la acera,
la gente seguía su andar;
te busqué en la distancia entera
y no te vi regresar.

Una noche cualquiera lloré,
los minutos no querían pasar;
se hicieron eternos, lo sé,
como un reloj sin avanzar.

Una noche cualquiera morí,
frente al cristal empañado;
mi alma te esperó allí,
tu cuerpo nunca ha pasado.

142

Noches de melancolía y brisa,
flores azules bajo el cielo tardío;
en tu rostro el viento improvisa
los versos que llenan lo mío.

Noches de melancolía y encina,
cuando recuerdo tu sonrisa;
sentado en su sombra divina
la dicha pasa deprisa.

143

Tienes razón, no te conozco aún,
y sin embargo deseo estar contigo;

quizá es locura, quizá es virtud,
pero mi vida camina hacia tu abrigo.

No sé cómo eres y quiero saber,
si ríes despacio o miras de frente;
si prefieres callar o responder,
si sueñas como yo, suavemente.

Es mi razón querer intentar,
aunque ignore tu forma de ser;
porque a veces basta desear
para empezar a querer.

144

El camino a tu corazón es largo y extraño,
con tramos duros y otros de amargura;
hay palabras que pesan año tras año
y tormentas que no traen cura.

Hay lluvias que empapan sin secar,
y silencios que laten por dentro;
pero también hay prados al pasar
donde el alma halla su centro.

Tiene bajadas de hierba mojada,
misterios guardados con celo;
tesoros que al final de la jornada
resplandecen como cielo.

Tu sangre late entre unos y otros,
tu calor se reparte en derredor;
y al final, entre sombras y rostros,
todo conduce a tu corazón.

145

Entre la torpeza de haberte dejado,
y la necesidad de haberme marchado;
cargo el peso de lo que he callado,
y el error que no he reparado.

Ahora quisiera volver atrás,
borrar la huella de mi partida;
no fue orgullo, fue incapaz
mi corazón de entender tu vida.

No quiero infiernos ni castigos,
sólo aprender a mirarte bien;
ver en tus ojos los antiguos
ángeles que perdí también.

Si alguna vez vuelvo a tu lado,
no será por miedo a perder;
será por haber aprendido
a no soltarte otra vez.

146

Siento la fragancia de tu pelo al pasar,
el viento la trae hasta mi vera;
la respiro despacio, me deja soñar,
como si aún estuvieras entera.

Ese aroma me llena de vida,
me devuelve lo que fue verdad;
recuerdos de un día compartido
que aún perfuman mi soledad.

147

El papel me pide a gritos hablar
de tus virtudes y tu claridad;

yo no sé cuánto pueda contar,
sólo dos verdades de verdad.

Te conozco tanto que no sé
cómo podría no amarte;
y te amo porque al mirarte
no consigo dejar de mirarte.

148

Nada puede ya borrar el pasado,
ni el presente detener su vaivén;
es tan breve el instante dado
que apenas logro cambiarlo también.

Por eso quisiera al futuro viajar,
buscar un lugar donde al fin ser;
una vida que pueda honrar
lo que soy y lo que quiero hacer.

149

A veces una mirada encendida
despierta un verso en el corazón;
palabras breves, tinta vertida,
que buscan forma en la emoción.

Y con el tiempo quedan guardadas,
como huellas de un claro día;
líneas que fueron inspiradas
por la luz de tu poesía.

150

Perdimos la amistad al decir la verdad,
quise gritarla y se rompió;
se apagó la risa y la claridad,
y lo que éramos entre tú y yo.

Sé que ahora no volverás jamás,
y duele aceptarlo así;
pero aunque sienta que todo se va,
no muere lo que hubo en mí.

151

Ahora me siento vacío al no tenerlo,
como si ya no supiera latir;
y duele pensar que al perderlo
no vuelva a sentir así.

¿Por qué la vida cruza caminos
después de tanto buscar?
apareces con luz en mis destinos
y no te puedo alcanzar.

He llorado noches enteras,
he intentado dejar de amar;
pero el corazón no obedece razones
cuando aprende tu nombre a pronunciar.

Quisiera mirarme en tus ojos,
tomar tus manos sin temor;
afrontar juntos todos los enojos
y llamar a esto amor.

Pero sé que hoy no puede ser,
aunque el alma lo quiera así;
quizá en otra vida, al renacer,
el tiempo esté hecho para ti y para mí.

152

Me he enamorado del verde de tus ojos,
del cielo que en tus pupilas brilla;
de esa distancia que me mira de lejos
y aun así mi nombre destila.

Me he enamorado de ti sin medida,
aunque sienta no merecerte;
te amo con un amor sin huida,
sin tiempo que pueda vencerte.

Como dos palabras que al decir
dibujan sonrisa en tu boca;
dos palabras que debo repetir
porque en ellas mi alma se toca.

153

No sabes las veces que te he buscado,
en esta ciudad vacía y callada;
calle a calle, paso cansado,
donde antes tu risa habitaba.

Ahora el silencio es mi compañía,
y una nieve amarga cae sin cesar;
me nubla el pulso, me enfría el día,
y me enseña cuánto te he de extrañar.

No sabes las veces que grité tu nombre,
sin hallarte en la noche fría;
sin sueño, sin descanso, como un hombre
que pierde su única guía.

Te busco para verte otra vez,
reflejarme en tu mirar;
abrazarte y que al fin, tal vez,
puedas quedarte y amar.

154

Como el alba espera al primer resplandor,
así mi alma te aguarda en calma;
sola en un vasto y mudo rumor,
sosteniendo la luz que le queda al alma.

Sólo el silencio la viene a alumbrar,
como un faro perdido en el vacío;
y una brisa empieza a susurrar
que tu aliento se acerca, tibio y mío.

155

Triste como la lluvia en mi ventana,
caen las lágrimas rozando el alma;
el corazón, herido, ya no llama,
y tu partida apaga la llama.

Se quedan mudas las horas calladas,
la casa entera suspira en penumbra;
sin ti las luces quedan apagadas
y la noche en mi pecho se derrumba.

156

En silencio ante el espejo me encontré,
y en la hondura vi brillar la noche;
no era cristal lo que contemplé,
sino tu rostro guiando mi derroche.

En el éxtasis de mi estudio callado
comprendí lo que el ocaso decía;
no eran palabras ni gesto pronunciado,
era luz clara que en mí ardía.

No había forma ni cuerpo que atara,
sólo un cielo oscuro y dorado;
una claridad que me susurrara
lo que mi pecho había callado.

Y al alba, al recorrer mi interior,
oí al corazón solitario hablar:
"Sólo por tu forma de mirar,
mis sueños se harán verdad".

Esta noche estoy solo en la oscuridad,
la habitación calla cerrada;
las paredes no dicen nada en verdad
y el suelo me devuelve su helada.

La lámpara tiembla sobre el papel,
la pluma apenas quiere escribir;
el tintero seco como mi piel
no sabe ya cómo seguir.

No tengo a nadie con quien hablar,
sólo recuerdos que vienen y van;
se quedan un instante al pasar
y al irse, el alma se llevan.

Podría escribirlos para no olvidar,
dejarlos fijados aquí;
pero guardo la tinta para el final,
para el último verso por ti.

Y cuando mi pulso empiece a callar,
si aún me queda claridad,
escribiré antes de marchar:
"Te esperaré en la eternidad"

capítulo II

AMOR OSCURO Y OBSESIÓN

Si pudiera, en un instante frío,
 ángel inspirador de noche mía,
 hacerte a la justa herida y al desvarío,
 tan cercana, tan promiscua a la mirada mía.

Nuestras pupilas, nudo y desafío,
 hicieron de la encrucijada un desvío,
 y del momento —traidor y tardío—
 nació la lejanía como castigo.

Si pudiera, en un instante perdido,
 ángel oscuro de mi noche tardía,
 pedirte disculpas sin fondo ni olvido,
 profundas, sentidas, nacidas del alma mía.

Pues el alma, en murmullo insípido y caído,
 perdió del instante su real medida;
 calló cuando debió haber sido grito,
 y dejó al tiempo romper lo que aún latía.

Trágate mi corazón, Princesa oscura,
 ahógate en la sangre de mi maldición,
 que tus pulmones beban la amargura
 y revienten de furia y de perdición.

Que tus pupilas quiebren en el querer
 aciago que en mi pecho sembraste,
 ojalá no vuelva el agua a caer
 sobre tus hombros que nunca salvaste.

Que sólo mis lágrimas —lava viva—
 empapen tu piel de sal y condena,
 que la noche de mi alma cautiva
 penetre en las entrañas de tu luz plena.

Que tu oxígeno sea asfalto y grava,
que en su hedor tu existencia se hunda,
que el amor —si existe— se acaba,
que su nombre del mundo se funda.

Trágate mi corazón, no lo escupas,
no lo niegues, no lo apartes de ti:
fue la medicina que tú me diste
para esta soledad que aprendí a sufrir.

160

¡Oh tú, belleza mía, tan amada!,
por ti dejé los días a su suerte;
lo cruel es que jamás fuiste avisada
y ahora —mírame—: camino estando muerto.

Vivo respiro, late el corazón,
mas el alma calló hace ya un tiempo;
mis pupilas cerraron por tu fulgor,
tan hondo y tan vacío como el cielo.

Quise quererte para no olvidarte,
logré odiarte para tenerte siempre;
créelo: así aprendí a nombrarte,
presencia fija, herida permanente.

Eres el puñal que insiste en mi razón,
eres la rosa que sangra sin querer;
eres como yo —y es peor la confesión—,
no sé por qué te llegué a conocer.

No puedo ya torcer la arena del reloj,
me queda ver cómo el infierno avanza:
yo me pudro en lo hondo de mi voz,
tú te consumes en lo que llaman gracia.

No crees mis palabras, lo sé bien;
te odio tanto que roza el juramento:
te daría un beso que no sabe a miel,
sino a despedida y a lamento.

Escúchame.
Quiéreme un instante roto.
No prometo luz ni salvación:
sólo no morir en soledad los dos.

161

¿Amena velada es esta?, dime,
sentados a la sombra de la canción;
no hables ahora, deja que rime
la noche joven con el corazón.

Escucha. Cinco minutos más.
Dos compases. Hasta el final.
Que el arco del fantasma errante
se quede sin disparar.

Bohemia noche, ¿verdad?, aguarda,
ven a mi vera, no digas nada;
volemós juntos esta balada,
silencios presos en luz callada.

Rescata mi mano, bailemos lento,
bésame como si fuera el fin;
que sangre la luna en su firmamento,
que ardan los labios, no el porvenir.

Que quiebre la noche, no la vida,
que arda el hielo del miedo antiguo;
abracémonos: alma con alma,
dejemos morir lo que fuimos, lo frío.

Gaviotas miran nuestra soledad,
perdidas, blancas, sobre el aliento;
y aquí quedamos —un segundo—
quietos, oyendo el violín despierto.

¿Amena velada?, sí: quedemos
presos del pulso que no se miente;
en nuestro amor, esta noche,
dejemos morir lo que ya no siente.

162

Cuando mis pálidas manos en la noche
rocen lo oscuro y callado de tu ser,
y la luna —herida— brille y reproche,
mientras la lluvia nos aprende a ver.

Que calme el agua los ojos en fuego,
abiertos, tensos, sin saber huir;
miradas cortadas, rayos sin ruego,
ardiendo juntas por no decir.

Y en derredor yazca la soledad plena,
círculo exacto, frontera y razón;
cuando mis manos —pálidas— comprendan
la realidad secreta de los sueños que no son.

163

Ocho años apenas... y ayer cansado,
triste, perezoso de seguir de pie;
la vida rota pesa en mis manos
como un cuerpo ajeno que ya no es.

Ocho años apenas... y ayer los ojos,
humildes, llorosos, sin dirección;
el alma perdida habita este torso
que ya no siento, que ya no es dolor.

No padezco, no ardo, no tiemblo siquiera,
sólo floto en un tiempo sin voz;
ocho años apenas... y ayer, niña eterna,
te conozco —y empieza la condena del yo—.

Condesa del gesto, del nombre primero,
eco temprano de lo que perdí;
ayer te vi —y en ese momento—
supe que algo en mí no volvió a latir.

164

Gritaré cuando muestres la sonrisa
manchada de la sangre que negás;
monstruo sereno, carmín sin prisa,
ajeno al daño que no mirarás.

Acecharán tus mejillas impuras,
sucias de olvido, lejos de mí;
rostro aprendido en sombras duras,
gesto que insiste en no existir.

Y cuando vuelva —funeral tardío—
la procesión del muerto corazón,
gritaré rompiendo el hilo frío
de la voz que por ti se alzó en canción.

Después callaré —por la eternidad—
los días angostos que me diste a vivir;
haré del silencio mi única verdad
y de tu nombre, algo que no sabré decir.

165

Descendió la luna de su alto trono,
y grises nubes cubrieron el andar;
noche negra que al viento da su tono,
y la lluvia serena comienza a cantar.

Evaporados gemidos, leves caricias,
labios y ojos de cordero, sin fin;
almas se cruzan entre suaves delicias,
en el viento lento, ritual sutil.

Cortejo pausado, amor, pasión callada,
rocío de besos que tiemblan sin paz;
movimientos entrecortados, mirada,
camino del infierno en tu risa detrás.

Te quiero —susurro que quema y destroza—,
entre la inocencia y el fuego final;
sombra y luz en la danza hermosa,
del amor que hiere y no sabe perdonar.

166

Se muerde el labio, perfecta y sublime,
sus dedos se pierden en hebras de su pelo;
jovial y hermosa, la eternidad la imite,
etérea, entre sombras que guardo en mi cielo.

Verde su mirada, fuego que quema,
tan niña en su parpadeo, tan feroz;
pestañas negras dibujan poema
en mi corazón de perlas, tan atroz.

Su cintura en el desierto de mi alma,
serena entre cosas que no sé tocar;
sus pechos, sus curvas, dulces sin calma,
vientre que en mis sueños se viene a posar.

Entre murmullos y locura callada,
su voz recatada rompe mi razón;
romántica en andar, pura en su hada,
negro vestido de sirena en mi obsesión.

Su piel blanca, tersa, sublime reflejo,
cuerpo reclinado en cama de inconsciencia;
luces apagadas tras un tenue espejo,
hermosa, jovial, eterna en su esencia.

167

Me ha herido el alma la mujer que he amado,
entre miradas puras y noches de llanto;
suspiros de belleza, promesas de esclavo,
y en su sombra quedó mi corazón quebranto.

Me ha herido el alma la que tanto he querido,
como daga fría que nunca cicatriza;
en su abrazo cruel, mi ser ha caído,
y mi amor, en silencio, su poder eterniza.

168

Todo es efímero en el crepúsculo del amor,
corazón desangrado, alma en canción;
su sonrisa se esfuma, destello traidor,
eco de mi dolor, sombra de mi razón.

¿En cuántas veces la bruma de su inocencia
se perdió en los rincones oscuros de mí?
Sus pupilas de hierba helada, sin clemencia,
resonaron en soledad que no comprendí.

Hoy, bajo la madrugada callada y fría,
recuerdo su figura evaporarse en mí;
como si anclados quedáramos en aquel día,
adolescentes ingenuos que el tiempo no vio partir.

Sus labios rozados en mi imaginación,
sus pómulos en manos que no supieron guardar;
sus manos en regazo, aroma en devoción,
su fragilidad que el recuerdo no puede apagar.

¡Oh, mujer! — parece que fue ayer —
cuando en la multitud nos cruzábamos sin hablar;
ni pluma escribía versos para sostener
la melancólica voz que no puedo tocar.

Entre rejas de lava, en oscuro destierro,
delicada, radiante, frágil y real;
el primer roce de la muerte visitó mi encierro,
y tu imagen quedó como mi único altar.

Bailabas al compás de una serenata absurda,
vestido de verano, libertad en la piel;
el cielo se quebraba en tu rostro de espuma,
excéntricamente joven... y yo sin saber por qué.

Hoy todas esas luces naufragan en el miedo,
ilusiones marchitas frente al espejo gris;
infección que por ti siento — y no tiene remedio —
me consume la vida como tu desdén sin fin.

Día tras día me mata
la gota de sangre huyendo de tu ojo endurecido,
el murmullo insípido de tu majestad callada,
la muerte pronunciándose en tu gesto vencido.

Ya no bailaré en tus labios pálidos,
ni beberé la savia de tu razón;
no invocaré tu nombre en ocasos inválidos
ni escribiré un verso más con tu carmín sin corazón.

Todo se vuelve bruma.
El tiempo se agota. El reloj avanza.
Y aun así, en mi locura desnuda,
yo la amo... yo la amo... sin esperanza.

El rocío muere en pétalos de negritud,
oigo tu canción — inexperta, cautelosa —;

tu risa me hiere con su falsa virtud,
tu belleza me enloquece, solemne y dolorosa.

Nunca volveré a tocarte.
Verdad definitiva.
Lo que nos unió se disuelve en el arte
de amar desde la herida.

La amo en la marginalidad,
tan sublime como mi sufrir;
ya no caben preguntas al error,
solo el final que ha de venir.

169

¿Cómo seguir el paso sobre la herida abierta,
entre hebras añoradas de un jardín sin razón?
Astromelias de invierno, la memoria desierta,
mil lágrimas brillando en su carmín en prisión.

La amo como a los cielos rotos en vidriera,
donde arden sus pupilas —mi reflejo, caballero—;
la tristeza me toma, lenta y traicionera,
vida que fue suya y nunca fue mi sendero.

Rezo solo en el altar de mi estrella vencida,
guiado por estaciones de súplica y dolor;
la llama me cautiva con su aroma de herida,
y queda su dulzura presa en mi interior.

Negra flor en el pecho, pétalos de memoria,
la vi desnuda y frágil, temblar sin salvación;
lloró su ausencia al filo de la muerte ilusoria,
y en mí dejó sus alas rotas de pasión.

La amo eternamente, sitiado en la razón,
atrincherado en cuerdas de rabia y de querer;

si un grito me libera, si sangra el corazón,
que el teatro del cuerpo aprenda a desaparecer.

No habrá dios ni demagogia que detenga este infierno,
lo grito a los vientos del norte y su rigor;
en montañas, caricias, en el pulso eterno,
la amo desgarrado, en sangre y clamor.

Si fue sueño u ocaso lo que al fin me quedó,
la amo en cada beso que no pudo nacer;
me arrancaron el pecho, el horizonte murió,
pero no borrarán lo que su voz hizo arder.

La amo —y su canción aún quema en mi voz—,
no está, pero vive en mi paz final;
si no fuera ella, no alzaría este clamor,
es ella... y en ella, mi mal y mi altar.

170

Estás ahí, lo sé: resuenan tus pisadas,
guitarra muda ardiendo dentro de mi mirar;
tu mano en el silencio, tus sombras recordadas,
tu pelo en la memoria que no quiere callar.

Tu inocencia en mis labios, tu pulso en mi latido,
tu cordura lejisima marcando mi prisión;
estás ahí... yo aquí, sin rumbo ni sentido,
dos orillas separadas por la misma razón.

«Te escapabas lentamente... como un sueño», dijiste,
no era despedida, ni verdad ni final;
era sólo una frase que en la nada persiste,
pasiva conversación que aprendió a hacerme mal.

En la balada roja de melancolía,
 sus ojos de vida se enredan en mí;
 hebras de su cabello cruzan la lejanía,
 y en bruma del horizonte se funde el perfil.

Son sus manos promesa de tierras del norte,
 cantando su canción entre gárgolas sin fin;
 blanca se mostró en nuestro ardiente soporte,
 apasionadas almas, aromas que se funden al fin.

Consumidos, elegimos la soledad de muertes,
 encrucijadas morales donde el deseo es ley;
 decadente su voz, susurrando mil vertientes,
 y en el opuesto del mundo, sólo ella y mi Grey.

Una sombra en el espejo que no dice nada,
 trapos desceñidos, un rostro sin razón;
 en las pupilas vive la distancia callada,
 un hueco que responde siempre: negación.

Cruza la mente una caricia que se pierde,
 gesto inocente condenado a no volver;
 sin ti no sé quién soy, ni qué me muerde,
 quizá sólo la forma de no ser.

Si pudiera encontrarte, si empezar pudiera,
 romper el cristal de esta imagen sin fe;
 pero nada de lo que fui me espera,
 todo cae lejos de aquello que no alcancé.

Sólo tú —inalcanzable— sostienes mi herida,
 lo demás es ruido, ceniza celestial;
 de ti nace el resto de mi vida,
 de lo demás... nada de principio a final.

Negros los ojos; antaño embobado
 por verdes rubíes que no supe leer,
 blancas las mejillas de un tiempo inventado,
 de vidas que pasaron sin yo comprender.

Encaprichado en vagas traiciones,
 viví en la incredulidad de amar sin fe;
 mañana y tarde, rumores y estaciones,
 yo sin ti... y creyendo que estaba en pie.

Hoy la farsa cae, por fin abatida,
 y sólo contemplo lo verde que no te di;
 callé por no oír tus feroces heridas,
 por no hacer del grito mi porvenir.

Si murmuraste con falsa ternura,
 ¿qué sentí entonces, yo sin ti?
 Morabas en cada grano de arena oscura,
 y allí te adoré sin saber de mí.

Ahora, en el sueño negro, al fin olvido
 tus voces necias, su altar y su ley;
 cuántas palabras alzaron tu mito,
 cuántas... que nunca ya escribiré.

Fue una pequeña muerte la soledad extraña
 que vino a visitarte sin pedir razón;
 presa quedó en la memoria que hiere y daña,
 posible dolor latiendo en devoción.

¿Fueron las cartas árticas mi fe callada?,
 ¿mi forma torpe de aprender a amar?
 Descubrí lo sublime en la voz quebrada,
 en decir sin sentido lo que no supe dar.

Podría hablarte en palabras vacías,
absurdo sonido de mi triste voz;
podría escribir sílabas frías
que formen, hirientes, palabras de amor.

Busco tan sólo una nueva mirada,
absolución sin gesto ni confesión;
nosotros, que creímos en otra palabra,
en otra forma de comunicación.

Pero el umbral ya ha sido cruzado,
la herida no aprende a cerrar;
no habrá perdón en lo pronunciado...
ya no habrá perdón ni vuelta atrás.

175

Dejarán tantas sombras los días perdidos
de un amor eterno que ya no vivirá;
en mi mente guardo los ecos vencidos,
la inocencia artificial que el tiempo llevará.

Adolescente en su engaño, yacen sus risas,
en el infecto olvido de mi pensamiento;
todo lo que fue luz se volvió cenizas,
un corazón herido, naufragando en el tiempo.

176

Sentí tu alma perdida entre excesos,
rosa negra vagabunda en la ciudad;
ángel y mujer, Condesa de mis besos,
tú que lo eres todo, verdad y soledad.

No me engañaste, tímida y esquiva,
reina de aprendizajes que el dolor dio;
Condesa, mujer, ángel que cautiva,
tú que me engañaste y aun me enseñó.

Bruja mía de media noche callada,
fe y gritos que el tiempo no quebró;
ahora en recuerdos, alma desolada,
salvaste mi infierno y su cruel ardor.

Ángel, mujer, Condesa de mi suerte,
tú que no merecías mi ira cruel;
a ti te debo la luz entre la muerte,
tú que me ayudaste y yo que no te fui infiel.

177

Y sufro yo por ti en la soledad callada,
ni cuerpo es ceniza, mi llama se apagó;
bajo la noche fría, gris, deshabitada,
ángel, Condesa: mírame, tú me matas, lo sé yo.

Mi pupila estalla del mismo sufrimiento,
rosa en tu mano clara, tarde sin final;
primer cruce del tiempo, herida del momento,
donde el amor se volvió filo mortal.

Ángel mío, aunque no creas lo que cuento,
aunque dudes del peso de esta verdad;
desde aquel instante vivo en desaliento:
yo sufro por ti... tú matas mi humanidad.

178

No soy hombre de lengua larga ni de dientes,
el silencio es promesa que nunca traiciona;
cuando callo hablo, y mis actos son presentes,
los que hablan mienten, su palabra se abandona.

La vida es fugaz, muerte que pasa y arde,
pasajera y ávida, latente en su horror;
en mi pecho late la espesura que guarde
de fémica belleza, fortuna y fervor.

Callada en mi memoria, tinta y alma escribo,
y lentamente mueren los ecos del sentir;
la suerte de un amor que al mundo cautivo,
en silencio perpetuo, me obliga a existir.

179

Si el manto de la muerte me cubriera,
en vano alzaría su jurar tu voz;
mariposas de un tiempo que ya no espera
arden aún en mi carne y en mi Dios.

No jures más: los rezos se consumen
en lápidas vacías de mi porvenir;
promesas que en la luna se presumen
y en mis mejillas mienten al existir.

Creí... y me hirieron luces mal gastadas;
¿te hablé yo acaso de tu lucidez?
La pasión es necia, y tus miradas
me empujan al abismo de una vez.

Un cadáver no siente ni razona,
mas yo crucé los infiernos por creer;
preso fui de sublimes falsas zonas,
altos cielos que duelen al caer.

Escucha, niña leve de mi herida:
si el mal tomó tu rostro, lo he de amar;
mis manos lo tocarán sin medida,
mis labios besarán tu rojo altar.

Pues aun en la locura te sostengo:
ayer, hoy, siempre, te amo sin razón;
mi palabra es promesa, y yo la tengo,
riqueza que no muere en condición.

De ojos verdes tú, destino mío,
porque sólo en tu luz veo el final;
en ti se cifra el tiempo que confío:
mi futuro, mi fe, mi funeral.

180

Nos observamos en sombra y en instante,
invisibles cuerpos que cruzan el aire;
la conciencia vibra en eco vacilante,
y en la lejanía, el terror se desaire.

Entre la lluvia, el mar se agita y tiembla,
legión de truenos recorre el hielo frío;
el frío destierro al corazón se siembra,
y un relámpago arde en el sombrío río.

Niña de melena que nadie nombra,
un haz de luz violenta nos atraviesa;
en el instante el amor nuestra sombra nombra,
y se refleja su pupila en la mía, presa.

Cinto caído sobre lúgubre horizonte,
escapa su imagen en colinas de dolor;
mi paladar la busca, mi ser la monta,
y en un segundo eterno se enciende el ardor.

Mírame, susurra el eco desconocido,
actividad que quiebra el aire y la razón;
incesante, fugaz, nuestro amor ha sido
un rayo de fuego en la cruel confusión.

181

En suma, necio, no a las flores tan vanas,
voluptuosas, nobles, dolorosas en tu piel;
sobre mis manos quedan tus manos tempranas,
y en mis sueños los besos son cruel laurel.

Estas carnes que habitan tu distancia y la mía,
el lis quebrado, la sogá que aprieta sin fin;
sonetos matutinos en la sudorosa vía,
mi deseo en tu verso, pecador y ruin.

Mariposa, yo perdido en tu encanto febril,
lo que dije, lo que tuve, todo se va;
y en la dicha de tu vuelo sutil,
sólo queda la certeza de que no estás ya.

Sólo quiero y sólo tengo este delirio,
tu figura marcada en la memoria sin luz;
mariposa, de mi tormento eres el suspiro,
en la pasión y el dolor, tú eres mi cruz.

182

Tan sólo tú, estrella en mi perdición,
brillas oculta en rincones sin razón;
tras poseerte en la peor pesadilla,
fuiste el odio más hondo del amor.

Tan sólo tú, y un bosque helado y mudo,
suspiro inmenso de la eternidad;
nos amábamos — inocente borrador —
antes de herirnos con la verdad.

Tan sólo tú, claro lunar en noche gris,
¿qué haces aquí, si ya no estás?
No me acostumbro a tu cuerpo invisible,
ni a la sombra que acecha mi paz.

Pronuncié tu nombre con labios muertos,
saliva seca, voz hecha eco cruel;
resuena, apuñala, persiste en el tiempo,
y sangra en mi memoria fiel.

Pagué la deuda de nuestra promesa:
manos cruzadas, ojos al cerrar;
¿qué haces aquí, bendita mía,
bajo sábanas húmedas de soledad?

Llueven rosas negras en mi dormitorio,
confusa mirada de muerte interior;
mi conciencia se fue con tu despedida,
pero tú regresas —peor que el dolor— .

Peor que la guerra, la palabra, el mundo,
peor que la fe y su demagogia vil;
porque tan sólo tú, sólo tú,
¿qué haces aquí, si me desprecias a mí?

Tan sólo tú... y yo que creía
haberte olvidado al fin;
pero vuelves, amor, como castigo,
a demostrar que sigo aquí.

183

¿Cuántas veces, mujer, tus pupilas
se reflejaron en la noche fría,
en mis manos, en la luna tibia,
en la melancolía y la agonía?

¿Cuántas veces, mujer, tu alma clavada
en la sombra de mi rostro y mi llanto,
en el vacío, en la nada atrapada,
en el tiempo esclavizado y quebranto?

Dime, mujer, ¿cuántas voces rotas
se unieron ante el ocaso callado,
en oscuridad, silencio y notas
se lo hermoso, de lo soñado?

Sí, cuántas veces, mujer, dime tú,
hemos sido ideal, efímero reflejo;
ni lo escrito ni hablado nos da luz,
y el tiempo nos arrastra bajo su espejo.

184

Llegados a la tarde más fiel y gris,
desgarrándose la vida en la mesa,
dos cafés humeantes, tristes, en mí,
y pupilas que tiemblan como pieza.

Débil corcel que se agita sin fin,
nerviosismo cruel que nos consume,
apagada fogosidad en el confín
de nuestros cuerpos donde nada resume.

Y una rosa, tan solo del momento,
consumida en el instante y la memoria,
su perfume arde con oscuro aliento,
fantasma de un efímero y dulce historia.

185

Entre sombras de noche mis pies acaricio,
susurro de tus labios en mis mejillas,
la lluvia cae lenta, dulce sacrificio,
pintando de nostalgia nuestras orillas.

El viento suspira entre cielos oscuros,
mi alma se enreda en tu efímero calor,
y en el instante breve de secretos puros,
resplandece en la lluvia nuestro ardor.

186

¡Aún más de ocho años! -¡serás dichosa!-
Mas no busques el dolor que ya huyó;

un cuerpo sin vida yace silencioso,
con manos frías donde el beso se perdió.

Promesas rotas flotan en la memoria,
vendita mía, y si tus pupilas lloran,
que tu desangrar sea eco de la historia
y tu alma en gemidos por siempre aflora.

Te amo, te amo, resuena en tu sueño,
fantasma eterno de risas infantiles;
la pesadilla se cierne, sin dueño,
en la sombra de recuerdos imposibles.

187

Podré ser sombra sola de este mundo,
esta noche aterrado por tu luz;
con el alma doliente, herido y hundo,
corazón entre cenizas en reclusión.

Tu voz, hilo ardiente que me atraviesa,
me hiere suave, me alumbra y me ata;
late débil la fe que aún me confiesa
que tu nombre es herida que no mata.

Podré ser sangre, lágrima y tormenta,
lluvia en la frente, memoria latente;
para tu recuerdo, un soplo que intenta
ser inocente en un tiempo ausente.

Podré ser la vida, poeta valiente,
niña, y sostener mi verbo en pie;
mas para mí, eterna y doliente,
tú siempre serás: la muerte.

Aún guardo tus palabras, sí, las tuyas,
 mujer de alma herida que no me ve;
 “bajaré la mirada”, dijiste, y huyas
 al centro oscuro de tu mala fe.

Hoy son más tus frases, porque en secreto
 yo también las escribí al padecer;
 ambos las sentimos, lejos, quietos,
 ambos las sufrimos sin saber.

No me conoces —de acuerdo—, sigue andando,
 baja la mirada, paga y resiste;
 no hace falta verme para ir temblando,
 ¿acaso elegí yo lo que soy o existe?

Soy lo que digo: mis palabras me nombran,
 lo demás jamás podrá saberse bien;
 pero alza un segundo la vista y asombra
 tus pupilas al verbo que te sostiene.

Mujer de majestuosa definición,
 en tus noches mi reflejo persiste aún;
 y siente en la bruma, rota condición,
 que aunque pocos seamos, somos común.

En la distancia estamos, sí, lo sé,
 pero en esta lucha juntos seguimos;
 nunca podremos estar más cerca que aquí,
 cuando en las palabras nos reconocimos.

Dime si acaso, niña, mis palabras
 no sentiste en las horas del ocaso,
 cuando calmada las leíste y guardas
 el silencio preciso del fracaso.

Tus pupilas me dijeron una historia
que tomé por amor sin defensa;
yo creí en su luz, creí en la memoria,
y era mentira lo que parecía promesa.

190

¡Oh, sin ti yo qué sería en esta herida!
Sin ti no es vida el pulso que sostengo;
sin ti el espíritu abandona la vida,
y yo, sin ti, ni siquiera me tengo.

Sin ti mi corazón no es corazón,
envuelto en negra rosa perfumada;
sin ti los sueños pierden dirección,
y el tiempo es una herida prolongada.

Sin ti no soy yo mismo, ni mi nombre,
segundos eternos, vacío ardor;
sin ti me disuelvo en lo que fue un hombre,
pues tú eres —insensata— mi único amor.

Devoción y perdón nacen del odio,
fiel contradicción de mi razón;
amor ciego, temerario y custodio
de mi ruina y mi salvación.

191

Eres la dama negra en mis pupilas,
guardiana de mi aliento y mi callar;
melancólicamente joven y tranquila,
eterna y sensual en tu soledad.

Romántica en la bruma que te envuelve,
quiero aprender la forma de tu ser;
amo lo inmaculado que te vuelve
caricia de labios negros sobre mi piel.

Sostén mi cuerpo frágil con tus alas,
oh, esas que mi deseo sabe amar;
mi esencia joven por tu nombre exhala,
procuradora fiel de mi existir final.

Dama negra mía, yo te amo,
la muerte lenta que me habita también;
ama tu poesía como fuego humano,
tus lágrimas de pasión inerme y cruel.

Dulce es mi paladar al pronunciarte,
nombre que arde sin pedir perdón;
aún soy humano —escúchame— al amarte,
y en ese amor me pierdo... y soy canción.

192

Yo sé que lloran, torpes y sinceros,
tus ojos con lágrimas de aprendiz;
entre pasiones jóvenes, primeros miedos,
y sueños rotos que no supe decir.

193

Perdona —si esta palabra en ti hace herida—,
nace de una racha larga y sin razón;
de tantos años rotos en la vida,
y de otros tantos que vendrán en procesión.

Perdona si te amo con exceso,
con una fe que no sabe medir;
si no aceptas disculpas, eso confieso:
en mí no hay duda, sólo persistir.

Si en ti la duda habita y se divide,
yo creo en cada parte de tu luz;
mi dulzura es la fe que no se inhibe
aunque tu voz me niegue su virtud.

Tus respuestas me llegan indiferentes,
como vientos de oriente y de poniente;
aun así, bajo todos los corrientes,
te amaré —lo confieso— igualmente.

Te amaré en silencio, egoísta y callado,
sin pedirte consuelo ni señal;
aunque lloren tus ojos, yo he amado
como ama el errante: sin final.

194

Discierno poco o nada en lo que siento,
escaso hallo el valor que en mí se rompe;
ni aun en la cama —donde todo intento—
se disuelve este amor que me duele.

Quiero, tengo, puedo... y amo herido;
dolorosamente amo, sin razón.
Si tú me hablas, hablo; si te has ido,
me hundo contigo en la misma canción.

Si nadas y te ahogas, nado y caigo;
si te alejas, me alejo en el llanto.
Así atravieso la nada que traigo
cuando me dejas vacío de encanto.

¿Tú me amas?, pregunto en voz quebrada;
si me dejaras, dime, ¿qué será?
En un poco de nada —casi nada—
te odio, te temo... y vuelvo a amar.

Te consuelo, te desnudo, te beso,
nos perdemos en oscuro placer;
caricia profunda donde el exceso
nos confunde sin saber qué creer.

195

Cuando abres el ojo tras el parpadeo ardiente,
mi pupila busca tu fuego y se rinde al instante,
y entre temblores mi cuerpo se siente paciente,
mientras tu mirar me atrapa, dulce y fulgurante.

Como gaviota en vuelo, tu ojo es inocente,
y en su cielo me pierdo, flotando sin rescate;
mi alma suspira, insólita y complaciente,
como si todo el mundo en tu luz se dilatase.

Cuando abres el ojo, el corazón se agita,
y la bruma de tu esencia me llena de embrujo;
en el instante que dura, mi ser por ti palpita,
y tu mirar me consume, dulce fuego y lujo.

196

Cuando contemplas Praga desde lo alto del silencio,
la luz de la vida resurge sombría y callada,
en el ocaso de la gloria y su lento nacimiento,
el dulce compás del amor guarda la mirada.

El arte de una balada eterna en rojos labios vuela,
ángeles operísticos susurran tras la luna llena,
mientras duerme el pueblo y el cielo su pena consuela,
la ciudad se baña en calma, secreta y soberana.

Nuestros besos ardieron juntos en la misma noche,
los labios acurrucados detuvieron el latir candente,
el hilo de la felicidad, marchito, nos reproche,
y la paz se hace nuestra en un instante presente.

197

¿Acaso dudáis que os haya amado?, decid,
si todo el amor que tuve os lo entregué;

no fue tan sólo el cuerpo lo que os di,
la vida misma por salvaros la arriesgué.

Viví la esencia oscura de la muerte soñada,
contándome perdido si un día pude ser;
tan lejos, tan extraño, de esta orilla cansada,
¿creéis de veras que algo me guardé?

¿Por qué bajáis los párpados huyendo de mi voz,
si esta palabra es cierta, si no sabe mentir?
Frente a vosotros sigo, fiel a lo que soy yo,
cuidándoos en silencio... hasta el fin.

198

En son de molestia despertó tu recuerdo,
un silencio clamoroso me arrojó a tu interior;
bombas sin tierra estallaron en lo eterno,
no hubo palabra ni fe que sostuviera el horror.

Y tras un segundo nuevo regresó la calma,
tus labios fueron desiertos de mentira y sal;
tu belleza ausente se ocultó en mi alma,
no te llamaré inmortal: te venció lo mortal.

Viejos amores mueren con torpeza insistente,
las viejas mentiras aún más quieren durar;
la muerte no se llevó nada verdaderamente,
salvo lágrimas paternas y timidez juvenil al pasar.

Nada en mí huyó de la vejez ni del daño,
prepárate —dijiste— para odiarme al fin;
la náusea es clara: el respeto fue engaño,
pequeñas muertes crecieron donde hubo un jardín.

De mí naciste, ¿sabes de mi amor?, ¿de mi odio?
La belleza siempre piensa en oscuro temblor;

tu callar brumoso fue el más hondo episodio,
nunca te amé tanto como en el vacío error.

199

Cuando la soledad alcance mi estatura,
y seas pedestal que me alce en el ocaso,
veré las montañas vestidas de blancura,
perlas que bañan lo inmortal en su abrazo.

Oiré del viento el peso de su memoria,
del aroma en la bruma, la fe arrodillada;
fémine sombra del mal y su historia,
cristal de una culpa jamás redimida.

Escucho el mudo lamento de un amor enfermo,
atroz sonrisa nacida en lo oculto y brutal;
¿evolucionados?, tan débiles al extremo,
siento el desprecio caer como crespón funeral.

200

Mariposa secreta en la tempestad violenta,
sublimemente bella, frágil condenación;
hallé tu lecho al azar, y mi pulso lo intenta,
mientras el carmín de tus alas devora mi razón.

Mariposa —lo sé— tu fulgor está enfermo,
late hermoso y herido, fatal claridad;
presa lenta del brillo que anuncia el invierno,
tu belleza se quiebra... y me nombra verdad.

201

Besa mis mejillas, gimen lentas en pasión,
lágrimas de sangre caen sin pudor;
mis manos te suplican el calor de tu razón,
ansían de tus labios el incendio del amor.

202

El angosto calor del verano persiste,
noches de ventisca calmada y febril;
entre mis labios la palabra aún resiste,
presa del deseo que no supe decir.

Entre mis dedos quedó la caricia tardía,
sólo en las hebras de su pelo marfil;
rezamos de nuevo los lazos de sangre y euforia,
los mismos que, lentos, me dieron existir.

203

Ha caído con la claridad, entre sollozos y mar,
la pasión que me trajo hasta este lugar;
ha caído y volvió a levantarse al girar,
hundiendo el malestar que no sabe cesar.

La noria del abismo no deja de girar,
ritual sin descanso de eterna caída;
cada ascenso promete volver a empezar,
cada vuelta me clava más honda la herida.

204

Viene a mí radiosa, impune y gloriosa,
engendrada en las rosas del infierno en flor;
cabello al viento, súplica silenciosa,
labios reseca pidiendo mi ardor.

Edén perdido en estelas de carne y de hueso,
lívida forma de un retrato virginal;
en mí despierta —temblor ileso—
una llama frágil de fuego pasional.

Tropiezan suspiros, miradas al cielo sediento,
raíces se anudan bajo hojas y años en dolor;

ardiente la caricia en hombros en tormento,
brazos de seda que queman sin pudor.

De mis pupilas brota un manantial hambriento,
labios y pellizcos rozan la maldad;
volcanes en erupción, valles del contento:
amor impune, glorioso, esterilidad.

205

Si me das lo que te pido, tu voz no grita,
yo, rendido, me consumo en tu mirar;
escúchame en el silencio que me habita,
huí ante ti por no saberte nombrar.

Nadie te querrá como yo he querido,
respiro sólo por el beso que rehúyes dar;
no volveré por senderos de olvido,
ni por vientos de tristeza a naufragar.

Vencí al destino que me apartaba de ti,
en el carmín de tus labios quise morir;
burlé a la muerte: en mí la vida latí,
libre te imploro —niña— un beso por vivir.

No entiendo el frío de tu gesto inmóvil,
mis pasos no cayeron en venganza ni mal;
tus engaños alzaron un muro indócil,
¿rasgué acaso tu vestido terrenal?

De rodillas al rojo cielo me inclino,
no pido gloria, ni vino, ni perdón;
el amor no conoce forma ni destino,
sólo un beso que redima el corazón.

Mírame: aquí quedo, desvanecido,
ansiando un don que yo nunca vi;

en la soledad me dejo tendido,
pronunciaste un insulto... y te fuiste de mí.

206

Desde la posada, cama en sangre vertida,
rejas de lava y fuego cierran el lugar;
la ventana muestra luz y amarga herida,
y la mañana cae grisácea a brillar.

Noche morada, estruendos y semblanzas,
ángel de luz en pupila celestial;
si tus ojos miran, gaviota en distancias,
salva mi alma en el oscuro vendaval.

207

Pocas palabras dijeron tus labios al pasar,
y aun así cada una guardó su perfume fiel;
mi mente tergiversada las quiso conservar,
como aroma detenido en tu propia piel.

No olvidé tu nombre, ni el gesto contenido,
de miradas que hablaban sin querer decir;
ángel que no eres ángel, ni nunca has sido mío,
¿por qué odias el nombrarte y sigues ahí, en mí?

Yo te amo sin llamarte, sin forma de implorar,
pues las palabras que odias no saben amar;
si he de nombrarte —y tu silencio es igual—,
tu nombre será Vacío: donde más te supe amar.

208

Como de un sueño idealizado te toco el rostro,
palpo tu nombre en la sombra de tu pensar;
emerges lenta, cautiva del mismo alboroto,
y sereno vuelvo a tocarte sin llegar.

Inicio utopías que en tu pecho se extinguen,
mis huellas reposan en huesos sin voz;
como sueños que nacen y nunca persisten,
te tengo en el sueño... y no te tengo a ti, mi amor.

209

Puedo sentir lo que fui en un beso maldito,
en penumbra acaricio labios que no están;
en mi soledad persiste ese sueño marchito,
dulce herida que insiste en no cicatrizar.

Ya nada sirve el recuerdo, tan frágil, tan fino,
sólo muestra el dolor de lo que se perdió;
suspiros de una risa custodian el destino,
en las puertas abiertas de la muerte y su adiós.

210

Lejano y entre la bruma, arde la locura,
sumido en recuerdos donde tu dulzura está;
cómplice de un horizonte en triste sepultura,
sepultada en mis pupilas la distancia ya.

Entre sombras de la noche se pierde el clamor,
y el eco de tu ausencia me hiela sin piedad;
la bruma es mi condena, mi rabia y mi dolor,
la llama de la pena consume mi soledad.

211

Sabes, cariño, mis manos tiemblan al escribir,
bailan las letras con tu sangrar y mi soledad;
mi alma se congela al mirarte existir,
en la belleza cruel que me hiere sin piedad.

La estaca de tu ser atraviesa el corazón,
mis pupilas de cristal se han roto al andar;

descalzo entre recuerdos sangra la razón,
por la frágil figura que no dejo de amar.

Ciego ahora estoy de tu oscura locura,
preso en la negrura que te envuelve al callar;
entre hebras de silencio, noche en sepultura,
mi amor te ahorca lento sin poder escapar.

212

Abandonémonos a la gloria de la pasión,
retengamos las lágrimas de la muerte ausente;
en la ausencia sobrenatural de la razón,
que arda la existencia en su fulgor incandescente.

Sembremos astromelias hacia el hondo precipicio,
donde la inmortalidad conversa en alma y voz;
Princesa, amo en tu sangre el sagrado artificio,
tú amas en mi razón el temblor feroz.

Amémonos sin miedo, bendición de paz eterna,
seamos libres juntos, sin ayer ni después;
que la noche nos tome, que el tiempo no gobierna,
abandonados al fin... seámoslo de una vez.

213

Y aunque no adivino las mil caras del amor,
la tierra me llama con verdes prados y luz;
susurros del Ártico entre la nieve y el dolor,
montes de mi perdición donde hallo mi cruz.

La roca esculpe mi torso, y la lluvia me guía,
por cada rincón del vasto y cruel universo;
truenos ardientes en mares del sur que desafían,
armonía y tormenta en un silencio diverso.

¡Ay!, ¿eso es amor?, tan grande y lejano,
¿descanso de la mente o pasión que resplandece?
Potentes sonidos envuelven el arcano,
y en la ocultada verdad, la conciencia permanece.

214

Tú, poderosa, tempestuosa del dolor,
me matas lento en una muerte sin voz;
reina oscura en el férreo control,
y en tu silencio se oxida mi dios.

Mas yo, de hierro, rompo al fin la prisión,
cadenas caen al pulso de mi fe;
si fui cautivo de tu dominación,
libre en mi herida me alzaré.

215

Yo sé de tu hedor en cada leve suspiro,
y conozco el mal que en tu mirada se esconde;
sé de tu palabra lo que nunca fue dicho,
y de tus pisadas donde mi sombra responde.

Ahora sé, niña, tras tanto tiempo perdido,
por qué sin un adiós tu presencia se fue;
dejaste mi pecho en un abismo rendido,
y en la noche el eco de tu ausencia lloré.

216

Confundiendo tu belleza con cruel desdén,
me invaden los seres del mal y del error,
experimentan mi ser, mi esencia también,
con odio insensato y su invención de dolor.

Mas en suaves vientos de invierno tu risa,
alzada en mi recuerdo, me eleva sin final,

y así te contemplo en la dicha que me avisa,
felicidad lejana, sublime y terrenal.

Abro mis párpados a la ilusión de tu cintura,
la tersa seda te envuelve, aroma que me guía,
navego cada sílaba de tu nombre en su frescura,
muriendo en tus labios, renaciendo en tu día.

Mientras el mundo corrompe al ser con su vileza,
los muertos se miran, la multitud en falso honor,
obedientes en palabras que confunden su naturaleza,
anudando la corbata de su torpe superior.

217

Aunque el día del sueño ya terminó,
la razón quedó abierta, en su prisión;
el corazón, negado, aún gritó,
buscando la verdad en su pasión.

Recibo nombres que el tiempo me dio,
el hijo, el apellido, la confusión;
y en mi pecho la duda despertó,
si fue amor lo que sintió la ocasión.

Aunque el efímero sueño ya pasó,
quedan sus ecos flotando en el aire;
la memoria del abrazo se escondió,
y en la mente su rastro vuelve a hallarse.

218

Camino por encrucijadas de sombra y olvido,
donde el pasado revive y el dolor se agita,
bajo el manto del Ángel Negro, abatido,
mi voz te llama mientras la noche nos habita.

Calles agrías se extienden al frío abismo,
el edén me persigue con miedos y ausencia,
cada paso retumba en desolado ritmo,
y en la ventisca se pierde mi paciencia.

Tu ausencia dibujada arde en mis pupilas,
mil lágrimas de sangre caen del corazón,
en la noche donde fuimos, memorias sencillas,
y tu gemido me arrastra a la desesperación.

Ángel Negro, estás muerta, y yo me consumo,
te amo y me mato en esta fría prisión.

219

Quisiera alimentarme de tu cabello oscuro,
y del anhelo que en la separación reposa,
tu mirada bañada en pasión, puro y seguro,
y en el recuerdo el beso que aún me destroza.

De tu mente quiero el olvido de los deseos,
la palabra abnegada que el silencio ha sellado,
y en el deleite sublime, los cuerpos tan lejanos,
desangrando la espera de un instante callado.

La inconclusión en tus ojos me mantiene cautivo,
la sesión de nuestro ser es tormenta y perdición,
y en el éxtasis triste, el amor queda fugitivo,
como un eco que muere en nuestra separación.

220

Es hora aciaga esta en la que me hundo,
borracho de lecturas sin reputación;
viejos libros me miran desde el fondo,
y el sueño indómito niega redención.

La soledad dictó su ley callada,
a expensas de una musa sin piedad;
si la rima es precaria, es excusada,
pues mis versos nacieron del error vital.

Malparí estas palabras —sí, las mías—,
y en su incongruencia aún me sé mortal;
sin ofenderos, digo: todavía
os quiero aunque me duela recordar.

Os di un trono en mi torpe idolatría,
os deseé, os herí, lo sé, lo asumo;
pero incluso en los restos —ella decía—
crecen flores entre el óxido y el humo.

221

Sabes, mi Condesa oscura, mi bruja sin hogar,
te di tantos nombres que perdí el primero;
pero sigues siendo tú, al borde del mirar,
lejana en el abismo que aún llamo verdadero.

¿Recuerdas el encuentro que partió la razón?
Yo sé que no lo olvidas, jamás se va ese umbral;
lo que unió nuestras sombras murió en combustión,
y hoy arde en portada del infierno personal.

Entre amor y soledad la llama sigue en pie,
mi gótica pasajera de cristal y herida;
la estrella fugaz fue rosa negra —lo sé—,
caminando entre los vivos y la muerte compartida.

Si tú la ves, la miro; si la hueles, la beso;
si la tocas, la encuentro en mi oscura lealtad;
mas si el tallo se quiebra en tu frágil exceso,
seré sombra implacable tras tu identidad.

Todo hoy me es ajeno salvo tu inteligencia,
suprema en el recuerdo que no quiere caer;
¿vive aún en tus cartas de ártica presencia
el final de un principio donde aprendí a perder?

222

Aún recuerdo tus facciones en mi mente errante,
por caminos de encrucijadas sin salida;
tus ojos en mis pupilas, fulgor distante,
tristes miradas de pasión herida.

Recuerdo al ángel que perdió la voz,
niña risueña en soplo desesperado;
un gesto leve quebró lo que fuimos dos,
y el silencio quedó sobre el pasado.

Si he de evocar, también evoco tu palabra,
mentiras pobres que mi alma creyó;
promesas que el tiempo descalabra,
y el eco frío que jamás volvió.

No temas, Lindalote, por mi memoria callada,
no ofenden ya tus historias secundarias;
si hubo un instante — como dos cafés en la nada —
fue tu voz susurrando: me amas.

223

Llorar en suspiros por vergeles consumidos,
senderos siniestros que un día vi nacer;
palabras al viento, recuerdos perdidos,
sin saber lo ocurrido ni cómo volver.

Gemir entre lamentos al fondo del olvido,
novela rota en pupila herida;
tarde de lluvia fría, paso vencido,
bajo una luz ciega que pesa en la vida.

Hablar con tu boca, buscar en el destino,
como grabado torpe en lápida roída;
emerge el no poder del querer peregrino,
reverencia absurda de esperanza vencida.

224

¿Se tornará tenue el ángel del abismo,
que sobrevuela en círculos de perdición?
¿Se oirá su canto en el hueco del olvido,
como eco pálido de una extinción?

Frunciremos el ceño en hálito inocente,
mientras la pasión respira en su prisión;
¿seguirá el amor latiendo entre la frente
o morirá en un siniestro suspiro sin razón?

Se pintarán las huellas del vino carmesí,
sobre el corsé que aprisiona la voz;
¿cruzaré mi sonido hasta ti,
o quedará insípido entre los dos?

225

Nunca vendrán; últimas palabras aquí serán,
Condesa esquiva en recuerdos sin piedad;
sus alas no cruzarán la niebla del afán,
ni la voz de niña quebrará la oscuridad.

No paseará la bruja por la bruma del portal,
ni el ángel descenderá con gesto redentor;
perdón excelso al que me sé mental,
loco en su fe, prisionero del fervor.

Nunca vendrán; la tristeza en el alma se hará mar,
y del corazón en un suspiro expirará;
eterna será la espera sin regresar,
eterna la noche que no terminará.

Cartas Árticas, palabras muertas sin señal,
devoción y creencia que no cesarán;
busco un final que no logro hallar,
y sé —lo sé— que nunca vendrán.

226

No puedo tocarte: no estás junto a mí,
ni mirarte en la sombra que ayer compartimos;
no puedo besarte ni vivir sin ti,
ni ser en tus pupilas lo que fuimos.

Hoy no puedo vivir ni morir en paz,
porque tu ausencia gobierna mi prisión;
tus cejas dibujan el único compás
que marca el sendero de mi perdición.

227

Oh, mi bella tan lejana, vuelve en la noche a mí,
cuando el peso de tus sueños te hunda en su espesor;
que en tus pesadillas resuene aún mi latir,
eco tardío de un antiguo ardor.

Que rocen mis manos tu castaño desvelo,
en las horas inciertas donde muere el ayer;
cuando la vida retorne como un duelo,
y mis sombras te nombren sin poderte tener.

Oh, mi lejana, cubierta de carbón y temor,
tus pupilas arden dulces bajo el velo;
rompes las esperanzas con tu profundo dolor,
y me dejas distante, sin cielo.

228

Creí perder tu nombre en el invierno,
y ya ves: aún lo nombro sin querer;

pensé que habías muerto en lo más interno,
mas por desgracia vuelvo a ceder.

No te he dejado de sentir en este tiempo,
ni de soñarte en sombras de temor;
mi alma es prisionera en su propio templo,
carcelero eterno de tu ardor.

Si soy el monstruo que la ciudad creó,
¿quién soy sino eco de su mal?
La balada de poetas muertos sonó,
y el silencio invadió el funeral.

Cenizas cruzarán lugares de oración,
rezos vacíos, salva sin voz;
muertos caminamos hacia la extinción,
y yo hacia mi ocaso, tras de vos.

229

Se hace vago tu recuerdo en la penumbra de mi historia,
como un soplo helado errante que desdibuja mi memoria;
en las hebras de tu pelo negro quedó mi vieja gloria,
mientras sangran mis pupilas por la herida transitoria.

Entre dos lazos de sangre se selló nuestra victoria,
mas fue breve como un sueño que no alcanza redentora;
hoy tu nombre es eco oscuro que resuena en mi memoria,
y me inclino ante su sombra como fúnebre oratoria.

Si tu imagen se disuelve, niebla triste y giratoria,
no por ello se deshace la pasión contradictoria;
pues aun vago tu recuerdo, late en mí como una noria,
que en la noche me condena a su lúgubre euforia.

No tengo dudas: si en mí te hallas, me quieres,
 lo siento en la penumbra de mi soñar;
 tu piel en mis desvelos comparece,
 como un espíritu que vuelve y se va.

Te oigo llorar en la mañana fría,
 burlona aurora que me arranca de ti;
 te escapas lenta en bruma sombría
 y quedo solo, sabiendo que no estás aquí.

Me quieres —lo susurra la herida—,
 la marca ardiente que en mi entraña quedó;
 mi amor resurge en la noche encendida
 por los senderos donde tu sombra pasó.

Árboles crecen en el cielo callado,
 lunas dormidas sobre el mar sin voz;
 en cada estrella fugaz me has guiado,
 ángel errante que me nombra en su adiós.

Regresan tus manos, febriles y ausentes,
 delicia y tormento de un mismo ardor;
 nos cercan sombras, persistentes,
 que velan la claridad del recuerdo y del amor.

Y ruego al cielo de nubes violentas
 que me conduzca a tu eterno latir;
 si en mí reposas y en mí te encuentras,
 bajo lluvia de levante te quiero —y vuelvo a vivir—.

Déjame la puerta abierta,
 Condesa mía, como hablamos;
 aunque esta noche no regrese,
 mi sombra vela tus pasos.

No temas si voy a solas,
no busques mi nombre en la espera;
sabes bien que en tu memoria
mi latido persevera.

Duerme tranquila, si puedes,
si no, resiste y sé fuerte;
ya estuvimos lejos una vez,
y no venció aquella suerte.

No iré más allá del alba,
ni cruzaré mar ni frontera;
si el mundo gira y nos separa,
mi voz quedará a tu vera.

232

Y tú me condenaste al fuego oscuro,
al manjar miserable del olvido;
ardía mi sangre en tu conjuro,
mientras mi nombre en tu silencio ha muerto herido.

Y ahora envejezco de la muerte asido,
con las alas rotas de la ilusión;
borrosas huellas de tu pelo perdido
palpitan aún en mi desolación.

Tus pupilas —tuyas y mías— ardieron,
como hoguera ávida en la noche fría;
mas las raíces del deseo se hundieron
en la ceniza gris de mi agonía.

¿Y si tú? ¿Y si yo? —pregunta vacía—,
eco que hiere sin redención;
pues fuerte ardió nuestra herejía,
y me dejaste solo en la condenación.

Y tú me condenaste... sí, me condenaste,
al hambre errante de un perro sin dueño;
y entre los restos del amor que devastaste,
envejeczo abrazado a mi sueño.

233

Si fueras tú a quien miro en el vacío,
no la sombra erguida en trono de rencor,
no la que alza el puñal del desvarío
ni hiere con memorias sin pudor.

Si fueras tú, no aquella mente amarga
que tiñe de desprecio lo que fue,
ni la que al inocente amor embarga
con viles pretextos que inventé.

La que contemplo no es la que imploro,
no arde en mí con dedos de verdad;
ocho palabras guardo y atesoro
como un niño herido en su lealtad.

No eres tú la de pupilas verdes
donde este cuerpo enfermo se miró;
si fueras tú la que en mi sangre muerdes,
¿por qué tu luz jamás me abandonó?

Y si eres tú la que hoy detesto,
la misma a quien mi pecho llamó,
¿cómo sostengo en pie este gesto
si en odiarte más te amó?

234

Seré feliz la noche en que caigas en mis brazos,
cuando la luna derrame su pálido fulgor;
si en tus ojos se quiebran los últimos abrazos,
y mi alma se desate del yugo del rencor.

No habrá ya sangre, ni sombra en tu frente,
ni labios de hielo dictando sentencia;
sólo un silencio profundo y doliente
rompiendo la absurda y vieja incongruencia.

Seré libre entonces, si en tu despedida
se apaga el espejismo que fue tu calor;
morirá la mentira que hirió nuestra vida
y nacerá mi sombra sin miedo ni dolor.

Mas no por tu muerte hallaré salvación,
sino por quebrar esta oscura obsesión.

235

Una noche fuiste sílaba en mi escrito,
presa en la multitud, cautiva del ruido;
yo, prisionero del latido maldito,
tú, diluida en el rebaño perdido.

Te abandonaste al cauce cruel del viento,
loca entre mentes de hierro y desierto;
dejaste en mi pecho un juramento lento,
ardiendo en la sombra de un futuro incierto.

En la calle morada, sepultada y oscura,
tu perfume persiste como fiel conjuro;
entre ásperas sábanas sueña mi locura,
viéndote eterna en mi delirio más puro.

236

Si insípido suena el murmullo del corazón,
si roto late en su áspero clamor,
no fue el silencio quien lo partió en dolor,
fue tu nombre ardiendo en mi respiración.

Condesa, si tiembla mi última voz,
si en ronco eco se pierde mi fervor,
piensa que por ti quebré su ardor,
que por ti lo lancé contra su adiós.

237

Locos días, radiantes horas,
palabras vacías que en mi memoria moran;
calurosa y amable niña traidora,
tus ojos fueron las llamas que me devoran.

Fuiste esquiva entre dulces demoras,
sembrando raíces muertas que no perdonan;
detestable arpía de voz que implora,
tus silencios aún me hieren y me nombran.

Resuenan tus ecos como sombras sonoras,
golpean mi pecho cuando la noche asoma;
locos días, radiantes horas...
y tu mentira en mi sangre todavía se corona.

238

Ojos —que yo contemplo— celestes del corsé,
gélidas aguas quietas de su piel de ángel fiel;
pelirrojo ángel mío que me hace enloquecer,
¿sois los ojos que en mi ruina me habrán de ver?

En vuestro horizonte arde mi querer,
sobre la nieve escucho vuestra voz de miel;
“lo que mañana hagas, lo que hagas tú”, volveré,
queda en mi eternidad tu palabra como laurel.

“En mi mente el origen y el final eres tú”, lo sé,
susurra vuestra sombra bajo la noche cruel;
origen y final de mi sangre y de mi fe,
mi principio y mi abismo... siempre tú, siempre tú, mujer.

239

Me estremeció su lúcida frialdad,
su cordura hirió mi vana claridad;
roce de sangre en su terso mirar,
flor roja y loca de fatalidad.

Me estremeció su Ártico perfil,
su voz de ángel quebró mi candor;
entre sus dedos ardía el temblor,
y el mundo quedó suspendido en abril.

Aún late preso su primer encuentro,
como un latido clavado en mi sien;
un beso no dado que duele también,
moribundo y vivo, sellado por dentro.

240

A veces, en paisajes de luces y cielo,
sentía tu sombra crecer en mi piel;
ardía el silencio, salvaje y sin celo,
tras cada latido que quise creer.

Lento mi paso, callado mi anhelo,
susurra mi cuerpo buscándote fiel;
tu tez adormida, mi íntimo duelo,
mi voz en tu cuello temblando en la hiel.

¡Quién me viera entonces, perdido y sin suelo!,
rozando en la bruma tu forma de miel;
un beso tan sólo, pequeño consuelo,
un beso tuyo... tuyo, cruel.

241

Tu palabra —como mi vida—
vaga en mi turbio pensamiento;

la escucho suave, estremecida,
voz de ángel leve en mi tormento.

Tu voz regresa, tenue y sola,
de niña frágil en el viento;
mi carne tiembla cuando aflora
su eco dulce en mi lamento.

Un gesto tuyo, ir y venida,
por los caminos del momento;
la mente muere, enloquecida,
y me devuelves al tormento.

242

Absorto me hallaba yo, ciego en su corazón,
mudo ante el júbilo cruel de la ciudad;
gárgolas altas cantaban mi rendición,
y yo temblaba en muros de soledad.

Mirada en claroscuros, filo y bruma,
labios oscuros, noche sobre mi voz;
mi alma lloraba bajo su espuma,
y el cielo se quebraba sin luna ni Dios.

¿Cuál es el tormento que hiere mi razón?
¿qué amarga espina mi pecho perturba?
Es su caricia sepulta — muda pasión —,
es su recuerdo que en sombras me turba.

243

Así, blanco susurro, en su fantasía
mis manos se enredaron sin redención;
latía su balada — tuya y mía —,
sanguíneo pulso de oscura devoción.

Blanco vestido bajo ángeles y entierro,
gárgolas mudas velando su candor;
nació su luna sobre el mármol y el hierro,
y me envolvió su pálido fulgor.

Nieve lejana, horizonte y mirada,
dulce negrura de blanco temblor;
Dru, laberinto de voz encarnada,
te amo en la muerte, te amo en el rumor.

244

Porque mis ojos lloran la vida nefasta,
y tus pupilas me miran sin mirar;
la noche cae lenta, oscura y vasta,
y el alba no me logra ya salvar.

Tu claridad se quiebra en sombra helada,
mi voz se apaga en honda tempestad;
la muerte ronda, fiel y enamorada,
como esta aurora que devora la ciudad.

245

Ella rozó mi rostro en la última ternura,
por los rincones hondos del recuerdo;
lloraba nieve bajo la luna oscura,
y no era sueño —era latido cierto.

Besamos labios húmedos de tormento,
bosques helados de blanco temblor;
callamos juntos el hondo lamento,
mientras la noche sellaba el dolor.

Su nombre ardió en la piel de la luna,
su voz quedó en el cielo suspendida;
no fue memoria ni sombra ninguna,
quedó en mi verso su imagen herida.

246

En amores vedados caminaba,
como lira marchita sin canción;
telaraña de besos que atrapaba
mi sed y mi febril desilusión.

En cementerio frío de miradas
mi mano ungió la tumba del adiós;
sol que secó las lágrimas calladas,
palabra muda sin latido en vos.

Y en el alba guardián del despecho,
con mi cadáver vivo en el rencor,
pisé las ocho sílabas del hecho:
asesinato vil de la ilusión y el amor.

247

Solo yo en esta noche de soledad,
bajo un cielo sin luna ni señal;
aún guardo intacta la voluntad
de verte cruzar mi umbral.

Te esperaré donde arde el rencor,
en el infierno tibio de mi ansiedad;
sé que vendrás, guiada por el dolor,
cuando el silencio rompa la eternidad.

248

Rebosa el asfalto sucia tempestad,
mi alma extraviada no sabe volver;
pisaste mi pasión sin piedad,
apuñalaste el latido de mi querer.

Circo encendido de cruel función,
desde el palco observo tu disfraz;

te crees divina en tu ficción,
mas no aplaudo ya tu falsedad.

Fuiste mi luna en el mar tormentoso,
mi serenidad bajo el huracán;
hoy soy fantasma, frío y silencioso,
eco que ronda tu frágil afán.

No hay telón tras tu representación,
ni dios oculto tras tu voz;
confundiste ilusión con destrucción,
y heriste de sangre lo que fue de los dos.

Mas baila ahora, brilla en tu ciudad,
que el carmín en tus labios arda;
que tu canto quiebre la inhumanidad,
y su dulzura al fuego resguarda.

Yo caminaré lejos de tu error,
sin cadenas ni amarga fe;
si hay que llorar, será después del clamor,
pues hoy elijo mi papel y me iré.

249

Resuena el compás de otoñal balada,
en el oscuro y febril pesar;
tarde inconsciente, sombra anclada,
encuentro agónico sin final.

Cayeron hojas de un sueño ardiente,
sobre el espejo frío de la verdad;
ilusiones rotas, llanto latente,
eco marchito de nuestra edad.

Fue diario inocente de amor desmedido,
 lejana en la bruma de un mundo sin fin;
 distancia en mis manos dejó su latido,
 tortura sagrada clavada en mí.

No hubo respuesta en rezo callado,
 ni absolución para tanto fervor;
 si fue error amar lo que he creado,
 bendito el crimen de tal ardor.

Verdes pupilas robaron mi vida,
 forma y cordura de mi querer;
 necio ausente, mi fe herida,
 me quiebra y me obliga a arder.

Si algo me queda tras la caída,
 es este amor que no cesa jamás;
 arráncame el pulso, dame la herida,
 pero no el fuego que aún me das.

¡Oh esplendor, pálida mejilla y menuda flor!,
 Tu desnudo fulgor me hiere con dulzura;
 Delicada en tu sombra, perfume y temblor,
 Platónica llama de intacta hermosura.

Inocente y sabia, briosa en negación,
 Caminas las calles vacías del cielo;
 Un beso divino murmura pasión,
 Y duele en tus ojos de cristal y desvelo.

Nevadas tus manos, mitológica flor,
 Poesía del aire que al alba devora;
 Resuenan campanas —lejano clamor—,
 Y tu voz me pronuncia dichosa y sonora.

¡Oh esplendor!, repito en mi ardor,
Trágica musa de ancha memoria;
Menuda flor de infinito dolor,
Eres inocencia, poema y derrota en mi historia.

252

Me rompo en mil pedazos cada día,
la noche afila su invisible espada;
mi sangre escribe tu melancolía,
mi sombra gime, lenta y desgarrada.

Mil dolores me cercan sin piedad,
apuñalan el pulso de mi calma;
arde tu nombre en la oscuridad,
como un hierro candente sobre el alma.

El corazón resuena en su prisión,
golpea los muros de tu ausencia fría;
soy náufrago eterno en tu traición,
mar de recuerdos sin luz ni guía.

Y aun así, entre ruinas de mi ser,
te nombro en silencio, rota plegaria;
si he de caer, que sea por querer,
por esta obsesión ardiente y funeraria.

253

Dulce gozo; tu sombra fue cautela,
tejida lenta sobre mi ansiedad;
en el lecho febril donde desvela
mi sueño enfermo de fatalidad.

Perdieron rumbo los confines fríos,
yacen rendidos en tu soledad;

negra y continua, surcan desvaríos
mi pecho herido de continuidad.

Dulce sonrisa que la flor deshoja,
atrincherada en su cautividad;
silencio férreo que todo lo aloja
bajo la ley de tu severidad.

Montañas saben, prados y nevada,
la lluvia oscura, la noche también;
guardan la voz que nunca fue nombrada,
verdad que hierde sin decir amén.

254

¿Qué ha cambiado en este viaje oscuro,
de lo que fui bajo tu claridad?
¿Aún late el amor, incierto y duro,
o fue ficción de mi fragilidad?

¿Dónde anudó su nudo el vil olvido,
en qué rincón de tu superficialidad?
Si aún en mí tu nombre es escondido,
ardiendo mudo en su fatalidad.

Queda una sombra viva en este mundo,
una mañana fría de otoñal verdad;
y ocho palabras, eco moribundo,
que nunca borrará la eternidad.

255

Mujer, abiertos los ojos de tristeza,
lloran tus párpados la herida presa;
vino la muerte con lenta sutileza,
y en tu silencio halló su mesa.

Mujer, tu sombra besó mi espera,
triste la lágrima que en mí se interna;
si al visitarnos la noche sincera
nos dio en su frío la plenitud eterna.

256

En tus ojos mis ojos cayeron sin poder ver,
como un sol que en mi sangre vuelve a arder;
me hieren dulces, me arrastran a su querer,
como la vida que insiste en doler.

Me consumen despacio en hálito tenue,
ritmo acompasado de sombra y fe;
arde mi pulso cuando tu luz me sostiene,
y muero en el brillo que me hiere otra vez.

257

He creído ver una sombra tuya en la negrura,
tener tus pupilas clavadas en mi mirar;
como un espectro que en mi sangre murmura,
y en cada latido vuelve a despertar.

He creído, como siempre, sed de tu alma pura,
ardiendo en mi fiebre de oscura pasión;
eco de un nombre que hiere y perdura,
locura que bebe de tu corazón.

258

Descanso de nuevo en su helada belleza,
carmín en sus labios de sombra y de invierno;
mi sangre se tiñe de clara tristeza
bajo el leve tacto de su beso eterno.

Blanca su piel, como luna callada,
arde en mis manos su fría pureza;

sobre mi universo de polvo enterrada
desciende su oscura y dulce realeza.

Sublime y lejana, cercana en la herida,
reflejo en mis ojos su faz cristalina;
cautiva en su hielo, desnuda y erguida,
me ofrece su cárcel de forma divina.

Perfecta en su sueño de libre deseo,
perfecto mi anhelo rendido al desdén;
nos amamos perdiendo la vida en el fuego,
nos matamos amando también.

259

¡Cómo se atreven!, si en mármol rosado
mis manos reposan temblando en su faz;
si rozo sus labios en sueño callado,
¿cómo se atreven a herir mi verdad?

¡Cómo se atreven!, si en seda me elevo
cuando su abrazo me envuelve en ardor;
si su pelo oscuro desata en mi pecho
un único y puro suspiro de amor.

¡Cómo se atreven!, si en mi fantasía
la esfera del mundo se vuelve irreal;
si un beso imaginado me da todavía
la fiebre más dulce y letal.

¡Cómo se atreven a llamarme humano!,
si vivo encendido en su claridad;
si cada latido proclama, lejano,
que aún más la amo en la oscuridad.

Descendió la tormenta sobre la tierra herida,
 sus alas ennegrecieron la luna callada;
 mi voz quedó en la raíz, temblando escondida,
 mientras la noche cerraba su bóveda helada.

Los lirios inclinaron su pálida frente,
 y el perfume huyó hacia la roca sombría;
 mi recuerdo ascendió, obstinado y ardiente,
 como estrella ámbar cruzando la umbría.

— ¿Recuerdas aquella hora primera? —
 susurró el viento con gélida calma;
 ardía la promesa en la espera,
 y tu guitarra velaba mi alma.

Adiós dije al silencio que nadie escucha,
 calma pedí a la ventisca y su hielo;
 si vuelve la era sin sombra ni lucha,
 ámame libre bajo el mismo cielo.

Brisa lenta envuelve la tibieza lunar,
 sobre mi pecho exhausto de viejo clamor;
 la llama en mí se empieza a apagar,
 ceniza del tiempo y su último ardor.

Tiembla la noche en su níveo fulgor,
 mi sombra se inclina vencida al temblor;
 arde tu ausencia con sordo rencor,
 y el aire susurra tu nombre interior.

Queda en mis labios un eco menor,
 sal que desgarró la sangre y la flor;
 brisa lenta envuelve mi roto fervor,
 apagada en mí la llama de tu calor.

Lágrimas hondas giran en la estación,
 remolinos suaves del ayer que clama;
 invierno embaucador hiere el corazón,
 carne fría ardiendo bajo la llama.

Lágrimas hondas del frío de San Juan,
 texto exuberante escrito en la nada;
 mínima inocencia que el tiempo se dan,
 alma deshojada, lenta y helada.

Cruje la memoria con lenta pasión,
 en cada latido la ausencia derrama;
 ilusión perdida vuelve en canción,
 y el beso no dado sangra y reclama.

Me gustan las rosas del rojo callar,
 del tono que nunca tus labios reclaman;
 me gustas tú cuando vienes a soñar
 y en mi lecho tus sombras me llaman.

Me gustan tus labios, silencio voraz,
 cuando en la noche me rozan sin llama;
 me gustas callada, porque hablas más,
 y tu voz en mi sangre derrama.

Me gustan los días que vuelven a ti,
 senderos secretos del dulce temblor;
 "ven", me susurras, "que estoy aquí",
 y late en la bruma mi oscuro fervor.

Me gustas tú en tu huida sutil,
 cuando esfumas lo poco que fui;
 me gustan las rosas del jardín febril,
 pero más que las rosas... te quiero a ti.

Donde los besos comienzan, comienza la vida,
 flor perfumada de sueños y ardor;
 giran los soles en carne encendida,
 cantan sirenas baladas de amor.

Labios que buscan su llama prohibida,
 ojos que arden en rojo fulgor;
 montañas tiemblan ante la herida,
 negros silencios reclaman calor.

Donde el mundo se abre en su herida perfecta,
 y el verbo callado se vuelve canción;
 donde la piel es plegaria secreta,
 y el "te quiero" retumba en el corazón.

Ya no recuerdo el color del alba
 cuando en tus ojos bebía mi fe;
 absorto en tu luz mi sombra se alzaba,
 sediento del rojo que nunca sacié.

Tu pelo oscuro, cascada encendida,
 negro más bello que todo fulgor;
 mis manos perdidas, senda prohibida,
 laberinto de fiebre, deseo y temblor.

Blancos tus pómulos, nieve en mi boca,
 oleaje ardiente sobre mi desierto;
 mis besos inciertos —risa que evoca—
 sembraron invierno en tu pecho abierto.

Una hoja de otoño cayó en mi destino,
 verde pradera llorando en mi sien;
 tu voz llamó mi nombre en el vino
 amargo y profundo que guardé también.

Un abrazo en el aire rozó mi prisión,
tus brazos finísimos, hilos de sal;
orgullo y broma, sangre y pasión,
pisaron mis huellas con gesto inmortal.

Y allí, en la lápida adolescente,
donde tu mueca selló mi dolor,
soñaré siempre, febril y demente,
tu sombra en mi noche, mi único ardor.

capítulo III

CONTEMPLACIÓN Y RECUERDO

Padezco un hondo mal de culpabilidad,
borracho y caído en senda fracasada,
camino de una cruel y muda realidad
donde la fe se oxida y no dice nada.

¿Qué habrá de liberarme de este silencio
inundado de sombra y de agonía,
donde flores de mayo —vil recuerdo—
murieron jóvenes por torpeza mía?

Mis manos, toscas, sellaron su aliento,
mi pulso fue la crueldad de su final;
por ellas hoy suplican mis pupilas,
lloran sin voz, sin tregua, sin umbral.

—Que la muerte me bendiga— susurré,
por lo mínimo que os hube causado;
si existe redención, que sea en la fe
de este dolor que cargo y no he negado.

Me encuentro perdido en mi propia miseria,
vacilando en la fe que asesina el alma,
creo y tropiezo, caigo en la histeria,
y en cada caída la herida se calma.

A veces creo.

A veces me quiebro.

A veces caigo llorando en la noche.

¿Por qué siempre caigo cuando me nombro?

Sin pensamiento, sin pulso ni emoción,
—¿por qué nos matan despacio y sin ruido?—
En sus palabras muero, pierdo razón,
en farsas viejas quedo detenido.

Devorad, si queréis, mi cuerpo sangriento,
comed el manjar de la carne caída;
no tendréis mi alma, no cedo el aliento,
mi voz se alza más alta que vuestra mentira.

Si caigo, me alzo.
Si muero, regreso.
No soy inmortal, pero sigo de pie.
No soy eterno, mas no me someto.

Nunca obtendréis mi alma vencida,
jamás robaréis nuestro corazón;
robasteis al amor su herida,
a la pasión le negasteis razón.

Quitasteis sentido a la libertad,
corrompisteis el hogar y la fe,
y aun así —escuchad—
necesitaréis algo más para matarnos de verdad.

268

El desesperado grito de mi infancia
desde una libertad en vilo, anhelada,
oculta en la sombra de la distancia,
libertad prometida, nunca alcanzada.

Anclado quedé a mi mirada cansada,
vagabundo en el verbo que lento mataba,
infierno de palabras, herida cerrada,
¿adónde rendí la vida que tanto buscaba?

Dicen que la existencia no acaba en la nada,
que ni aun con la muerte la noche se acaba;
mas sigo siendo niño de lana y de escarcha,
—no late el corazón, ni el alma ya aguanta—.

La vida pasada se posa en mis manos,
 en hojas de crema, de intacta inocencia,
 perfumada memoria de tiempos tempranos,
 jovial en la torpe fe de la experiencia.

Inexperta inexperiencia de un arte herido,
 combatido en futuros de ciencia exacta;
 temporadas de fe, de credo encendido,
 sueños de esperanza que el tiempo retracta.

— Empecemos — digo —
 como nunca empezó la historia:
 con la muerte del sol,
 con la eterna soledad y su memoria.

Pues el principio y el final — lo sé —
 habitan en mi umbral y en mi señal:
 yo soy quien nombra lo que fue,
 yo soy quien cierra lo vital.

Si de nuestra lejanía hiciera un punto fiel
 sobre el plano incierto del ayer,
 uniría nuestras ciudades como tinta y papel,
 fundiendo el mapa en un solo querer.

Te necesito ahora — hasta doler —,
 tanto que deseo perder la razón;
 y si pudiera, sí, enloquecer,
 pues esta unión no admite redención.

Porque hay amores que nacen para no ser,
 geometrías rotas del destino cruel;
 dos líneas paralelas al caer
 en la certeza amarga de no volver.

Y aun sabiéndolo —y aquí mi condena—,
te nombro en silencio, fiel a mi papel:
amarte es mi forma de pena,
perderte, mi forma de ser.

271

No obstante, nuestras palabras se encontraron,
mas ni tú ni yo llegamos a hablar;
fue la mirada quien dijo lo que callaron
las bocas temerosas de pronunciar.

Nos dijimos sin voz, sin tiempo ni fe,
jurándonos al borde del temblor;
pronunciaremos —sí— cuando calle el ser,
cuando el alma se rinda al rumor.

Cuando calle el alma en la noche clara,
y el silencio gobierne el umbral,
nuestros cuerpos —sellados— dirán la palabra
que la lengua no osa nombrar.

Conversarán despacio, heridos, cerrados,
mientras muere en derredor lo inspirado;
de labios negros, de besos morados,
brotará lo jamás confesado.

Y sonará un beso —lento— en el alba fiel,
cuando al fin se permitan caer
dos voces desnudas, dos sombras de piel,
dos palabras: te sé. te sé.

272

He visto un verde gris en el paisaje
desde Obradoiro, calle abajo al andar;
y ahora que subo por donde el gaitero,
reposo en la noche, celestial, sin par.

He visto blanca gaviota surcar el cielo,
perderse en masas sobre ángeles en vela;
y yo, cuatro horas después, en mi duelo,
vi calmarse la tempestad que me desvela.

En un segundo sentí la misericordia
de la soledad, cerca de la madrugada;
en los muros de la ciudad y su euforia,
la calma llegó, silenciosa, callada.

He visto muerte y resurrección en un instante,
el nuevo color de un viaje doloroso,
efímero final, destino vacilante,
un alma en tránsito por lo hermoso.

273

Caída la noche, el cielo de luto,
tras los abismos estrechos del temor,
abrieron mis ojos un soplo absoluto,
y brotó en mi mejilla una lágrima de horror.

Un soplo del cierzo recorrió mis manos,
arrasando el silencio de este vacío,
y en mi pecho quedaron antiguos planos
de dolor que no digo, que guardo frío.

Sangre que cae, susurra lo imposible,
lágrima única, sombra de desvelo;
mi voz no alcanza a decir lo visible,
ni explicar este soplo que rompe el cielo.

274

Se convertirá el sueño en eterno anhelo,
bajo torrenciales lluvias de soledad;
titila la aciaga llama, como un destello
que marca en mi pecho la amarga verdad.

Si aún más los vientos del incierto futuro
arrastran la distancia de la inmortalidad,
la lejanía se marchita, frío y oscuro,
entre blancos bosques y helada virginidad.

Los senderos del norte, puros y severos,
cruzan mi memoria, silencio sin fin;
la soledad y el frío son mis compañeros
y el anhelo se queda, tierno y ruin.

275

Hemos abrazado el silencio en la tempestad,
bajo el estruendo ciego del mundo quebrado;
y entre miradas rotas, sin voz ni verdad,
abrazamos la soledad... despacio, callados.

276

Lejano tú, compañero que ahora te encuentras,
quedaste en tu tierra, firme y fiel;
yo hube de irme, herido, sin respuestas,
con tu palabra aún ardiendo en la piel.

Sólo por ti la tristeza regresa,
anhelo que roe este lugar extraño;
todo aquí es sombra que no se parece
a tu acento, a tu voz, a tu antaño.

Compañero de armas altas y heridas,
si este mundo es uno —aunque duela igual—,
bajo luna de invierno, en noches perdidas,
te seguiría sin rumbo ni señal.

Por Do Vilar, Praterías en frío,
como antaño en la ría al caer;
mojaríamos manos en agua bendita
que las gárgolas saben verter.

Descansaríamos tras la catedral,
entre fantasmas y guardias sin fin;
las batallas pasadas volverían a hablar
mientras el alba aprende a venir.

Y en Quintana, tardío el resplandor,
en Inmaculada, jardines en paz,
yo sería estrella, tú peregrino,
un camino que no se rompe jamás.

Hoy, lejano, te envuelven custodios,
ángeles mudos de fiel soledad;
en la piedra misericordiosa te haces memoria
y gótico espíritu en mi andar.

No luchas la guerra que otros reclaman,
luchas la tuya, secreta, interior;
continúa, compañero, en silencio,
que ahí también habita el valor.

Lejano tú. Lejano yo. Entre sombras.
Pero unidos por lo que fue y será:
una guardia eterna sin órdenes ni trompas,
una amistad que el tiempo no sabrá quebrar.

277

Callada el alma, callada la pluma,
sepultado mi corazón sin voz;
mi pupila cerrada no pronuncia suma,
callada mi locura y mi feroz dolor.

Entre sombras bajo tierra y luna,
mi amargura calla sin fin ni luz;
susurra la nada, eterna y oportuna,
y mi silencio se hace mi propia cruz.

278

Hoy, como cada día, igual que ayer,
un surco de pisadas cruza la nieve;
caminando donde la maldad ha de ser,
y en la hipocresía mi alma se mueve.

Al atardecer, al caer la noche,
repito la marcha que no tiene fin;
los pasos se hundén y mi sombra se abroche,
y todos los días igual, sin principio ni fin.

279

Se ha tornado en miseria el rezo de la noche,
sepulta el alma, ávida de cruel final;
sumida en la espada que clava sin reproche,
la vida se quiebra en sombra mortal.

Nuestras miradas, tortura constante,
me mataban lento, sin rastro de piedad;
gritos tras la bruma, lamento penetrante,
eco de un dolor que no encuentra verdad.

280

Yo soy el pesar que brilla en la tormenta,
el ángel que cayó entre estrellas sin luz;
melancolía rojiza en su esencia lenta,
sangre de inocencia brota de mi cruz.

Muerto yace el huésped de mi amarga visita,
bajo la bruma celeste de su mirar;
en mis manos la vida rota palpita,
y aun así no gimo, no dejo de marchar.

Todo lo que asfixia mi discordancia viva
se vuelve final, destrucción sin voz;

la muerte en mí, la sombra que cautiva,
soy yo, el silencio, el eco de adiós.

El mundo se quiebra y yo con su caída,
fuego y ceniza abrazan mi ser;
soy la ruina, la nada ya no escondida,
soy todo lo que destruye y puede arder.

281

Hubo un día tibio, de engañosa claridad,
primavera abriendo heridas en mi fe;
en las hebras de su pelo, oscuridad,
mis dedos se perdieron... y yo también me perdí en él.

Negro su aroma, ciego el resplandor,
mis ojos naufragaron sin razón;
creí hallar refugio, creí hallar amor,
y abracé mi ruina con devoción.

Hubo un día en que pensé tocar la luz,
saborear el carmín de su querer;
matar a besos lágrimas en cruz,
acariciar su pena en lenta piel.

Creí ser humano en su respiración,
creí salvarme en su fragilidad;
pero el amor mintió su redención,
y me dejó desnudo ante la verdad.

Hubo un día —¡necio, falso, traidor!—
en que creí en promesas sin herida;
me llamé hombre, me llamé creador,
y perdí el control de mi propia vida.

Hubo un día en que creí en el amor,
y ese día comenzó mi negación;

hoy sólo queda el eco del error
y la ceniza ardiendo en el corazón.

Hubo un día —y aún me quema al decir—
en que creí en Dios, ciego y de rodillas;
ahora no creo, ahora sólo sé morir
bajo el peso del mundo y sus mentiras.

282

Melancólico en la noche junto al mar,
ciego de un suspiro que quiere recordar;
bajo un cielo estrellado, sin nada que hablar,
la soledad abraza mi lenta oscuridad.

Por la ría paseo, mi sombra a acompañar,
el corazón en murmullos, el alma a rezar;
una lágrima apenas se deja escapar,
testigo de un tiempo que no quiere volver más.

283

Abiertos los ojos en la sombra callada,
la palabra sepulta su tarde sonora;
como licores que caen en la alborada,
dos gaviotas juegan su danza ignora.

Del parpadeo seco la pupila llora,
entre silencios de distancia y temor;
como enemigos que la vida devora,
en la batalla dicha: ¡morir nos tocó!

284

Se sobrevalora el pensamiento en la ética mortal,
concurrida, vana, que al hombre hace ceder;
la mente se embelesa en nociones sin final,
y en el inframundo social la sabiduría arder.

Se ahoga el sentimiento entre voces confusas,
la humanidad perdida en su propio pesar;
la vida se escapa entre sombras difusas,
y el gótico susurra lo que no quiere escuchar.

Ignorancia de aquellos que quieren aprender,
se siente en el aire, en la luz que no da;
un laberinto oscuro del cual no hay volver,
la mente se pierde y el alma calla ya.

285

Alegres caminan, un beso y un insulto,
somos felices en un mundo de dolor;
desechos inmundos que arden sin culto,
despojad la venda que quema el corazón.

Buscad en las raíces de vuestro interior,
suplantad al agresor en su cruel verdad;
necios que contáis las horas del temor,
miedos que os ciegan y niegan la libertad.

Fumáis el humo que os lleva a la perdición,
defendéis lo que nunca podréis sostener;
vuestras voces altas son pura contradicción,
rostros de impostores que no saben ver.

Por un segundo contemplad la luna en devoción,
una rosa en la mano, en soledad mortal;
sentid las balas que atraviesan el corazón,
sangre y preguntas en un mundo irreal.

Animales enjaulados, os alzáis en imposición,
no somos dioses, no somos libres, ¡locura!
La introspección se pierde en la opresión,
y la pasión se ahoga en la absurda negrura.

Desechos inmundos, nada más que dolor,
despojad la venda, abrid el corazón;
la ceguera de todos nos roba el amor,
y aun así seguimos, entre la ruina y la razón.

286

Caída la tarde, el sol muere en la bruma,
bañado en mi aposento de rabia y de locura;
desde la cama observo la ciudad inmundada,
mis ojos se pierden donde el asco perdura.

Luz artificial que agrava la amargura,
en soledad me abrazo a mi propia prisión;
no hay voz, no hay gesto, no hay ternura,
sólo el eco lento de una vieja obsesión.

Oscuridad y silencio clavan su mordedura,
late un corazón cansado de existir;
el alma se separa del cuerpo sin premura,
y el cuerpo, ya sin alma, aprende a morir.

287

Luna llena brilla entre sombras ocultas,
destellos y vientos llevan su canción;
una flor brota, dulce entre las culpas,
rosa solitaria en fría desolación.

Ojos que miran, actos que callan,
palabras que salvan, magia sin final;
la calle vacía, y los bosques estallan
en noches nuestras, de misterio y mal.

Lluvia lenta cae en frío invierno,
ideas que giran en locura sutil;
soplos de levante traen paz y eterno
arte que vive, libertad febril.

288

Ya sé; la gota que de mi ojo cae,
habla por el alma que llora en su voz;
ya sé de tus sombras, del instante que sabe
la cruel ironía que mató nuestro adiós.

Callejas empedradas guardan recuerdos,
soportales fríos donde el tiempo se fue;
campanas resonaban, nuestros cuerpos,
manos que temblaban y se ahogaban en él.

Bajo la luna blanca, guardiana inmortal,
solos en la ciudad, eternos en el lugar;
la plaza vacía, el jardín sepulcral,
y nuestro silencio no volverá jamás.

289

Dulce sombría, gótico pesar y temor,
la soledad placentera nos hizo respirar;
ni enemigos, ni esperanza, ni amor,
sólo el vasto rincón donde quise amar.

Estrellas oscuras se acercaron al fin,
como pájaros que despliegan su último vuelo;
en cadáveres desperté, sin tu jazmín,
sus labios sangrientos se perdieron en el cielo.

Velando el aroma de la noche negra,
dulce sombría que siempre queda aquí;
vida y vida, sombra que no se integra,
¿dónde hallo el razonamiento que borra su gris?

290

Rayos y truenos incendian el fuego apagado,
en noches impávidas de invierno funesto;

la lluvia del cielo seco cae helado,
y el cristal cruje en un silencio manifiesto.

La ventisca fría arrastra el viento voraz,
el recuerdo renace que intento olvidar;
entre sombras y ecos de un tiempo audaz,
ni alma se pierde sin poderlo acallar.

El frío cala hasta la médula oscura,
mientras la ciudad murmura su cruel canción;
un susurro perdido se alza en su espesura,
y el viento devuelve al corazón su prisión.

Gritos de memoria en la bruma emergen,
fantasmas del ayer que no quieren morir;
en la noche eterna mis pensamientos se sumergen,
y el gris de la ciudad me vuelve a consumir.

291

En murmullo ahogado, entre tinieblas tan frías,
desesperada mi alma hiere el recuerdo ya;
los deseos me arrastran, robando las alegrías,
olvidar el tiempo pasado que no volverá.

Entre cenizas callado, mi mirar se pierde,
reflejo de nada ostentosa que cruel me dio;
la vida me condena y mi mente se muerde,
en el eco de tus ojos que la memoria guardó.

Excelso y agonizando, al pie de luz tan blanca,
la soledad me reclama y mi pecho tiembla hoy;
y el recuerdo de tu ojo que en el alma se estanca,
como llaga que no sana y que siempre me doy.

Tras largo meditar, aciago y lento,
revoloteé fugaz entre las brisas;
ojos de ángel me vieron en el viento
cuando el aire brillaba en su sonrisa.

Fantasma fui entre botijos del Toural,
por Do Vilar, soportales de hechizo;
la noche, no más honda que mi mal,
suplicó a unas pupilas de rojo aviso.

Rostro blanco, acento casi perdido,
manos claras de eterna serenidad;
dos almas en la piedra del siglo antiguo,
marcando el compás de la melancolía final.

Rondaba la muerte en cartas difusas,
suplicando a la soledad y al querer;
oh bruja de ojos de ángel, aún usas
las palabras que aquí supimos decir.

Viaje trenzado en la esfera del tiempo,
dos eras latiendo en la misma pared;
¿recuerdas la niebla, el paseo lento,
las estelas calladas que supimos recoger?

Hoy miro la taza —la misma— vacía,
caigo al fondo del gesto que fue;
allí donde la palabra se hizo cuchilla
y el licor oscuro nos deshizo la fe.

Tu pelo negro pedía refugio,
vestiduras frágiles, pesadas de voz;
yo quedé preso de un acto sencillo,
de un movimiento inocente y feroz.

Aún hoy regresan, sin tregua ni fin,
esas caderas, ese instante mínimo;
viaje de ida y vuelta dentro de mí,
bello y lóbrego, distante, íntimo.

Oh fantasía mía, claro que recuerdas:
yo he vuelto al lugar, imitando la hora,
no por esperanza ni fe que me muerda,
sino para no olvidar... —y nada más, ahora—.

293

Si fuera el tiempo todo inspiración,
cada rostro doliente me diría;
un beso en la frente, una lágrima en razón,
un fragmento de mente que aún latía.

Maduro en la timidez reconozco
el pulso triste del Nombre corrompido;
altares de una masa sin reposo,
utopía sombría, gusto prohibido.

Belleza más allá del claro aroma
que en cada amanecer promete luz;
masa indemne, se nombra libre y asoma
—democracia— donde la farsa induce.

Confundimos libertad con mandato,
autoridad vestida de razón;
en el brillo álgido quedamos ciegos,
negado el mundo, oculta la visión.

Enterrados vivimos en abandono,
tierras putrefactas de gente y fe;
lloramos, soñamos, gritamos en vano,
nadie escucha lo que quiere ser.

Sombras puras de una realidad
ambigua, idealizada y cautelosa;
agazapada en la mente humana
la manipulación se vuelve cosa.

294

Comienzo ahora: creo y siento
que tus palabras nacen del alma en vela,
desde una sombra en alto recogimiento,
melancolía en perfecta armonía sincera.

Pero dime: ¿importa todo esto?
¿Merece la pena decir lo que sentimos?
Si nadie oye, si nadie es gesto,
¿qué queda cuando ya no nos decimos?

Me he vuelto egoísta, cruel como tu carta,
lo sé, y aun así comienzo a hablar;
la charla empieza cuando el diálogo falta,
cuando mirarnos basta para explicar.

Ya nadie mira con el alma abierta,
ni un abrazo traduce lo esencial;
¿qué valen las palabras, tan expertas,
si no alcanzan lo mínimo real?

Los términos se han ido corrompiendo,
—o tal vez fue la sociedad—;
la comunicación es más que ir diciendo
un alfabeto incapaz de amar.

Por eso empiezo ahora desde el silencio,
de una buena charla sin pronunciar;
dejemos lo dicho, hable el pecho,
que el alma se exprese sin nombrar.

No hablaremos de modas ni victorias,
no se puede explicar, ¿verdad?
Calmemos la voz, guardemos historias,
prisioneros del mundo, sin victimizar.

No mártires, no muertos, ni eternos;
melancólicos, sí, pero aún de pie.
Sin dónde huir, soñemos internos,
aunque libres jamás lleguemos a ser.

No queda fe en amistad ni en amor,
lo sé... y aun así el camino empieza;
cartas árticas pesan en el corazón,
pero avanzo hacia lucha y rareza.

Quizás nada logre, quizás me pierda,
arruinado, más solo, quién lo dirá;
oh bruja del verso, ¿quién seas?, recuerda:
en la distancia escribamos sin más.

Que el silencio sea luz de los actos,
y la palabra, sólo cuando haga bien;
comencemos el viaje —separados— exactos,
dejando que el alma hable... también.

295

He envejecido, sí, mas el alma permanece,
como un suspiro leve que nunca desaparece.
arruga la piel, pero el corazón se mantiene,
y el tiempo cruel mis pensamientos no detiene.

¿Acaso se arruga el pensar con la frente?
¿Se quiebra la mente, o sigue siempre valiente?
Joven es el espíritu, aun bajo sombra fría,
y en cada instante late su eterna poesía.

Acallada, apagada, sombra efímera de mi ser,
 fantasías de libertad que no me dejan ver.
 Sólo existes tú en el instante suspendido,
 y el mundo entero queda en un eco perdido.

Detenerse en un segundo donde todo muere,
 y el ruido de la sociedad mi alma hiere.
 Validez sin resonancia, hipocresía total,
 gentes sin conocimiento que esconden el mal.

En mi mano la violencia y la falacia cruel,
 imágenes que acallan lo que siente mi piel.
 Destruída, arruinada, efímera ilusión,
 brillo de felicidad que escapa sin razón.

Y después... el vacío que siempre regresa,
 y mi corazón en sombras, lento, tropieza.

En la contingencia vil de los indulgentes,
 violadores de mentes, jueces sin piedad,
 se alza un dogma feroz, brutal y decadente:
 «muerte al débil», proclaman, llamándolo verdad.

El sol de la nueva cruz lo grita encadenado,
 ¿verdad quizá enterrada bajo arcilla y poder?
 Pilares de un templo torpe, mal alzado,
 diatriba infernal que no sabe sostener.

La demagogia de culturas pretendidas,
 evolucionadas en nombre de un edén,
 promueve la farsa de conciencias dormidas
 donde el fuerte devora y el débil cae también.

Y del sublime edén —ironía sangrante—
resurge el lema cruel, circular y atroz:
vida al que impone, muerte al vacilante,
como si hablara el mundo con garganta sin dios.

298

La espada sanguinaria se esconde en la sentencia,
justo y pecador marchan bajo un mismo disfraz;
obediencia y respeto fingen noble presencia,
pero el ego gobierna con su gesto falaz.

Ni piensas —ni pensamos— en la vida y su esencia,
arrojamos la piedra creyéndonos razón;
soñamos mundo nuevo desde falsa conciencia,
mientras crece el olvido que apuñala el corazón.

Lo invisible se borra, vive el brillo del yo,
viveza que agranda la herida ajena sin voz;
tristezas asesinadas que nadie miró,
muertos todos implorando —tarde— por amor.

No damos a la vida un eco verdadero,
mente nublada, alma inerte, riqueza sin fin;
seda y manto de humana ceguera de acero
corrompen en silencio lo que quiso latir.

299

Puedo hallar esta noche, en el bosque en penumbra,
la estrella de luz que vigila el confín;
entre astromelias sublimes mi pulso se alumbra,
mientras el cielo me nombra sin fin.

Lágrimas de escarcha negra me enseñan la huella,
guían mi paso hacia un umbral sin edad;
hoy y aquí me reclamo, desnudo ante ella,
pues el sendero del ser se borró de mi mirar.

300

Dulces sueños vuelan lejos en la noche,
en el odio se disuelven los momentos;
el carmín amargo brota de su derroche,
néctar de humana sabia en pensamientos.

Miradas penetrantes cruzan el vacío,
un nudo entre los dedos que no se olvida;
lágrimas radiosas entre despecho y brío,
delicados suspiros en la lejanía.

Inocencias etéreas flotan en el aire,
mágicas pasiones que el tiempo no quebró;
dulces pérdidas que aún el corazón pare,
dulces sueños de adolescencia que el alma guardó.

301

Callé malas tardes, despedidas en silencio,
grité palabras mudas de gesto militar;
padecí infiernos torpes, áspero desprecio,
odios que en la garganta aprendí a soportar.

Racismos, intolerancias, guerras sin razón,
preso entre bienes lejanos y moral sin voz;
no robé, no maté —y aun así prisión—,
ciegos me llaman, cuando sólo soy humano, Dios.

302

Otra noche de verano, el ámbar se deshace,
luces solitarias bañan el suelo en su pesar;
la mente errante, sin rumbo, la memoria enlace,
y un suspiro famélico comienza a temblar.

Imagen subconsciente que va y viene callada,
tocando el esbozo de la calma que no está;

entre brazos que agitan la pena desgarrada,
bailan las letras, sueños que nadie recordará.

Tosco invierno en la bruma de este pensar,
tragicómico y fúnebre, el recuerdo sin final;
«No puedes escapar», la voz vuelve a clamar,
de horas negras de un oscuro pesar abismal.

303

Se ha vuelto el silencio oro en mi soledad,
ahora que la inspiración se marchó;
no puedo sentir ni nombrar la verdad,
mi pulso se apaga donde antes ardió.

No puedo escribir, ni pensar, ni creer,
bajo el peso injusto de la humanidad;
la palabra muere antes de nacer,
y el alma se encierra en muda oscuridad.

304

Oscuros días de pesar me envuelven, tan sombríos,
angostos triunfos ocultos en la soledad;
los amantes callan secretos en sus ríos,
y la maldad susurra en el eco de la verdad.

Abrumantes recuerdos florecen en mi amabilidad,
despecho surge entre conclusiones sin final;
la irrealidad callada guarda cruel realidad,
y la duda permanece, aún derecho vital.

305

Mas, ¡oh!, qué conciencias no logran concordar,
sin principios, sin valores, en la falsedad;
tras páginas de libros, disonancia a plasmar,
dibujadas en la mente y en la nada, la verdad.

Púrpuras mentiras envuelven la esencia humana,
que camela al don sin la mirada sentir;
la sombra de lo sublime se pierde y se hermana,
en un eco que la luz nunca podrá redimir.

306

Puede que quizás olvide la tarde en su caída,
Condesa, que recuerdas cada instante fiel;
el café del centro, la memoria ya perdida,
y el suspiro del tiempo que se escapa como miel.

Quizás olvide los besos en la Alameda callada,
dos cuerpos en un banco, sombras de un instante;
Praza Roxa nos vio, conversación entrelazada,
y el eco de tu nombre que persiste en mi amante.

307

Praga nos complace esta noche sedienta,
calles vacías arden en la bruma sin fin;
la tempestad humana su dolor presenta,
y todo ser viviente se oculta en su confín.

Los pasos retumban en danza prohibida,
violines rotos lloran un lamento sutil;
el sol humillado se quiebra en su partida,
y el deseo revive en un instante febril.

La esperanza eterna en reflejo se esconde,
desvanece la mortalidad entre la negrura;
la fugaz imagen que el corazón responde,
arde en el alma y se convierte en dulzura.

308

Escribí una obra leve en un tiempo perdido,
teatro insignificante de princesas sin voz;

me arrepiento de haberte deseado y perdido,
me arrepiento de haberos creado, feroz.

Inventé vidas huecas, sueños verosímiles,
esperanzas gastadas de cartón y papel;
desechos de una historia de fases imposibles,
superficiales luces fingiendo ser fiel.

Una vez escribí sangre del propio corazón,
borracho de un amor enfermo y sin razón;
lo plasmé para siempre, publiqué la infección,
dejé al mundo leer mi íntima corrupción.

No me pesa perderte, ni haberte querido así,
me pesa haberos dado forma, nombre y voz;
porque al crearos me perdí...
y en vuestro espejo roto me escribí yo, atroz.

309

De recuerdo en recuerdo la traición se esconde,
cierren los ojos y sientan su frío ardor;
la voz desplómese y en silencio se responde,
el alma se embelesa en ausencia y dolor.

Que cada eco del latido retumbe sin medida,
que culmine en susurros la herida del corazón;
la sombra en su plenitud camine por la vida,
y en el vacío de penas encuentre su prisión.

310

Encerrado entre muros y un cuadro sombrío,
papel y cama, testigos de mi soledad;
arde en mí un fuego que el silencio ha encendido,
y pido la ventana que muestre otra realidad.

Flores verdes, paisajes de sombras y de noches,
horizontes lejanos que llaman al corazón;
que la eternidad me abrace sin reproches,
y disuelva la pena en un breve resplandor.

311

Pálida arde la llama en la mente olvidada,
en cada germinar, en sueños de pasión;
la oigo llorar, la veo sonreír velada,
eco antiguo que insiste en mi razón.

¡Marchad!, devotos días de amor virginal,
retiraos del templo de mi antiguo creer;
apagados quedad en mi llanto mortal,
pues en tinieblas no se puede escribir ni ver.

No nacen versos donde reina el dolor,
ni cuadros brotan del silencio final;
¡marchad!, memorias de inocente ardor,
marchad conmigo... hacia lo real.

312

Me senté a escuchar el viento en la selva perdida,
susurrando secretos que el horizonte me dio,
la nieve blanca en mis manos, efímera y rendida,
reflejo de un mundo que ya nunca existió.

Un centenar de cuervos sobre el llanto acecha,
sus alas sombrías rompen el gris del dolor,
y en la penumbra del aire mi espíritu se estrecha,
mientras un disparo calla para siempre el clamor.

313

No ha dormido la pluma, sedienta en el tintero,
vagaba fuera del poeta el pensamiento;

ardía en seco el pulso, desnudo y verdadero,
y una rosa exhalaba su aroma en sufrimiento.

314

Y era la envidia mi demonio ardiente,
ángeles en miniatura flotaban al viento;
junto a tu rostro dormía silente,
entre sueños y brumos, eco y sentimiento.

315

La paz aguarda bajo el pulso del andar,
invócame en silencio y estaré contigo;
seré nota de luz al verte mirar,
melodía sin nombre latiendo conmigo.

La ciudad gótica reza sin necesidad,
vino rojo del pecho, rumor de campanas;
invócame ahora que duerme la ciudad,
que tus ojos me guíen en noches humanas.

316

Temprano alzamos manos de cartón,
pidiendo auxilio al eco del error;
la casa ajena nos prestó su voz,
y el peso ajeno nos llamó dolor.

Entramos donde nunca fuimos raíz,
con nombres prestados, gesto impostor;
no fue amenaza: fue aprender a oír,
callar la soberbia, sembrar pudor.

Vive quien vive, muere quien se va,
deja al destino decir su razón;
cuando no fuerzas lo que no será,
respira el mundo en conciliación.

Encuentra en los ocho años de mirada en fuego,
la herida antigua que aprendió a callar;
flechas de culpa — palabras, no acero—,
que al sueño llegan y vuelven a hablar.

En la tierra mojada germinan señales,
cruces de duda sin nombre ni fe;
bautizados fuimos por odios banales,
pasiones que sangran en tinta y papel.

Pronuncio tu nombre sin rito ni voz,
no bebo la muerte: bebo el adiós;
dejo que el tiempo termine, no digo no,
y escribo en la sombra lo que fui yo.

Estoy cansado de sufrir con el alma en carne viva,
de llorar hasta oxidar la voz en el pecho abierto;
gritar libertad desgasta cuando nadie la perciba,
y el eco vuelve al cuerpo como un juicio incierto.

Cansado de miradas que condenan al pasar,
como si andar ya fuese crimen sin perdón;
cada noche es un naufragio vuelto a empezar,
tempestad que hace del llanto su nación.

Me escondo entre los árboles, tras la ciudad vencida,
rincones donde la sombra también duele al alumbrar;
demonios de luz enferma vigilan cada huida,
en cada paso precario de jornal en jornal.

Mismos insultos clavados en la misma señal,
de quienes se proclaman dueños de lo humano;
por ellos escupo verdades, ya no callo más,
no seré otro zombi dócil del rebaño urbano.

Ahora que todo he visto, ahora que todo siento,
no deliro: despierto en este filo real;
mi cansancio es la prueba, mi palabra el intento,
de existir sin pedir permiso a su moral.

Por las aceras rotas de la informalidad,
salgo a la tormenta con valor prestado;
agacho la cabeza ante el rayo y la ciudad,
pero no me detengo: sigo, obstinado.

El tiempo ha cambiado, quedé lejos de esa piel,
de esa ciudad que me nombró ajeno;
las sombras ya son parte fiel
de lo que soy, sin miedo ni veneno.

Dejo atrás la infidelidad del propio temblor,
la cobardía antigua, la inseguridad;
crezco entre sombras nuevas de igualdad y ardor,
y renuncio al llanto, a la marginalidad.

Salgo de la tumba nocturna que me vio callar,
custodiado por una risa feroz y vital;
camino lleno de vida hacia mi propio lugar,
por senderos firmes de seguridad real.

Desgarro el tiempo, amarro el filo interior,
no para herir cuerpos, sino el molde que oprime;
hay un vampiro nuevo bebiendo el dolor,
y corto su nombre del alma que gime.

Corto el sufrimiento, la lágrima heredada,
la nube de algodón que sostuvo el engaño;
dejo de ser copia, herida reiterada,
rompo la jaula del mismo daño.

Hoy el mundo es nuevo ante mis ojos cansados,
nueva será la libertad que reclamo;

dejadme vivir —y morir— desarmado,
en paz con mi pulso, en paz con lo humano.

319

Iba medio desnudo, alto, lejos del hogar,
empapado de noches sin nombre ni raíz;
una toalla en la cintura, el pulso al caminar,
y miradas ajenas marcándome el país.

Camino de un cuarto roto, pulcro en su abandono,
semana larga y corta en montes de otro mundo;
voces que cruzan pasillos, rumor sin tono,
y mi reflejo, expuesto, mirándome profundo.

Duchas de luz y sombra, tránsito discreto,
presencias que se esfuman al cerrar la pared;
quedé prendido del eco, del gesto incompleto,
de una indiscreción muda que no supe leer.

320

En años dormí bajo un cielo sin ley,
ayer desperté y supe que perdí;
cuidé lo ajeno, bajé la luna, lloré,
y olvidé mi vida por vivir en ti.

Morí en los días que no supe abrazar,
en los pasos que di sin querer sentir;
mimé sombras que no supe nombrar,
y perdí mi tiempo sin saber vivir.

321

No nos habituamos a la sombra y su verdad,
ni al respeto que arde como llama severa;
ni a los días de nieve, lluvia y soledad,
ni a los cementerios de la gris calavera.

Mas allegados a la baja ley del vivir,
donde la sangre es símbolo y no redención;
el musgo en los campos de reyes ve surgir
la lenta memoria de su ambición.

La lectura no siempre halaga al lector,
aunque al escritor le sea gozo y razón;
si perduran nuestros nombres y su amor,
que arda la tinta más allá del corazón.

322

Tengo los ojos en soledad ardiente,
el alma penitente bajo el gris del ayer;
¿vale algo un mísero latido persistente,
si eterno es el pulso que no sabe querer?

No seré del tiempo ni su obediente sirviente,
ni de la sombra que pretende gobernar;
si mil espadas simbólicas me hieren la frente,
moriré en pie antes que arrodillar.

323

Brilla la sangre en el pecho doliente,
nube cerrada que cubre la frente;
arde en silencio la herida latente,
cuerpo en amargura, sombra presente.

Late la culpa como hierro ardido,
ciego el espejo de lo ya perdido;
tiembla la noche sobre lo vencido,
eco de un nombre jamás redimido.

Cruje en el fondo la voz apagada,
seca la lágrima, rota y sellada;
todo se inclina bajo la espada
de una memoria que no dice nada.

324

Avanzan las horas presas en mi pecho,
babea triste el pulso en blanca nieve;
ciudad dormida, inconsciente y deshecho,
bajo la luz que nadie ver se atreve.

Mi corazón se pierde en baja bruma,
sobre la hierba mustia y marchitada;
si eterna pausa al alma la perfuma,
quedara en su latir petrificada.

Mas todo es tránsito, humo en la ribera,
sombras que cruzan sin dejar señal;
embelesado, si latir pudiera,
sería nieve en su final ritual.

325

Frunzo el ojo al dolor del pasado,
en fe imperfecta que quiso educar;
ecos remotos me han marcado,
bajo un candil que no supo alumbrar.

Mitigante doctrina en la mente ardía,
brumosa religión de gesto austero;
tan cultos dicen, mas qué ironía,
extirparon el saber primero.

Bajo su norma y mi inocencia,
maltrato sutil de sonrisa formal;
psicológica herida en la adolescencia,
cruz erigida sobre el bien y el mal.

Retrocedo a la niñez quebrada,
a daños que nadie quiso escuchar;
devoción torpe, tonta y sagrada,
que en nombre del cielo enseñó a temblar.

Si creen en Dios, temen al fuego,
siembran infierno en la ingenuidad;
el aire puro tornase veneno,
en venas limpias de falsa piedad.

Mas río ahora ante su dogma frío,
ya no me inclino ante su altar;
rompo la sombra del credo sombrío,
y alzo mi voz —para no callar—.

326

Escribiré mi último verso esta noche,
ante altares de sombra y perdición;
jazmín y rosa arden sin reproche,
bajo un cielo negro sin redención.

Verde la fuente suspira en la bruma,
rojas las flores yerto el empedrado;
preso en mis pasos, la hora me abruma,
¿qué bosque es éste tras lo callado?

Aquí concluye la noche profunda,
silente y eterna, casi difunta;
mi voz se inclina, grave y rotunda,
sobre la página que ya no pregunta.

Una rosa, un gesto jamás pronunciado,
un beso que vive en la oscuridad;
que baile el recuerdo, sellado y callado,
que hable el silencio por la amistad.

Escribiré, sí, sin tinta ni ruido,
desde el dibujo hecho realidad;
un verso mudo, solemne y herido,
nacido del hueco de la soledad.

¿Qué más puede ya suceder, si el frío
me nombra en la bruma del negro sendero?
La noche y el invierno son mío
horizonte de escarcha y desvelo austero.

Cierro los ojos; resbala un rocío,
gota encendida que hiere el acero;
—¿ya estoy muerto o sólo vacío?—
pregunta mi pulso cansado y severo.

Gritan tormentas en torno sombrío,
soy testigo mudo, cautivo viajero;
el sol me lacera con su poderío
y sigo de pie, fantasma sincero.

Rojas las telas del cuerpo tardío
nadie las mira bajo el lucero;
blanca la luna, la nieve, el río...
¿qué más puede ya suceder, si aún espero?

¿Cuál es el tormento que mi alma perturba,
qué sombra se cierne y mi pecho clausura?
Mil frías espadas mi sangre desborda,
sellando en silencio mi amarga sepultura.

¿Fue culpa temprana, fue fe que se enturbia,
fue voz que en la infancia sembró su locura?
Crujen los huesos del niño en penumbra,
bajo el peso helado de oscura impostura.

Me hiere el recuerdo que nunca se turba,
me hiere la culpa que nunca se cura;
y al filo del miedo mi nombre se curva,
grabado en la piedra de mi desventura.

329

Oigo respirar a los muertos, a veces,
cuando en la noche camino sin paz;
la sombra me llama, la sombra me mece,
y busco una risa que no vuelve jamás.

Oigo mi pulso en las frías losas,
polvo y ceniza me nombran detrás;
amo la nieve que besa las rosas
blancas del sueño que no viví más.

Revuelco mi cuerpo donde es prohibido,
sobre la tierra que guarda el ayer;
lloro en silencio lo que fue y ha sido,
dos vidas clavadas sin saber renacer.

330

Hay sombras de luz temblando en la pared,
invierno lento que dibuja el ayer;
estelas mudas que insisten en volver,
cánticos rotos que no saben ceder.

Templo callado de voces sin voz,
caras serenas de herida celestial;
llama que arde bajo un cielo feroz,
titila en formas de fuego ritual.

Entre tinieblas de viento y locura,
cuerpos y nubes cruzando el umbral;
enigmas giran en lenta espesura,
sombras de silencio — mundo espectral.

331

Llamea la balada en tenue voz,
bajo este pecho frío y tembloroso;

recuerdos yacen cubiertos de polvo atroz,
ángel impasible de gesto silencioso.

Me duele su regalo en la melancolía,
mimosa majestad de gris lección;
cuidó los clavos de mi torpe día,
y ardió en mis aulas como inspiración.

Elizabeth de fuego y voz pasional,
tuyos los versos, tuya la luz;
llenaste mi sombra lunar y abismal,
y en mi silencio te nombro: gracias a ti, mi cruz.

332

Puedo oír los gritos de la sombra en soledad,
aturdido en la noche de esta ciudad;
ángeles altos con pupilas de maldad,
arden sus ojos sobre la catedral.

Aunque humano y errante espectro soy,
vagabundo de una antigua heredad;
camino entre tinieblas, firme voy,
por la celta magnificencia de esta libertad.

333

De la ciudad inmunda en su cruce callado,
encrucijada de miradas y olvidos;
sombras que gritan bajo cielo quebrado,
silencios rotos entre pasos perdidos.

Muros de piedra, de lava y de sangre,
gentío indiferente de voz sin latido;
vidrios que tiemblan en frío estanque,
eco de almas que han sido vencido.

Empedrada herida de gesto sombrío,
palabras quebradas sin norte ni abrigo;
movimientos sin pulso, destino vacío,
ciudad que nos parte y nos deja testigo.

334

La vida nos fue dada al nacer,
la niñez nos fue robada sin piedad;
bajo dogmas que aprendimos a temer,
creció la fe torcida en la ciudad.

Golpean credos la frente inocente,
proclaman luz con sombra en la mirada;
la injusticia corona al indecente,
y la virtud se vende arrodillada.

En los caminos turbios de la duda,
al alba enferma de una fe gastada,
¿qué verdad queda si la voz se escuda
tras la alabanza hueca y amañada?

¿Hay libertad que no sea partida,
más allá de la sangre derramada?
La vida fue concedida... y herida,
la vida que no merece ser vivida.

335

Los harapos ceñidos a nuestras almas,
temblaban mudos bajo el techo helado;
ojos asustados, sin voz ni calma,
miraban el filo del miedo alzado.

Dedos cual espadas, fríos y duros,
cercaban la sangre del niño inerme;
viento violento en cuartos oscuros,
silencio impuesto que aún hoy me duerme.

Crujía la infancia bajo su peso,
como cristal herido en la mirada;
cada caricia fingía un beso,
cada promesa, sombra clavada.

Y así crecimos, rotos y atentos,
aprendiendo el temblor como defensa;
cargando en la piel los juramentos
de una culpa antigua, densa e inmensa.

336

Crece mi cordura al latir la vida,
bajo las luces de esta urbe herida;
negra la raíz, conciencia encendida,
entre vestiduras de fe fingida.

Las mismas horas, la misma gente,
rostros de mármol, palabra ausente;
forma de pensar que hiera la mente,
forma de sentir que arde latente.

Caminemos, pues, entre los vivos,
caminemos, pues, entre los muertos;
sombras y pasos, ecos cautivos,
ojos abiertos, labios cubiertos.

Como el crepúsculo vasto y oscuro,
que alza su esfera sobre la ciudad;
hondo es el pulso, profundo y seguro,
grande la noche de su verdad.

337

¿Qué me espera en el camino incierto?
¿será la sombra quien guíe mi sino?
Diera mi vida por saber lo cierto,
si el alba me absuelve o me hunde en destino.

Crujen mis pasos sobre polvo viejo,
huellas de infancia que quise borrar;
mi nombre resuena como un eco añejo
que vuelve a mi pecho para acusar.

Si hay un destino más hondo que el miedo,
que venga y me diga su ley sin piedad;
yo fui el niño que tembló en secreto
ante la noche y su oscura verdad.

Mas sigo avanzando, herido y divino,
con culpa y memoria latiendo en la sien;
¿qué me espera en el torvo camino?
Tal vez conocerme... y caer también.

338

Ya calla el otoño en mi invierno severo,
la nieve en mis ojos arde otra vez;
fui cordero manso, tembloroso y sincero,
y el frío aprendió mi nombre al revés.

Blancas las aulas, oscura la mano
que alzó su sentencia sobre mi piel;
decían pureza, dictaban lo humano,
y el miedo crecía tras cada laurel.

Vuestras palabras, sal en la herida,
golpearon mi frente con falsa piedad;
¿curas inocentes? —pregunta vencida—
si el cielo se funda en vuestra verdad.

Me hicisteis sombra bajo vuestros rezos,
niño culpable sin culpa ni voz;
pero en mi pecho forjé los excesos
de un fuego que arde sin pedir perdón.

No soy el infierno que tanto invocasteis,
soy la memoria que no queréis ver;
si en mi silencio un día me alzasteis,
en mi justicia me habréis de temer.

Ya silenciaré vuestro cielo incierto,
no con cadenas ni amarga obsesión;
sino con la luz del niño despierto
que rompe la culpa y nombra traición.

339

De entre la bruma en incomparable ocaso,
tu vieja semblanza vuelve a surgir;
no lloro ya por tu remoto paso,
ni por la sombra que me hizo huir.

No lloro por palabra condenada,
ni por el eco torcido del ayer;
sino por la ciudad que, ensangrentada,
me vio caer sin verme renacer.

Ideas del tiempo, infierno sellado,
arden aún bajo el gris empedrado;
y en cada esquina del mundo olvidado
mi pensamiento camina exiliado.

340

Yo sé de una música amarga y nocturna
que vibra en las torres de piedra y desvelo;
se alza en la bruma con fiebre taciturna
y arrastra las luces del alto cielo.

Deshoja su canto la herida callada,
la sombra del alma que vaga y demora;
se cierne en la plaza desierta y helada
como un presagio sin fe ni aurora.

Cruza balcones de hierro y silencio,
rasga el asfalto con húmedo anhelo;
rompe en los vidrios su tenue delirio
y siembra ceniza donde hubo consuelo.

Mas tiembla un destello tras la negrura,
un pulso escondido que el alba implora;
y cuando el corazón resiste y perdura,
la noche se inclina... y nace la aurora.

341

Mil rayos me hirieron en sombras cerradas,
sellaron mi nombre con fría mirada;
anudaron mi pecho con culpas calladas,
dejando mi infancia temblando, quebrada.

Ataron mi alma con hilos de acero,
forjaron insultos de amarga sentencia;
me hicieron pequeño, me hicieron sincero
en la herida abierta de su violencia.

Cortaron mi voz con palabras de fuego,
sembraron mi miedo en la oscura frontera;
morí tantas veces en su torvo juego,
que aún sangra mi niño tras cada quimera.

342

Andan cortos los días bajo pálido temblor,
largas las horas muerden con sorda devoción;
arde el niño en silencio, preso de su dolor,
mientras la culpa canta su antigua canción.

Cruje la madrugada con tétrica emoción,
y el pecho late oscuro bajo un cielo sin color;
rezo sin fe que asciende como muda oración,
sellando en carne viva la herida del temor.

Pasan los desvaríos en lenta procesión,
sombras de escuela y hierro nublando la razón;
tiembla la voz primera quebrada en confusión,
y nace la conciencia vestida de traición.

343

No es que en el decir los suspiros broten,
mas no hallo llama que su sombra consuma;
callan las bocas, y los ecos no responden,
mientras la tarde se derrama en bruma.

Los silencios hablan donde otros se esconden,
la mirada acusa lo que el alma suma;
farsas de vivos que a la muerte corresponden,
rostros de cera bajo luz que abruma.

Ni rehúso el gesto ni el juicio me confunde,
pues toda verdad nace del acto humano;
la lágrima ignara en la plaza se difunde,
y en blanca palidez se alza lo inhumano.

344

Sabes, compañero, hoy me vuelvo a sentar,
tras la catedral de piedra y metal;
la noche desciende lenta sobre el mar
de tejados grises y silencio abisal.

Recuerdo las guardias sin poderlas pisar,
los pasillos oscuros de brillo espectral;
la "pecera" al alba, sin lograr despertar,
con café frío y cansancio ritual.

Tardes en REM de azar irregular,
cuatro colores en juego desigual;
reíamos del tedio sin mucho hablar,
mientras afuera rugía lo banal.

Quizá tú mires ahora otro lugar,
otro horizonte distinto y distante;
yo sigo aquí, en mi sombra y mi pesar,
pensando en lo nuestro, firme y constante.

Y aunque el tiempo pretenda borrar,
lo que fue vínculo real y leal,
sé que en la piedra me oirás llamar,
compañero ausente, recuerdo inmortal.

345

He venido a este lugar celestial,
loco de vida, mas firme en la fe;
dejando atrás el pasado fatal,
cruzo la plaza que ayer olvidé.

Aturdido por días de gris vendaval,
sin más equipaje que mi desnudez,
camino en silencio, ritual personal,
sin miedo al tormento que habita en mi tez.

Y en soledad, frente al mármol ancestral,
donde el eco responde lo que nadie ve,
pronuncio un juramento vertical:
hacer de mi sombra verdad y eterna, amén.

346

Buscando la utopía que no llega,
un halo gris se posa en la razón;
la vida sensual, romántica y ciega,
nos ata al hierro frío del dolor.

Vivir y morir cada día nos niega
la voz que se quiebra en su clamor;
soñar anestesiados nos entrega
a la masa uniforme del temor.

Redimimos traicionando la conciencia,
cedemos la elección por sumisión;
apuñalamos la moral, la esencia,
en tétrica y privada devoción.

Todos tenemos pasado y apariencia,
conversaciones con nadas sin piel;
rostros que fingen humana presencia,
mientras la ciudad nos devora, cruel.

347

Por estas tierras de risa profanada
creció mi infancia entre golpes y temor;
bajo una fe torcida y manipulada
me abofetearon con nombre y con "Dios".

Por estas tierras murió la conciencia,
renació en fango la falsa igualdad;
predicaron virtud, sembraron violencia,
coronaron su sombra de inmoralidad.

Por estas tierras se creyeron divinos,
alzaron su dogma de barro y cartón;
llamaron pecado a los sueños genuinos
y ahogaron el alba en su inquisición.

¿Sabéis de moral, vosotros severos?
¿Conocéis el mal que decís combatir?
Vuestros altares, podridos y fieros,
mataron futuro por no comprender.

Ardió vuestra llama de necia arrogancia,
consumió la pureza que quise guardar;
y ahora en ceniza yace vuestra instancia,
vacíos de vida... sin nada que dar.

capítulo IV

APOCALIPSIS Y FIN

De los días gloriosos de ficción
 suenan las campanas, altas y dichosas,
 marca la hora su solemne canción,
 y el oscuro licor se brinda en rosas.

En la jauría de esta balada cruel,
 sobre la tumba, el beso del ocaso,
 resurge la palidez como un laurel,
 luz de muerte que arde en tu abrazo.

Vestiduras de novia, llama ávida,
 el caos del teatro se alza dormido,
 años ocultos que despiertan, rápida
 voz de rimas que el tiempo ha perdido.

Se pronuncian por fin las últimas líneas,
 apocalipsis, juicio final anunciado,
 el mundo cae entre sombras y ruinas,
 el eco del fin deja todo marcado.

Iluminación mía sois en la mañana,
 camino del alba, fría y ventosa,
 mientras avanzo en cautela temprana
 y vos surgís en la bruma radiosa.

Clara y empedrada, sombra piadosa,
 cruzáis mi paso sin pedir razón;
 yo, entre la multitud triste y penosa,
 cedo a vuestro antojo cuerpo y canción.

Sois la que eleva mi alma cansada,
 la que promete redención hermosa;
 pero también sois, sin culpa ni espada,
 la que ha de apuñalar la rosa.

Es melancólica la agonía
de lo sucedido, de lo ya pasado,
más honda en el presente que vacila
bajo el ladrón de la palabra a su lado.

Y en un dueto romántico me hallo preso,
por su voz —¡locura!—, encadenado,
pues huí del dolor, del olvido espeso,
se la razón y su falso cuidado.

Creí perder el puñal y la sangre,
creí perder la burla y la herida,
—¡locura!—, pero el pulso no cede
y aún más la quiero, aún más la vida.

Si más torpe, más lejano y ciego,
si más insensato en mi porfía,
más melancólica arde en su fuego
la agonía de lo que fue algún día.

Lo sé. Y aun así no la olvido.
Más que olvidarla, la llamo.
Más que negarla... aún más la amo.

Y contemplé en exceso las tumbas heladas
de la raza humana, cansada y mortal,
donde las flores brotaban sagradas
y morían en paz, sin bien ni mal.

Vi los fantasmas de cruces y senderos,
rezos de fe —en su propia razón—,
promesas del Edén en labios austeros,
dichas con polvo y contradicción.

Vagué en las grietas de su reino avaro,
por laberintos cercanos al vil metal,
jardines de plata buscando oro raro,
mercado del alma, precio final.

Subí por montes del cielo fingido,
bajé a los sótanos de la llama cruel;
yo, que a la guerra recé convencido,
yo, que adoré a su oscuro coronel.

¿Dónde quedó la verdad del Predicador?
¿En qué instante el sueño robó la razón,
cuando en la aurora de la conciencia en flor
se nos negó la merecida visión?

Vi nacer un horizonte en una pupila,
de aquella que no se dejó torcer;
vi miedo en sotanas de fe marchita,
y el trono caer de su falsa altivez.

Y Dios —impostor de la libertad—
eligió la tibieza, la neutralidad;
y Dios —que la duda será ley—
dejó al pensamiento volver a la piel.

Yo que creé mi Cuerpo, yo que fui Vida,
¿con qué derecho encierran lo que es de uno?
¿No son del poeta sus versos y heridas,
su voz, su delirio, su oscuro ayuno?

Yo que forjé mi Mente en carne y herida,
yo que sabré cuándo decir basta...
Yo que elijo mi Muerte y mi despedida,
no cedo el alma, no cedo la palabra.

Tu sangre imploro, más negra que la noche,
 más honda que el infierno de existir,
 más triste que el llanto que no se recoge,
 por lo imposible que no ha de venir.

Tu sangre imploro, sombra que me guía,
 beber un sorbo del elixir fatal,
 que ata la tumba —mía y todavía—,
 mía y tuya en su pacto mortal.

Sepultura sellada por tu herida viva,
 licor que condena y también redime,
 porque sólo tú —oscura y cautiva—
 puedes salvar la vida que se extingue.

Delicada muerte, yo soy la tristeza,
 mía y vuestra en cada pérdida incierta,
 la única muerte, sombra y promesa,
 en cada suspiro mi vida abierta.

Dulzura oscura, delicada y mustia,
 las pupilas gemían entre lamentos,
 las voces tuyas lloraban su injusticia,
 en la noche rota de viejos tormentos.

Final de primavera, gozo errante,
 como famélico licor derramado,
 tres noches durmieron, frío constante,
 codo a codo, en cartas sin significado.

Frías manos, frías mentes, deleite cruel,
 la luna germina en cielo gris o blanco,
 las voces de los niños gritan su laurel,
 risas y llanto, gozo que se arrancó.

Yo soy la tristeza, extraviado, confuso,
encarcelado en horas que no sanan,
lo siento, lo siento, en eco difuso,
sombras que se extienden, calles que me atrapan.

Brigada de Vida y Muerte, delicada,
el escrito del corazón se eleva y queda,
fervor, pasión y amor en la nada,
mío y vuestro, sombra que no se ceda.

354

Que la esperanza es ancha orilla
de muros estrechos que aprietan sin voz,
y al mirar las fragatas en su orilla
sueños se alzan, pero nadie los vio.

Todos elevaron la mirada al viento,
y se cubrieron las pupilas de agua,
surcando aromas de palabras en silencio,
resplandor futuro que al alma embriaga.

Sentían la belleza en cuadros no dichos,
en la marea que rompe y vuelve a empezar,
y yo, perdido entre sus mundos y nichos,
también eché a nadar, sin volver atrás.

355

Cuando la soledad mida mi estatura
y seas pedestal del viejo ocaso,
cuando la vida vista de negrura
y la memoria sangre en cada paso.

Cuando el Apocalipsis desde el velo
descienda lento en bruma y profecía,
y sombras sean ley bajo este cielo
que habita en mi existencia todavía.

Cuando la sangre herede lo eterno,
y lo infinito deje de ser esfera,
y tu cuerpo —maldito— sea mi infierno,
condena fiel clavada en mi mollera.

Cuando mi mente se hiele en la miseria
y la miseria aprenda a florecer,
cuando la ruina sea nueva feria
y destrucción sin nombre dé de comer.

Cuando la luna y tierra estén deshechas,
y yaces polvo impuro entre la fe,
cuando compruebes —tarde— en tus sospechas
que fui tu mayor fin sin saber qué.

Cuando tus ojos lean mi condena
y entiendas que tu ausencia me asesinó,
que tanto te quise —y esa es mi pena—
que amar fue el golpe que me derribó.

Cuando sepas que odio lo que amo
y que en delirio puedo desgarrar,
sólo si me amas —sólo entonces— clamo:
que muerte sea libertad al fin de amar.

356

Compleja existencia: ausencia,
eclipse sordo de la esperanza;
inocencia apagada, efímera fragancia,
resonancia hueca de la hipocresía en danza.

Falacia y sumisión en la atrocidad,
manos varadas en la ignorancia;
el mundo reposa, dócil, en su verdad:
un cajón cerrado... lleno de arrogancia.

357

Si han de morir, inocentes caerán;
arrasarán sin mirar atrás,
¿preguntaron acaso antes de actuar?
No: su designio es destruir... y lo harán.

358

Los tiempos de siembra florecen callados
en el hondo mutismo de la soledad;
lo oculto germina bajo cielos cerrados,
paciente semilla de la eternidad.

Ha emergido la cosecha —nueva, eterna—,
dulce sangre que corre en la raíz;
nutre senderos de herencia moderna
hacia la posteridad que ha de venir.

El mañana ignoto respira en lo muerto,
cada hora es distinta en su final;
hoy se deshace, lento y abierto,
en la repetida forma de expirar.

Morimos a plazos —sin ruido, sin gloria—,
y en cada caída nace otra voz;
el tiempo escribe su oscura memoria
con la tinta final de lo que somos.

359

Ensangrentada la garganta: gloriosa pena,
si ha de elegir su muerte el poeta maldito;
que calle el mar, que el cielo se condena,
que el mundo asista mudo al sacrificio escrito.

Que la miseria se haga rica y soberana,
que el iris no pronuncie su señal;

que el cielo niegue toda luz temprana
y no devuelva eco ni umbral.

Que la pupila apagada brille, extraña,
en otras pupilas que la han de reflejar;
que el tormento, bajo lluvia, se ensaña
con quienes nunca osaron ostentar.

Y que la claridad, en un soplo final,
se haga pura, absoluta, eterna;
eterna sea también la maldición ritual
si ha de elegir su muerte el poeta —y la gobierna—.

360

Desde las Árticas horas de aquel momento,
resuenan tildes como lágrimas sin voz;
nos sienten hoy, en su pálido lamento,
callados nombres que el tiempo desató en dios.

En lo oscuro se brindan olvidos heridos,
mutuos, helados, de un ayer sin hogar;
pronunciaron su pena los días perdidos
cuando el pesar aprendió a germinar.

Recuérdame en tu ocaso —te lo imploro—,
no beberé del licor de la perdición;
que sea mi fe, aún rota, mi tesoro,
la gloria que reencarne mi salvación.

Y cuando el alba regrese sin condena,
y despierte la sangre del nuevo cantar,
que nazca en mí, desde la ceniza plena,
la luz que aprendió a no naufragar.

361

Tocará a su fin el viejo espectáculo
bajo una lluvia espesa de dolor,
en el valle oscuro del tentáculo
de una destrucción que ya es razón.

Late una tosca melodía herida,
canción sin nombre, sin perdón;
mientras lo sido deja de ser vida
y toma forma cruel la realidad en su prisión.

Besaremos la libertad —bruma fingida—
poder gastado en nombre de existir;
en la era de la humana insensatez vivida,
donde vivir fue aprender a destruir.

Y cuando el telón caiga, lento y frío,
no habrá aplauso, ni fe, ni redención:
sólo el eco de un mundo vacío
creyéndose dueño de su destrucción.

362

Atrincherada en la esquina de la nada,
llora su nombre la sombra maniatada;
igualdad prometida, teoría violada,
mente asesinada, esperanza ejecutada.

363

En la gótica noche, la soledad vigila,
una estrella fugaz desgarrar el cielo en paz;
el pensamiento huye, la razón se aniquila,
un solo instante arde y no vuelve jamás.

Ángeles de hielo guardan la hora sellada,
el verbo se pronuncia con fulgor sepulcral;

calla el mundo entero, la fe queda varada,
y nace —sin retorno— la muerte de lo humano total.

364

Se nos llamó herejes —¿culpa decretada?—,
por no besar la fe de su imposición;
detengamos la ira, la vida cercenada,
piensen un solo instante antes de la condenación.

Rayos y truenos prenden fuegos gastados,
arder sin llama es su viejo terror;
si el sexo es vida, y amar es sagrado,
¿quién blasfema entonces: el cuerpo o el clamor?

Placer es ser humano, humana la sonrisa,
humano el alimento, la voz, el temblor;
pecado es la mentira que al miedo bautiza,
no el pulso del hombre ni el acto de amor.

Noches impávidas del invierno funesto,
llueve del cielo seco su falsa razón;
herejes nos gritan —¿quién hizo este gesto?—
¿quién os creó a vosotros sino la imposición?

La mente es neutra. El cuerpo, territorio.
Los sueños no se juzgan: nacen en libertad.
Pensad —no os ciegue el orgullo ilusorio—,
no ahoguéis al mundo en vuestra devoción final.

365

Y cuando todos hablen la misma lengua,
pero asome la pena como un error;
tropecemos de nuevo en la sangre que mengua,
reiremos matando —sin culpa ni pudor—.

Cuando el mínimo impulso de tristeza despierte
y resbale el mundo en su propio carmín;
cuando el juego del hombre sea dar muerte,
y el gesto más humano sea llegar al fin.

Cuando nada quede de formas sublimes
que un día amaron —las amamos, sí—;
marchitos los sueños, rotos los cimientos,
sentencia grabada en memoria sin raíz.

Un arlequín duerme en su trono vacío,
corona de polvo, cetro de sal;
se apaga la farsa, se enfría el delirio...
nada más quedará. Nada más.

366

Sólo el sufrimiento marca el sendero,
atado a la noche de pies y de voz;
ya no sé sonreír, prisionero entero,
bajo un cielo sin sol, sin moral ni dios.

Ha muerto el día en lo alto del tiempo,
la vida se enfría, deja de latir;
el alma encadenada solloza en silencio,
aprendiendo despacio a no existir.

Antes de la partida todo se apaga,
no hay gesto que salve, ni fe que redima;
el llanto consume la última llama,
y el final se pronuncia... sin rima.

367

Llora el ángel, melancólico y herido,
sobre la lápida escrita de su fin;
arde en deseos de un odio compartido,
fría enemistad sellada en su confín.

Sedientos honores beben de su llanto,
nieve helada en conjuros sin perdón;
sus últimas palabras rompen el canto
de un alma que se extingue en su oración.

—Apararán con canción mi propia muerte,
las velas sublimes caerán al caer—;
que se abra la veda del pulso inerte,
que el mundo aprenda al fin a perecer.

Quiero ir a la caza de lo indomable,
no por gloria ni fe ni redención;
sobre esta tierra salvaje e inmutable
donde el fin se confunde con la razón.

368

¿Es verdad que los animales lloran,
sus ojos húmedos de pena sin fin?
¿Es verdad que los árboles susurran,
y en silencio guardan secretos de una vida ruín?

¿Es verdad que el hombre nace y muere,
y crece para herir, para matar?
Yo no he visto a ningún inmortal que fuera,
la realidad calla, y nos deja llorar.

¿Es verdad que los cielos pronto caerán,
y la tierra sucumbirá al fin del sol?
Entre sombras y ruinas, la voz que dirán:
“el mundo se quiebra, sin ley ni control.”

369

Soy un lobo hambriento, animal humeante,
aullidos y ladridos rasgan la calle,
vida callejera, cruel y fascinante,
donde el asesino es el que falle.

Bala como manjar, frío abrigo ardiendo,
espada en los lomos, pólvora y ceño,
princesa y restos de un mundo muriendo,
los dientes bañados en rojo diseño.

Aplauso a la guerra, fiesta a la muerte,
cataclismo en la luna sepultando,
los que besan la vida con pañuelo inerte,
velos negros temiendo, ignorando.

Yo soy lobo y noche, lluvia y agonía,
sanguinaria diversión, horror y poesía.

370

Temblorosa, la mano que ordena el destino,
hace girar el machete interior;
Afilado en el alma marca el camino,
promesa de hierro, silencio y dolor.

La mirada se pierde buscando horizonte,
último punto de luz al sangrar;
entre súplicas rotas cae el monte
de una lágrima roja que quiere olvidar.

371

Me desperté esperando que vinieras
a salvarme del tiempo y su presión,
separando los segundos que murieran
en el último aliento del final.

Ángeles cayeron pétalos oscuros,
rosas negras velaron el firmar;
las estrellas apagaron sus murmullos,
frío brillo condenado a no brillar.

Desperté temiendo que llegaras tarde,
con un leve dolor como señal;
¿dónde ardía la sangre de mi carne
cuando el rostro aprendió a no sangrar?

Y ese hilo débil me llevó sin miedo
a las llamas oscuras de la libertad;
no fue huida ni castigo del cielo:
fue el final aceptado como hogar.

372

Infesto mundo cruel, tiempo extraviado,
he sido un pulso roto sin ayer;
un suspiro me salve, arrodillado,
en soledad, sin fe... y sin porqué.

373

Se nos acabó el tiempo; nuestros nombres
se ahogaron en el licor de la distancia.
Lo que fue surgió una vez entre sombras,
lo que somos terminó... sin constancia.

Me voy de esta ciudad: el dolor arde.
Cambio de acera —borracho—, infección;
caminaré solo cuando todo arde,
en la soledad afilo el corazón.

Ahuyentaré las estrellas: se esconden.
Morderé cuellos humanos: huirán.
De nuestros instantes la muerte responde,
en el alma los momentos morirán.

Ya no me queda nada... ¿ni moral?
Todo acabó, aunque otro tiempo vendrá;
una nueva era dirá su señal,
mientras mis cenizas vuelan hacia el mar.

¿Se posarán flores sobre nuestra tumba?
No lo sé... yo ya no creo en ningún dios.
Pero si existe alguno entre la bruma,
que sea él quien diga la última voz.

374

Heme hundido en la miseria, agonizante,
entre lamentos torpes y razón;
necio de piel y alma, errante,
ingrato en pensamiento y en voz.

Pobre palabra, delirio del instante,
heme aquí de rodillas, sin velo;
bajo un cielo nublado y distante,
sufro de día... de noche muero.

Encadenadas pupilas al ruego,
mi mirada no sabe escapar;
sólo queda la súplica en juego
de una salvación que aún quiero esperar.

375

El agua verde invadió la herida,
eterna y honda, dormida al doler;
allí donde el deseo halló guarida
entre un gemido leve y un caer.

Sombras del cielo negro descendían,
susurro y súplica en frágil voz;
ecos de ocho veranos que aún latían
en la memoria exhausta del adiós.

Bajo la luna, piedad sombría,
miradas tensas, risa sin razón;
tras el pecho tembló lo que no ardía,
ni amor, ni muerte, ni palabra: no.

Difuntos lugares del desprecio,
multitud ilógica, mundo vetusto;
falsedad erguida como precio,
manos sin dedos, caricia en disgusto.

Oh mujer, toda ternura joven
tornada infierno, deseo en odio fiel;
entre tu vientre y senos se conmueven
instantes puros, sinceros en la piel.

Muy adentro —real y soñado—
desnudos sueños, prohibidos, mortales;
encantadora, aún lloras... y he quedado
muriendo en ellos, sin más señales.

376

Me consumen despacio, entre las sombras,
los gritos rotos de la libertad;
marcan su pulso mientras todo asombra
la oscura forma de mi soledad.

Acompasado duermo en lo que sueño,
vuelo sin alas, caigo sin final;
la realidad se cierne como un dueño,
y en ella muero... libre y mortal.

377

Suenan campanas de muerte en el jaleo,
entre las sombras vibra su clamor;
carga en mis oídos gritos y deseos,
susurros rotos de antiguo dolor.

Fervor que arde entre alma y memoria,
recuerdos presos de extinción final;
cada tañido borra una historia,
y en su eco aprendo de ese mal.

378

No rendiré pleitesía alguna al gesto
que llama vida a su propia ficción;
dudo tanto de su cordura y su resto
que no me inclino ante tal celebración.

Aun con porte y señorío sostenido,
no seré enfermo, marchito en su altar;
prefiero el pulso de un juicio herido
a la farsa alegre de aprender a callar.

379

No pedí yo el puñal ni su camino,
ni la herida que aprende a señalar;
la culpa pesa en quien, con gesto fino,
tendió la mano sólo para clavar.

Que carguen ellos con su propio espejo,
yo nombro el daño sin aprender a herir;
no nace el mal del pulso que va lejos,
sino del pacto roto al fingir.

380

Sobre la funesta y lívida alma me inclino,
entre sombras y gemidos he puesto mi mano,
silenciando el delirio que me arrastra al destino,
mientras la noche se cierne, oscura y temprano.

381

¡La noche se llenará de música en su umbral,
cuando el crepúsculo arda del primer amanecer;
Longfellow oirá la melodía final,
desde el prólogo en ruinas de su atesorado ayer.

Las masas poblarán el día en danza terminal,
y eterno el silencio sellará su extinción;
en la hora del juicio —fuego ritual—
la humanidad será peso y absolución.

No cayó él en descuido: guardó la verdad,
dolorosa salvaguarda del verso fiel;
«la tiniebla caerá de las alas de la Noche» dirá,
estribillo en las puertas de cinco rosas de hiel.

Oscuridad que desciende —soledad, muerte, amor—,
orgullosa en su rito de sangre y de fin;
los cielos, negros, abren compasión e infierno a la vez,
y la era decae... como decae vivir.

Invariable en cinco rosas será el dictamen final,
cuando la Noche derrame su ala sobre el clamor;
si esta vida no merece —grita el coro abisal—,
que el grito no venza al pulso que aún late en dolor.

382

Un grito agudo rasgó el largo silencio,
la muerte y la tortura se unieron en su andar;
formas inmundas, cruel destino intenso,
penetran la tierra donde nada puede amar.

Sombras de crueldad danzan en la noche,
silbantes aullidos incendian su verdad;
los cuervos, ávidos, cruzan el oscuro broche,
y gaviotas cantan en tronos de vanidad.

Visiones sombrías flotan sobre la bruma,
ciegos clamores piden un falso salvador;
y una lágrima más desvela la suma
de un asesinato oculto, de horror y dolor.

383

Ahora que he nacido, vivido, muerto y vuelto,
camino a la priora del rito y su verdad;
despojo de mi rostro la máscara y su culto,
predico nueva senda, desnuda realidad.

Desgarrado y en sangre, bañado en mi elixir,
cuestionaré las cosas, no habrá ley sin razón;
haré justicia al pulso que me obligó a existir,
me haré valer de frente contra toda imposición.

Elegiré mi cuerpo, mi mente y mi herida,
mi dios y mi caída cuando llegue el final;
cuando los cielos abran la noche elegida,
y la elección del mundo se vuelva universal.

Si esta era decadente no merece perdón,
en cinco rosas quede sellada la señal;
que resuene la justicia como última canción:
así será el dictamen... y así se hará.

384

De esta noche en la cúspide estrellas tracé,
con ilusiones lloradas en sangre y fervor;
para que en la lontananza tus pupilas las vean,
ángel sereno velando mi oscuro clamor.

De esta noche en la cúspide —gris y morado— el universo,
agoniza a medias, cansado de ser;
late un cielo herido, exhausto y disperso,
medio muerto en su pulso de último amanecer.

385

Estas son raíces de la sepultura sombría,
senderos que llevan a la nada sin fin;

techos negros crujen con el peso del día,
y el viento arrastra la inocencia sin jardín.

Almas brumosas entonan el lamento,
enterradores de lágrimas y de saber;
pintores de sangre en la oscura tormenta,
sin piedad, sin perdón, nada hay que entender.

Aposentos de la felicidad inexistente,
el amanecer llora y su pena se va;
entre vivos y muertos palpita la gente,
sueños y pesadillas se funden en la maldad.

La línea que toca la luna y el sol callado,
bailarán los sabios sobre tumbas sin fin;
el elixir de la muerte, pasional y amado,
besos y caricias en descanso porvenir.

386

¡Y sus mandíbulas cortaron el viento de levante,
sobre legiones vacías que el miedo tragó!
Copos estremecidos, de muerte delirante,
sus cuerpos ataviados el cruel destino halló.

Fueron los violadores de mentes y de almas,
profanando la razón con su vil acción;
el horror se extendía, quebrando las calmas,
y cada latido se hundía en desolación.

Los aires gritaron en fiebre de destrucción,
las sombras danzaron sobre cuerpos sin voz;
y el mundo se rendía al vil terror y la opresión,
entregando al olvido la razón y la luz feroz.

La madrugada cae en ojos sin consuelo,
 bañados en la sangrienta luz final,
 el universo gira en un vacío desvelo,
 y su miseria nos envuelve en ritual.

La próxima mañana de pena gloriosa,
 apresura el olvido de nuestra existencia,
 atónitas almas, jungla silenciosa,
 besan la conciencia en muda presencia.

Nos amamos en bruma, y morimos juntos,
 nuestros corazones ocultos en la nada,
 tierra, polvo, aire en abismos profundos,
 ego excesivo, sombra que nos abraza.

Caminaban con puños ciegos, aferrados,
 bajo grises infernales días sin perdón;
 yo los oía arrastrarse, dichosos y quebrados,
 crujiendo el cristal falso de su convicción.

Utópicos, contrarios, buscando en vida la muerte,
 agua impura ardiendo en negro resplandor;
 blancas hojas combaten su pureza inerte,
 con letras que desean ser novela y señor.

«En riqueza y pobreza», repite la sentencia,
 espada al enemigo, negación de pensar;
 blasfemias al aire, gritos sin conciencia,
 tiremos la piedra y la mano a ocultar.

Que la bondad del asesino sea rito y verdad,
 dictada por tinieblas en nombre del bien;
 así gira el mundo en su cruel normalidad,
 hasta hundirse completo... sin fe y sin edén.

389

¡Vosotros, humanos de mentes enmohecidas,
dueños del ego y herederos de la ira!
supremos de iniquidades terrenales y nocivas,
abrasadores de sueños, ceniza que conspira.

Quemáis la vida al paso de vuestra ambición,
alzáis tronos de ruido sobre el dolor ajeno;
hágase la voluntad de los vivos —condenación—,
¡muertos que dictan leyes al destino terreno!

390

De nada vale la rima ni el canto herido,
ni sueños que una vez fueron esperanza;
la voz inocente yace en grito partido,
y en sangre ajena se escribe la balanza.

Se inventó la moneda, se forjaron las armas,
se vistió de progreso la vieja opresión;
si la libertad no se compra con palmas,
nos matan despacio... con ley y razón.

391

¡Mirad las manos que mueven vuestro latir,
los hilos invisibles del dócil corazón;
besad a ciegas los anillos al fingir
devoción sagrada en nombre de la sumisión!

Luego tragad la sangre del que acaba de caer,
sin pensar, sin sentir, sin morir jamás;
no dudéis del verdugo que os promete creer:
él es vuestro redentor... y no miréis atrás.

392

A la mano amarrada, firme al resistir,
tan fuerte como el alma frente al final;
en un solo parpadeo aprende a existir,
y en el siguiente... a morir sin ritual.

El tiempo no avisa ni concede razón,
late un segundo y después se extingue la fe;
entre pulso y pulso tiembla el corazón,
vida y muerte separadas por un "sé".

393

La mano ensangrentada, el pecho entre jirones,
refleja en las pupilas las puertas de la muerte;
y en el labio la palabra, última de ilusiones,
un gesto apenas de la ya perdida suerte.

394

¿Quién guardará mi nombre cuando todo caiga en frío?
¿Quién celebrará el día en que el mundo cedió?
¿Quién, de rodillas en la nieve del delirio,
besaré las cenizas de la mente que venció?

395

El tiempo se nos acaba: cruje el mundo en mi razón,
avanza hacia su ruina como un dios cansado y viejo;
no es tu culpa este derrumbe ni esta oscura perdición,
es mi pulso el que se quiebra frente al roto del espejo.

No me quieres, lo comprendo, y aun así sigues en mí,
como un eco que persiste donde todo se ha apagado;
no sé cuándo te he querido, no sé cómo, no sé si
fue tu forma o fue mi abismo quien tu nombre ha pronunciado.

No me merezco la vida, me repito sin pudor,
porque vivir es sostener lo que no sabe sostenerse;
todo aquello que he tocado se volvió ceniza y dolor,
y en mis manos sólo queda la costumbre de perderse.

No te pido que me salves ni que vengas junto a mí,
no reclamo tu refugio ni tu luz para mi invierno;
sólo escribo este segundo antes de verme partir,
para caer en el silencio sin arrastrar a tu infierno.

396

Aún nos pertenece el eco de montañas lejanas,
y el filo del norte en su aliento ancestral;
ocultos bajo el tiempo, las sombras humanas,
fantasmas del odio que aprenden a pasar.

Aún nos pertenece —decíamos— la vida,
aún nos pertenece —mentíamos— el amor;
pero el pulso se apaga, la fe se resquebraja,
y soltamos el mundo sin sangre ni clamor.

397

Escapan los ecos de cuerpos al viento,
libertad ansiada en un sueño sin fin;
sotanas negras guardan el sentimiento,
y las luces rojas se filtran por el confín.

Inocencias antiguas flotan en el aire,
alientos putrefactos que nadie ve;
la pureza perdida camina entre el desaire,
y el mundo susurra lo que ya no fue.

398

Amargo es el cielo que siempre nos muestra,
la ciudad de almas negras y desierto aliento,

donde el humo y la ceniza la esperanza secuestra,
y en el gris de los días se pierde el pensamiento.

Bosques oscuros del amigo y del enemigo,
crecen lentamente en este templo sombrío,
la fruta del deseo se arranca con sigilo,
y las voces fúnebres entonan su vacío.

Canciones de muerte resuenan sin remedio,
en el templo donde las mentes se extravían,
cautivo el corazón en un frío medio,
y las sombras devoran las almas que había.

399

Aunque la lluvia del último llanto quebró,
sus cristales contaron el mapa del desastre;
en la calle hoy gobierna el miedo y el terror,
¿evoluciona el mundo o repite su arrastre?

Ilusiones frustradas nos aprietan el pecho,
marionetas del pánico, del hilo y la ley;
acostados al borde del incierto derecho,
jugamos partidas que no elegimos, ni fue.

Invirtieron el sueño, vaciaron el deseo,
¿ya no vivimos?, ¿ya no queda universo?
mío, tuyo, vendido al peor sorteo,
el tablero se ríe del grito inverso.

Que caigan los símbolos, que arda el decorado,
no por matar —sino porque el mundo sangra—;
el planeta grita roto, desahuciado,
y nadie oye el lamento que lo nombra.

400

Se inclinan luminosas las estrellas tardías,
en el crepúsculo dorado que nos aferra;
bajo el iris del cielo arden agonías,
reflejo de pupilas quebradas por la guerra.

En la esfera secreta de un abrazo cautivo,
bendita es esta hora que aún nos concede ardor;
si el mundo no nos mata, que muera lo que fuimos,
amémonos sin nombre, sin miedo, sin pudor.

Rompamos las cadenas que llaman existencia,
que caiga el peso muerto de la vieja razón;
no hay luces en lo alto, ni tiempo en la paciencia,
sólo este pulso ciego latiendo en rebelión.

401

Humanos, espectadores del incendio interior,
bailamos sobre brasas que llamamos razón;
soñadores insensibles al propio clamor,
actores sin conciencia en la devastación.

Río y muero de nostalgia y devoción,
ante un futuro que jamás descenderá;
sólo vendrán tinieblas de ambición,
cuando el universo en su sombra caerá.

402

Una gran existencia me embaucó en su rumor,
todo era sombra alrededor del corazón;
montañas lejanas ardían al anochecer sin color,
y un huésped cortés me habló de redención.

Prometió felicidad con manos de acero,
acercó su aroma de disección moral;

me amó hasta el límite, feroz y sincero,
hasta romper mi pulso en su final.

Erguí la cabeza en un baño carmesí,
cuando el horizonte abrió su verde helado;
bebí el metal ácido que dictó mi fin,
y desperté en un bosque devastado.

403

La gota que se escapa de mi vida irá al norte,
helada y fruncida en desprecio y desamor;
si en labios ajenos navega aún mi nombre,
que escuchen mi última salva en su clamor.

Aunque mi alma pura esté manchada de vino,
y fragmentos rojos del deseo ardan en mí;
si en el abismo oscuro florece un destino,
que mi última salva resuene allí.

Muchos sufrimientos me cercan la memoria,
gusanos vigilan flores de sepultura;
mi mirada es niebla, mi saber transitoria historia,
frío dorado que endurece la cordura.

¿Cuánto tardarán en hallar mis huellas?,
¿cuánta verdad habrá en mi última sesión?
Si brotan sonrisas en bosques y estrellas,
¿reirá el error en pétalos de ilusión?

Y si la deformidad ya no guarda belleza,
si el ocaso escribe mi nombre en su umbral;
aunque mis cenizas sueñen con tristeza,
que mi última salva sea escuchada al final.

404

De libertad se ha pintado el cielo,
y en rojo el suelo quedó cubierto;
arde en las pupilas el antiguo duelo,
miedo humano bajo el viento incierto.

De almas oscuras nace un mundo nuevo,
forjado en ambición y en confusión;
prometen luz mientras siembran fuego,
y llaman redención a la devastación.

405

A ti grito y palabra doliente que me llama,
oscura llama que el cuerpo enciende y hiere;
a ti que en la sombra fundas la calma,
y en el silencio tu reino se adhiere.

A ti inquietud que en mi sangre se instala,
salva y condena del mismo fervor;
si he de merecer tu juicio que cala,
que mi alma responda con todo su ardor.

406

Tú puedes alzar el cuerpo que en sombra cayó,
recoger las cenizas que dejó la batalla;
donde el miedo sembró su frío temblor,
tu pulso en la ruina se halla.

Tú puedes velar los ojos del terror,
cuando la noche los cerca en su clamor;
besar los mares del norte sin temor,
mientras bebo en tus labios el último fulgor.

Tú puedes encender la llama en el final,
cuando el mundo se incline hacia la nada;

y yo besar tu saber esencial,
en la dulce verdad que no fue quebrada.

407

¡Profeta glorioso — dicen— creador de la vida!,
te elevan al cielo con ciega devoción;
mas tu paraíso es herida compartida,
y tu verbo gobierna desde la imposición.

Te alaban supremo, te proclaman Señor,
mientras el mundo se hunde en tu ficción;
si este terror es tuyo, impostor,
que caiga tu nombre sin redención.

408

El trémulo candil tembló en su clamor,
como ruiñón que implora inocencia;
lirios humildes respiraban amor,
entre la aurora y su dulce presencia.

Verdes los valles del jazmín ardiente,
brillaban estrellas en fuga y temblor;
el alba vagaba fugaz e inocente,
nota callada latiendo en dolor.

Pequeño borrador de tinta olvidada,
vestido en sangre que no cicatrizó;
gemidos angostos sin causa nombrada,
débil el pulso que nunca soldó.

La tormenta encendía filos del sol,
doradas inclinaciones en campos de olvido;
luces azules en cielo español,
vientos de levante de final torcido.

Revolotean soplos sepulcrales del ayer,
gusanos en sombra, pupilas de huida;
poeta muerto que vuelve a nacer,
predicador de invisible caída.

Sanguinaria forma humana en compás,
cuchillos limpios de ficción y pasión;
muertos de teatro que ríen detrás,
diversión macabra de la condición.

409

Mirad sus vestiduras de tersa seda lunar,
la melodía secreta que en costuras reposa;
colores de noche que invitan a adorar,
manto que al mundo seduce y destroza.

¿No son acaso obra del mismo creador,
ideadas por la mente y tejidas por la mano?
Y sin embargo su alma calla en dolor,
mientras la humanidad llora su daño temprano.

Los que invocaron la tormenta y el clamor,
hoy yacen presos bajo su propia condena;
no levantéis su cuerpo —dejadlo en su temor—,
mirad las arrugas que la verdad encadena.

Rasgáis al monje por su hábito y fervor,
teméis lo que adoráis, lo que forjasteis;
un día vestiréis su tela y su error,
y será ella quien rece por lo que negasteis.

410

Sonará una salva en la bruma final,
temblará un murmullo sobre el umbral;
si alguien acude a mi fúnebre ritual,
que calle su llanto frente al metal.

Que no me nombren con pálida piedad,
ni eleven plegarias de vana moral;
si ha de venir alguien a mi funeral,
que mire mis ruinas sin juzgar.

Y si en la sombra resuena mi voz,
como eco tardío de un viejo cristal,
sabrás que amé más allá del adiós,
y ardí en silencio, fiel hasta el final.

411

Hace ya unos años que la esperanza se derrumbó,
no fue trueno repentino, fue un silencio que quebró;
mi suspiro no fue oído cuando el mundo me ignoró,
mas ahora todos gimen lo que entonces nadie vio.

Fue un asesinato lento, sin cuchillo ni explosión,
una herida que en la sombra se volvió desolación;
largos años se deslizaron sin piedad ni redención,
mientras brillaban días oscuros bajo falsa devoción.

Hambre hube en mis entrañas, tempestad en el latir,
noches húmedas de lágrimas que aprendí a fingir;
silencioso entre la niebla me acostaba a no vivir,
y mis pupilas, desveladas, no quisieron ya dormir.

Sublime fue aquel letargo que me quiso sepultar,
dulce engaño del abismo que me vino a consolar;
pero el alma no reposa cuando aprende a recordar,
y en la ruina de la espera vuelve el eco a reclamar.

412

Esta vida no merece ser vivida
si en su estandarte ondea libertad corrompida,
si lucha ciega en memoria consumida
por la palabra rota y la verdad vencida.

En los rincones negros de la nada
se alza la insurrección de la ficción latente;
la realidad, de fiebre desangrada,
diluye en su diluvio al inocente.

Funerales de sueños, desilusiones,
lágrimas ácidas sobre mármol frío;
agonizan las viejas convicciones
en la corriente turbia del hastío.

Mas si en la ruina arde una brasa viva,
si en el derrumbe late algún latido,
quizás la sombra misma sobreviva
al grito que creyó todo perdido.

413

Combatiendo fuera de los miedos,
abrumado en la locura del tiempo,
cruzo la noche sin más credos
que el latido roto de mi pensamiento.

Humanidad asesina, silenciosa,
con diez mil espadas descendiendo del cielo;
tu máscara piadosa y venenosa
nos hiera el alma bajo el mismo anhelo.

Entre debilidades luchamos por la eternidad
de unos sueños heridos por el viento;
la fe sangra en su frágil claridad
mientras cruje el mundo en su lamento.

Entre etéreas caricias resistimos,
sellando el pacto contra los necios;
callamos las voces que oprimimos
y alzamos la verdad sobre sus desprecios.

Desperté del turbio sueño incierto,
 con la ceniza clavada en el pecho,
 mi corazón murmuraba un rezo yerto
 bajo el peso de un presagio deshecho.

La débil carne, quebrada en su encierro,
 crujía como tabla de ataúd;
 mi sombra se alzaba pálida en hierro
 y el aire sabía a vieja inquietud.

¿Será esta cama mi mudo féretro,
 blanca nave varada en la penumbra?
 ¿Será esta estancia mi último templo
 donde la luz en tinieblas se derrumba?

Si el alba entra con rostro severo
 y unge de gris la pared desnuda,
 ¿será la habitación mi velero
 hacia la nada que todo lo muda?

Mas late aún, bajo la herida abierta,
 un soplo leve que rehúsa caer;
 si hoy mi sueño en muerte despierta,
 que sea la noche quien venga a saber.

Pronto besaré la gloria helada en mi interior,
 un viento antiguo envolverá mi cuerpo;
 mas no será mi sangre quien reclame el dolor,
 sino la vida misma latiendo en silencio.

Cerraré los ojos frente al abismo feroz,
 no para herirme, sino para entenderlo;
 pues cada minuto pesa como un dios
 que dicta sentencias sobre mi pecho.

La libertad me llama con voz de tempestad,
y yo, cansado, la invoco en secreto;
si la vida me hiera con su verdad,
yo me alzo —aunque tiemble— ante su decreto.

Y tú, mi niña, que no alcanzas a ver
cómo el tiempo nos roza y nos nombra,
cada instante nos hace renacer
aunque la sombra proclame su sombra.

No es la muerte quien dicta mi canción,
ni el caos quien gobierna mi sendero;
es esta lucha ardiente en el corazón
la que me vuelve eterno y verdadero.

Ven, no hacia el abismo, sino hacia la luz,
aunque oscura parezca la era;
si el mundo se quiebra bajo su cruz,
nosotros seremos la hoguera.

No huiré del dolor ni del temblor final,
mas no caeré rendido en su suelo;
si la vida arde en su juicio brutal,
arderé vivo... mirando al cielo.

416

Allí, en la eterna y silenciosa oscuridad,
me vestiré de negro en polvo callado;
surcaré la calma, desnuda de humanidad,
sin tiempo ni amor que me tenga atado.

Sin tiempo ni dolor, sin pensamiento,
sin sangre latiendo en la sien vacía;
seré deseo puro, vasto elemento,
infinita sombra sin biografía.

Eternamente infinito en la nada final,
última oración del sendero nocturno;
no habrá cadena, ni carne mortal,
ni nombre que escriba mi turno.

No me aguardarán gusanos ni flor,
no habrá tumba que sufra en mi honor;
ni pétalos tristes de marchito color,
ni manos rezando su viejo clamor.

En llamas o hielo, da igual el lugar,
seré lo que nunca pudieron nombrar;
si un lamento intenta cruzar el umbral,
se apagará mudo en su propio final.

Porque allí no hay vida ni eco ni voz,
ni patria de huesos ni herencia del ser;
allí descansaré, lejos de Dios,
en paz absoluta... dejando de ser.

417

Sepultado me han mil sombras en derredor,
bajo un cielo ceniciento sin rastro de color;
crujen negras raíces donde yace mi clamor,
y en la tierra sin nombre se marchita mi fervor.

Una gaviota inocente cruza la extinción del sol,
blanca herida en el aire, sin nido ni arbol;
baten sus alas el último latido del farol
mientras cae la tarde como un fúnebre crisol.

Entre polvo y silencio se clausura la razón,
piedra sobre mi pecho, clausura el corazón;
y en la órbita oscura de esta devastación
sólo el viento pronuncia mi última oración.

Porque ahora puedo despertar en claridad,
 con blanco susurro de intacta libertad;
 titila en mi sangre la pura voluntad,
 y el deseo me alza sobre toda oscuridad.

Donde cae la lluvia de edades sin piedad,
 sobre el terreno herido de antigua canción,
 retumba en el aire la última detonación,
 mas guardo en mi pecho la libre Elección.

Si todo se derrumba en fiera conclusión,
 si el mundo se inclina hacia su final,
 me cubre una extraña y serena señal:
 porque ahora puedo morir en paz.

Os he visto en la sombra tocar el cielo nuevo,
 ángeles de altura, vigías del horizonte;
 yo, sin fe ni dogma, temblando me elevo,
 anclado en mi niebla, rozando el monte.

¿Es mi goticismo quien dicta este rito,
 quien sopla en mis venas su aliento de invierno?
 Os siento en la ruina de un latido proscrito,
 cuando casi he muerto, renazco eterno.

Camino entre jardines que me habéis prestado,
 raíces de sombra, perfume sagrado;
 de vuestro silencio me he alimentado,
 del polvo del mundo me habéis levantado.

Y ahora que cruzo la línea del miedo,
 que toco la bruma del último faro,
 haré de mi carne ceniza y credo,
 haré de mi nombre un don que os preparo.

Prended las velas, vestid negras galas,
 aclarad la voz en la helada vereda;
 que el viento proclame su lúgubre escala
 y honre la sombra que el tiempo nos veda.

Confluid en bosques de niebla callada,
 traed hojas pálidas sobre la mano;
 que la nada florezca, grave y sagrada,
 en blancos altares de invierno temprano.

Hijos nocturnos de ópera y bruma,
 alzados en tildes de música muerta,
 que el ser se reclame en la oscura espuma
 de una era herida que clama a su puerta.

Brigada de Vida y lenta Decadencia,
 jurad en la llama de un voto sombrío;
 que arda la fe de nuestra conciencia
 bajo el estandarte del último frío.

Morir bajo la lluvia de la multitud,
 luces que arden sin saber mirar;
 testigos mudos de la inquietud,
 nadie despierta, nadie oye gritar.

Llueve en la noche que al alba hiere,
 llueve en el rostro pálido del temor;
 mañana la misma canción nos muere,
 débil latido sin voz ni clamor.

¿Estoy ya muerto o sigo respirando?
 ¿estás tú viva tras tanto escapar?
 Caminan dos mundos sin encontrarnos,
 vivir y morir —soñar y callar.

422

No hay esperanza en este sueño atado,
nudo en la garganta de la eternidad;
futuro sin presente, ya condenado,
eco sin tierra ni amistad.

Ni amor ni credo salvan la nación,
tecnología fría, muda redención;
soñadores presos de su ambición,
credo dominante de destrucción.

423

La desmesura: un punto del presente,
mínima chispa en vastedad oscura;
juzgamos sabios —rostro aparente—,
y abrimos prólogos de nueva locura.

Miramos atrás como juez indulgente,
creyendo al pasado lección segura;
mas cada juicio, solemne y vehemente,
engendra en su seno otra noche impura.

424

Y se dijo: cuestiono cuanto alzan,
cielo y abismo, dogma y redentor;
fraude de altares donde otros calzan
la máscara sacra del impostor.

Falsos profetas de lucro encendido,
teatro sagrado de férrea ficción;
lo que el hombre ha creado y erigido,
puede el hombre abatir sin bendición.

¿Para qué vida si muere al nacer?
¿qué fe nos salva del propio error?

Yo soy mi juez, mi sombra y mi poder,
mi único credo: ser mi redentor.

425

De esta aciaga mañana nace la bruma,
pequeña luz difusa sin claridad;
horizonte herido que el fuego consume,
apagada llama de oscura mortalidad.

Negrura inflama la sangre callada,
doliente aurora de frío fulgor;
arde la vida, lenta y desvelada,
bajo el peso eterno del último dolor.

426

¿Qué se puede hacer, si la luz ya no está?
¿por qué se ha de luchar, si la voz se nos va?
Del alma quebrada la sangre brotará,
y en cada latido la fe temblará.

¿Contra quién blandir la palabra final,
si el eco responde con frío metal?
Se agrieta la tierra, se oxida el umbral,
y el sueño se vuelve ceniza y sal.

Mas aun en la ruina respira un fulgor,
mínimo incendio bajo el terror;
si todo se hunde en su propio clamor,
queda el latido, queda el dolor.

Y mientras el mundo se quiera extinguir,
algo en la sombra querrá resistir;
aunque la voz se nos quiebre al partir,
luchar es arder... o dejar de existir.

No somos nada cuando el llanto hiera,
 acurrucado en sangre y soledad;
 busco una risa que jamás me espere,
 sueño lo eterno en su fatalidad.

Polvo y miseria somos en la nada,
 zombis errantes bajo gris fulgor;
 vida que nace y muere encadenada,
 vuelve a morir en círculos de horror.

A veces oigo al sueño que respira
 en los dormidos de alma sin dolor;
 camino solo donde el hielo expira
 su blanca herencia de pálido rigor.

Espero lluvia en la nevada fría,
 tormenta oscura en mi debilidad;
 y en el origen, tenue profecía,
 me hallo disuelto en la inmortalidad.

Te desgarras el dolor en tu torre de hielo,
 belleza sitiada por lúgubre bruma;
 mientras el mundo se quiebra en su duelo
 y arden los cuerpos en sorda espuma.

Entre velas aroman la noche callada,
 susurran baladas de lenta condena;
 bajo mármoles fríos la carne es besada
 con labios de fiebre y de amarga cadena.

Se alzan los gritos al borde del viento,
 flor que revienta en lágrima oscura;
 tiembla la dicha en su breve momento
 y el gozo degüella la vieja ternura.

Manos heladas reclaman destino,
corazones desnudos sin fe ni cabeza;
uno tras otro caen en el sino
de su omnipotente y ciega vileza.

429

Pálidos viajan los pasos en sombra,
susurros de miedo, rumor de amenaza;
la tierra es un campo que el odio nombra,
cementerio ciego que al juicio abraza.

Apuntad a la muerte, miradme a la cara,
escupid blasfemias sin fe ni palabra;
vuestra sentencia la noche dispara
y el eco os devuelve su oscura macabra.

Marionetas tristes de gesto fingido,
arlequines rotos de vana fachada;
robáis a la vida su pulso latido
y alzáis vuestra farsa por gloria sagrada.
¡Gritad “No” a la furia que en casa se instala!,

no al hierro invisible que el miedo dispara;
que ninguna hija arda por falda,
ni el odio se vista de fe que ampara.
Observad más allá de la tela y la forma,

del traje que esconde la herida callada;
hay cuerpo y hay sangre que el prejuicio deforma,
hay vida latente que pide mirada.
Apuntad si queréis, mas sabedlo ahora:

no sois más que polvo en la nada;
quien juzga sin alma se hiere y devora,
y en su propia sombra se queda... nada.

430

Soy del aire y del tiempo, del fervor y la negrura,
sombra entre las sombras que en derredor murmura;
cuerpo vagabundo sin patria ni cordura,
caudal de río oscuro, manantial de sepultura.

Soy del abismo el fondo que no halla final,
marioneta que gira sin hilo ni señal;
camino que no avanza, sendero espectral,
eco que se pierde en un templo irreal.

Soy para las manos el fuego que más abrasa,
soplo errante que de horizonte en horizonte pasa;
ingrato visitante en la cruel y vieja casa,
salve en esta era que al mundo despedaza.

431

Preso en cadenas del presente oscuro,
mi alma rota tiembla sin consuelo;
cuerpo endeble bajo un cielo impuro,
muerte que ronda en silencioso anhelo.

Cruje la noche en su reloj severo,
hierro en la sangre, frío desvelo;
cada latido suena prisionero,
eco final que asciende al cielo.

Si cae la luz en polvo marchito,
y el nombre propio se borra en la hora,
seré ceniza, sombra y grito,
última llama que nadie implora.

432

¡Soñemos! —que el mundo perdió la ilusión—,
¡juguemos! —presiona el botón fatal—;

¡contad los cuerpos! —qué noble función—,
mientras la risa corona el mal.

¡Creámonos dioses! —sin redención—,
si armas poseemos, dictad su señal;
arrasad la tierra sin compasión,
que el humo bendiga su funeral.

Tomemos café sobre el corazón,
brindemos por cifras en frío cristal;
erigid un mármol por decisión,
monumento hueco al juicio final.

Y cuando el silencio reclame razón,
y el polvo cubra la faz terrenal,
sabremos tarde —sin salvación—
que el amo era esclavo de su propio mal.

433

Sumergido en la encrucijada del pensamiento,
bajo la tormenta feroz del sentimiento;
la frente erguida hacia el negro firmamento,
y el alma golpeando su propio tormento.

La mirada al frente, sin temblor ni lamento,
a lo alto se alza, buscando el fundamento;
mas halla tan sólo ceniza y juramento
en las puertas del infierno, abiertas al viento.

Crujen los cielos en rojo juramento,
tiembla la tierra sin arrepentimiento;
y yo, peregrino de oscuro nacimiento,
cruzo la sombra sellando mi intento.

Si no alcanzo del misterio su escondite,
si la sombra me reclama en su vaivén,
llevaré mi nombre al último límite
donde el pulso late y deja de latir también.

Si el cuello arde en roja fiebre silente
y en las venas vibra un hierro cruel,
no será el filo quien dicte mi frente,
sino el eco oscuro de mi propia piel.

Llegados al borde de toda impotencia,
cuando el mundo se quiebre en su red,
no habrá más reino que la conciencia,
ni más palabra que: muerte... y sed.

Ya sé: no coseché pureza alguna,
ardió el bosque en su vasto temblor;
las astromelias cayeron sin fortuna,
y el sol hirió las raíces del honor.

Lucieron cenizas bajo fría luna,
en cárceles morales de clamor;
la espada, camuflada y oportuna,
selló la era incierta del error.

Demagogia absurda alzó su trono,
usurpó la verdad con voz tenaz;
negro rosal brotó en abandono
sobre horizonte helado y voraz.

Ya sé: lo sembrado muere en su abono,
todo ocaso proclama su final;
tras el teatro de brillo y de encono,
llegará desnuda la realidad.

¡A la muerte voy!, me llama el abismo,
me desvanezco en su negro rumor;
por sendas torcidas de exceso y cinismo
me arrastra la sombra de mi propio clamor.

¿Quién soy en la noche, criatura sin nombre?
¿Monstruo forjado en ciudad de metal?
Si yo me engendré entre hierro y renombre,
¿quién dicta mi culpa, mi signo fatal?

Sonará la balada de poetas caídos,
ceniza en la guerra, silencio y tambor;
se alzaré una salva por sueños vencidos,
un réquiem leve por tanto dolor.

Pues muertos andamos con pulso aparente,
marchamos sin rumbo, sin fe ni razón;
¡a la muerte voy!, mas arde en mi frente
la última llama de mi interrogación.

Antología poética.
Un viaje desde la infancia
hasta el amor llevado al límite.
Un recorrido íntegro, sin reservas ni añadidos,
por las estaciones de una voz que nunca escribió a medias.



 JEZEBEL
editorial